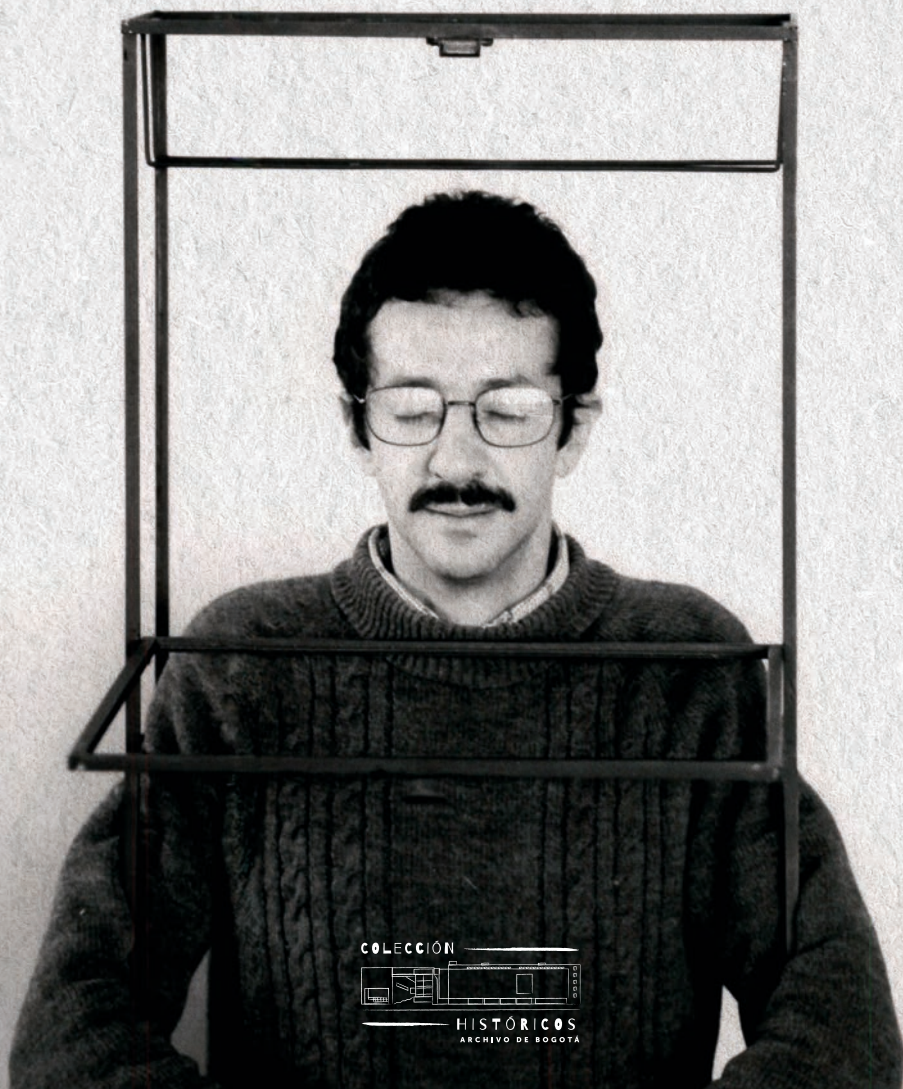
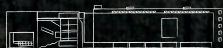


escribiendo sin público



COLECCIÓN



HISTÓRICOS
ARCHIVO DE BOGOTÁ

indefinible
inevitable
miles de mordiscos de
aria, que se justifican de vez en cuando
costo, siempre costo de algún placer
de algún placer intenso, de algún placer
ador. Por ser noche y ser sombra, ni tiempo
que caigan máscaras, que se quiten
las y adornos y que cada ser aparezca
memoria completa de demonio o de ángel,
o de filtraba.

en sin sueño, dando vueltas a una idea
muchas ideas.... soñando sin dormir en un
amor, un orgullo especial y maravilloso
un problema, un tropiezo; lo refuto
o degradante de cada día que se transformo
demonio de media noche; en el fantasma
hale los pies, que se rieñta en sueños
nos araña.

Poches de sueño.... El sueño, maravilloso
escapismo sublime hacia otros mundos
dimensiones propias, pobladas de pero
de variaciones y donde nos desplazan
segundos, del peligro a la paz, del
y a la muerte.
quiere decir much
Desperdicio
tal

ESCRIBIENDO SIN PÚBLICO

Selección de los diarios

1970-1986

Alberto Saldarriaga

ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ

Secretaría General

Alcalde Mayor

Carlos Fernando Galán Pachón

Secretario General

Miguel Silva Moyano

Subsecretaria Distrital de Fortalecimiento Institucional

Alejandra Rodas Gaiter

Director Distrital de Archivo de Bogotá

Jorge Enrique Cachiotis Salazar

Subdirectora de Imprenta Distrital

María Angélica Pumarejo

Coordinación Editorial

Subdirección de Imprenta Distrital

Editores

María Angélica Pumarejo

Paul Brito

Investigación documental

Archivo de Bogotá - Fondo privado de Alberto Saldarriaga

Diseño y diagramación

Ciro Andrés Márquez Romero

Colaborador especial

Lorenzo Fonseca

Fotografía de portada

Orlando Beltrán

Nota preliminar

La presente selección proviene de los diarios completos que Alberto Saldarriaga donó al Archivo Distrital en 2025 como parte de su fondo personal. Los textos aquí reunidos no buscan ofrecer una transcripción íntegra de ese conjunto, sino una lectura editorial de sus pasajes más significativos, atendiendo tanto a su valor literario e intelectual como a su capacidad de iluminar la intimidad reflexiva del autor.

Los diarios de Saldarriaga conservan, como es propio del género, una dimensión privada, discontinua y en ocasiones reiterativa. En ellos conviven el registro cotidiano, la observación del ánimo, la anotación circunstancial, la memoria personal y la reflexión más elaborada. Esta edición ha privilegiado aquellos fragmentos en los que la escritura trasciende la mera constancia de la experiencia y alcanza una mayor densidad: preguntas sobre el sentido de la edad, intuiciones sobre la vocación, meditaciones sobre el amor, la soledad, la arquitectura, la música, el tiempo, la vida interior y el lugar del pensamiento en el discurrir de los días.

El criterio de selección no pretende corregir retrospectivamente la naturaleza íntima del diario ni convertirlo en una obra concebida desde su origen para la publicación. Por el contrario, busca preservar su condición de escritura personal, pero ofreciendo al lector un recorrido posible por los momentos en que esa escritura adquiere mayor fuerza expresiva, conceptual o testimonial. Se han reducido, por tanto, las entradas de carácter puramente catártico y circunstancial, y se han conservado aquellas que permiten aproximarse con mayor claridad a la sensibilidad, las preocupaciones y la inteligencia creadora de Alberto Saldarriaga.

Esta edición debe leerse, entonces, como una puerta de entrada a un

archivo más amplio: una selección parcial, orientada y necesariamente incompleta, pero fiel al propósito de hacer visible una zona íntima de la obra y del pensamiento de su autor.

Prólogo

El residuo maravilloso de la vida

Los diarios de Alberto Saldarriaga reunidos en este libro fueron escritos durante dieciséis años, entre 1970 y 1986, sin la expectativa de ser publicados. El primero de esos años Saldarriaga estaba en Estados Unidos, estudiando planeamiento urbano en Ann Arbor y trabajando con Paolo Soleri en Cosanti, Arizona; el último, en Londres, investigando en la Bartlett School of Architecture. Entre ambos viajes se consolidó su vida pública como arquitecto, profesor e investigador, mientras en su vida privada iba construyendo la filigrana de estas ideas y reflexiones.

Lo cierto es que no responden a un proyecto concebido de antemano. Tampoco procuran construir la figura de un autor frente a sus lectores. Son páginas escritas mientras la vida ocurría. En ellas, la escritura no llega como una consumación posterior a la experiencia, sino como una compañera que la comenta, una confidente o aliada que la contradice sobre la marcha y que, algunas veces, se adelanta para inventarle variantes ficticias o abrirle puntos de fuga. “Veintinueve años escuchando, viendo, oliendo, gustando y palpando algo que parece una vida. Y aquí, escribiendo sin público, dibujando sin público, pensando sin público”, dice Saldarriaga, fijando la condición más profunda de estos cuadernos.

Esa convivencia entre escritura y dibujo se prolongó en los cerca de cincuenta cuadernos de apuntes manuscritos que conserva la Biblioteca Luis Ángel Arango, donde textos y gráficos aparecen organizados con una precisión casi de puesta en limpio. En estos diarios, sin embargo, esa disciplina material no somete el pensamiento a un orden preconcebido. Escribir sin público significa hacerlo sin tener que demostrar nada, sin

buscar aprobación, sin ajustar la voz a la expectativa de los demás, sin saber siquiera si lo escrito va a sobrevivir al día en que se consignó.

Ahora que estas páginas se vuelven públicas, podría creerse que pierden algo de su condición original. Pero sucede lo contrario. El lector llega cuando ya no puede perturbar la intimidad con que esas páginas fueron escritas, pero sí puede comparar lo que allí ocurre con el curso de su propia vida en cada uno de esos años, o de la vida de sus padres y abuelos. Y quizá por eso puede acercarse a ellas con una actitud parecida a la revelación que tiene Saldarriaga dentro de las mismas páginas: “¡No acepto el pasado como explicación! Solo lo admito en su más bella forma: la nostalgia”. Es decir, aceptando el pasado como una forma de permanencia, pero rechazando de plano la idea de que aquello que fuimos determine lo que somos.

Tiempo y nostalgia

El 6 de agosto de 1976, al releer las páginas escritas durante seis años, Saldarriaga encuentra que aquellas “ficciones con apariencia de realidad” se han convertido en “realidades con visos de ficción” y siente “la nostalgia de haber sido algo que ya no puedo volver a ser”. El pasado se le presenta entonces como un desfile de fotografías sepias: los hechos permanecen, pero su significado se transforma con quien vuelve a mirarlos. Una experiencia que en su momento fue dolorosa puede adquirir después una belleza inusitada; una felicidad que parecía completa puede revelar, al ser evocada, la pérdida que ya llevaba dentro. Saldarriaga concluye que la nostalgia es “la muy suave ternura o el muy cruel sufrimiento” de una primera vez y que “la felicidad y la nostalgia son solo partes de un mismo espejo, son sus dos caras que jamás se ven pero que

están hechas de la misma pieza de cristal”. El espejo duplica la realidad, pero también la separa de nosotros: permite ver lo que estuvo presente sin poder entrar de nuevo en ello. Así actúa el pasado, conservando una imagen y recordándonos al mismo tiempo que estamos fuera de ella. El nostálgico es otra especie de Narciso: no puede apreciar directamente la belleza de lo vivido, porque siempre le toca verla a través de un reflejo. “Mañana todo lo bello que fui hoy será nostalgia”, escribe Saldarriaga al final de la entrada.

“Marx dice que la historia del hombre es la lucha de clases... Quizá sería mejor decir que es la lucha contra el tiempo”, afirma el autor con provocación y algo de confesión. La lucha contra el tiempo no es, por supuesto, una lucha que pueda ganarse. Cada esfuerzo por retener una experiencia confirma que ya está desapareciendo. Cada palabra escrita para fijar un instante demuestra que ese instante ha dejado de existir. “Deambulo sin ver todavía las huellas de mi esperanza impresas en el suelo blando y enlodado del pasado”, añade. El diario es también ese suelo. En esos mismos años Saldarriaga recorría el país estudiando viviendas rurales, asentamientos y ciudades y, desde 1970, fotografiaba aquello que encontraba a su paso. Ese hábito de mirar, registrar y conservar fragmentos también atraviesa los cuadernos. En ellos quedan impresas huellas que solo más tarde pueden reconocerse. Mientras escribe, el autor no sabe cuáles de sus temores se cumplirán, qué deseos serán abandonados ni cuáles de sus certezas terminarán pareciéndole ingenuas. Los cuadernos conservan el momento anterior al desenlace, cuando el porvenir todavía está abierto. Esa es una de las formas más intensas de verdad que ofrece un diario, y especialmente uno como este: nos devuelve lo que sucedió, pero también lo que en algún momento pudo haber sucedido.

El paso de los años altera incluso la naturaleza de lo vivido. Lo real puede llegar a parecer inventado porque ya no coincide con la persona

que lo recuerda. Lo escrito, en cambio, permanece fiel a una conciencia anterior, con sus entusiasmos, sus exageraciones, sus errores y presentimientos. Por eso estos diarios no deben leerse como la explicación de una vida. En ellos, el pasado no está organizado para conducir inevitablemente hasta el presente, pues preserva sus desvíos, repeticiones y zonas inconclusas como la partitura de una música olvidada.

Pensamiento y vida interior

Escribir en privado permite que el pensamiento avance sin un perímetro preconcebido. En la entrada del 27 de mayo de 1973, un anochecer cualquiera basta para que Saldarriaga pase de la contemplación del viento a las preguntas más elementales: “¿Qué estamos haciendo?” y “¿Para qué y por qué existimos?”. La reflexión se desplaza entonces hacia Dios, el demonio y, finalmente, hacia la necesidad concreta de comer para subsistir. Dos años después reconoce que ha pasado “de un estado de certidumbre” a “un cúmulo de interrogaciones” y desconfía de quienes creen poseer la verdad absoluta. El diario acoge esos movimientos sin exigirles una conclusión definitiva: permite que una idea se abra, se contradiga o cambie de dirección al ritmo mismo de la vida.

La libertad de esa escritura privada acompañaba una vida intelectual cada vez más pública. Mientras escribía estas páginas, Saldarriaga enseñaba en la Universidad Nacional y en Los Andes, dirigía investigaciones sobre vivienda, asentamientos y patrimonio, y publicaba libros, desde *Habitabilidad*, en 1976, hasta *Arquitectura y cultura* en Colombia, en 1986. La escritura pública también fue ganando terreno: el propio Saldarriaga atribuiría a la insistencia de la revista *Proa* el nacimiento de su oficio de escritor. El diario era, en cambio, el lugar donde ese pensa-

miento podía desviarse hacia otras conexiones y horizontes, en especial hacia los territorios artísticos en los que muchas veces sintió que estaba su verdadera vocación: la música, la literatura y la fotografía.

Aunque en los diarios esos intereses aparecían en su forma más íntima y libre, no quedaron confinados a los cuadernos. Durante esos años Saldarriaga tomó fotografías, preparó exposiciones y, en 1986, diseñó la escenografía de Tito Andrónico. Su trabajo fotográfico, iniciado en 1970, se convirtió en una herramienta de sus recorridos y trabajos de campo y, al mismo tiempo, en otra forma de indagar la experiencia de habitar el mundo. Con los años formó un archivo de miles de imágenes en las que su mirada convertía lo cotidiano en un acontecimiento detenido en el tiempo. Esa misma búsqueda reaparecería después en *Los lugares habitados. Tema y variaciones*, publicado en 2010 por Laguna Libros. Concebido como una serie de instantáneas y como “un fragmento de fragmentos”, el libro reconstruye una vida a través de la memoria y la imagen, y prolonga, desde otro registro, la escritura íntima de estos cuadernos.

En cierto punto de sus diarios, Saldarriaga se pregunta si, después de acumular imágenes, lecturas y sensaciones, el pensamiento no comenzará a trabajar por sí mismo, enlazando los datos y produciendo “combinaciones insospechadas”. La imagen del cerebro como un computador es apenas el punto de partida: ¿en qué grado somos autores de nuestros pensamientos? ¿Pensamos o algo piensa dentro de nosotros? En esa inquietud Saldarriaga se estaba anticipando visionariamente a otra: ¿la inteligencia artificial terminará reemplazando nuestro trabajo intelectual?

Este diario registra ese instante en que una idea comienza a formarse sin haber encontrado todavía su expresión definitiva. Allí reside buena parte de su fuerza. Más que al resultado de cada reflexión, asistimos a su

paulatino florecimiento: la belleza está en la misma gestación. Las frases avanzan mediante asociaciones, dudas, correcciones y preguntas que no siempre encuentran respuesta. Saldarriaga nunca escribe desde una certeza conquistada. Lo hace para descubrir qué caminos abre una pregunta cuando se formula con honestidad. Esta libertad explica la variedad de asuntos que toca y su interconexión.

Dentro de esa variedad (la arquitectura, las artes visuales, el teatro y la música), el amor aparece como una forma de equivocación asumida: “Amar es estar siempre equivocado... ¡y no preocuparse por eso!”. La frase despoja al amor de cualquier aspiración de lucidez, porque para Saldarriaga no es comprender correctamente al otro ni conocerse más uno mismo, sino admitir una zona en la que el error se vuelve un tentador horizonte de posibilidades. También el erotismo es pensado fuera de la oposición habitual entre libertad y compromiso: “El erotismo no es ausencia de compromiso humano, es solo la posibilidad de dar al compromiso un sentido y un valor, y poder de esa forma comprometerse con todo el universo”.

Lo mismo ocurre con la idea de Dios. El dios burocrático que exige firmas, sellos e intermediarios religiosos es observado con irreverencia, pero detrás de esa burla persiste una inquietud auténtica. La ausencia de una respuesta sobre el origen y el destino deja al ser humano entregado al azar (esa otra fuente de posibilidades). La tensión entre incredulidad y necesidad recorre muchas de estas páginas. Saldarriaga no parece buscar una doctrina que resuelva el problema; lo que busca es una forma de vivir mientras llega una mejor manera de plantearse. La escritura le permite permanecer dentro de la pregunta, encarnándola.

Música y expresión

La música ocupa en estas páginas un lugar especial. No era una afición incidental: Saldarriaga reunió una amplia colección de grabaciones y llegó a realizar para la Radiodifusora Nacional un ciclo de cerca de cien programas titulado “Cómo apreciar la música”. En los diarios, sin embargo, ese conocimiento no se exhibe como erudición. Cuando las palabras comienzan a resultar insuficientes, la música se convierte en otra manera de pensar y de escribir sin público. En ella Saldarriaga percibe las fuerzas de una época: “la violencia del átomo”, el poder de las máquinas, la desaparición del bosque y la llanura. La música recoge aquello que todavía no ha sido organizado como idea. Puede anticipar un miedo, expresar una pérdida o contener al mismo tiempo emociones que, en el lenguaje corriente, parecían incompatibles.

El blues reúne “el amor y la pena y la tranquilidad y el desasosiego”. Su verdad proviene de no suavizar esas contradicciones. No pretende convertir el dolor en una frase hermosa ni ofrecer un consuelo fácil. Se canta “con todo el contenido del ser”. En esa entrega, la música se acerca a la escritura íntima: ambas prescinden, al menos en su origen, de la retórica destinada a producir un efecto en el público. No significa que carezcan de forma. Tanto el blues como este diario encuentran su expresión mediante ritmos, repeticiones y variaciones. Saldarriaga vuelve a los mismos asuntos como un músico vuelve a un tema para transformarlo.

Al hablar de la música brasileña, encuentra una emoción cercana al blues, aunque atravesada por otra clase de alegría. En este punto invoca la palabra saudade: “vivir deja un residuo maravilloso, incontenible, que solo murmurando, gimiendo, gritando o aullando se puede compartir”. Ese residuo podría ser también la materia de estas páginas. Lo que queda después de vivir es un resto transformado por el tiempo: una ima-

gen, una frase, una emoción cuyo origen ya no podemos reconstruir del todo, pero que deja un sabor persistente en la boca.

Tal vez toda expresión verdadera nazca de la imposibilidad de guardar por completo lo vivido. En la última entrada de estos diarios, Saldarriaga reconoce que las palabras apenas logran “recoger o reflejar” una parte de lo visible y que fuera de ellas permanecen las “opacidades del espíritu”, los deseos insatisfechos, los sueños inacabados y los fantasmas del inconsciente. Escribimos, dibujamos o hacemos música porque sabemos que, para recuperar lo vivido, solo contamos con nuestros propios restos. Incluso cuando el único público es uno mismo, existe la necesidad de darles forma, aunque después le corresponda a un lector igual de vaporoso completarlos eventualmente con los residuos de su propia vida.

Paul Brito

ESCRIBIENDO SIN PÚBLICO



1970

un poco de autobiografía....

Veintinueve años escuchando, viendo, oliendo (mejor antes de aquel infortunado (!!) accidente), quitando y palpando algo que parece una vida.

Y aquí, escribiendo sin público, dibujando sin público, pensando sin público....

Relando cada día por un derecho que ya tengo (imaginando que ya mi condición humana plantea la base del derecho a vivir, que una actividad que puedo efectuar me afirma como poseedor de tal derecho y que el proceso humano necesita de mí como yo de él utopía!), tratando de hallar desde un espacio para habitar hasta una aceptación de ideas.

Luchando contra señoras propietarias de ojos acechantes, que alejan el 'pecado' de sus edificios de renta y acatallándose en sus maridos se pasean orgullosas por un mundo matriarcal.... O contra los negociantes de las necesidades, llenando sus cuentas bancarias con la vida humana explotada, ultrajada y prostituida.

Luchando contra una mentira que quien sabe si sea por una verdad desconocida.

po es demasiado interesante vivir así!

Preferible escuchar: acaso Gustav Mahler tuvo que luchar por lo prosaico? Acaso mientras componía su tercera sinfonía tendía los de renta y falta de recursos y una propietaria vaginalmente histérica llamando a los cielos por más y más y más dinero?

Interesante suposición, en todo caso....

lo prosaico mata todo lo que me ser humano puede dar! Somos animales de comodidad y necesitamos allanar todos los problemas para poder producir.... ahora bien, puede suceder que a pesar de no tener prosaicos problemas, tampoco produjéramos. Entonces, realmente sería divertido llegar a saber de nuestra total inutilidad.....

enero 30 / 71

Septiembre 8/70

Ayer (y hoy) recordaba San Francisco. Nada había a mi alrededor que obligara mis recuerdos a viajar tanto. Era una cosa dentro de mí, alguna fijación temporal, algún ritmo de la memoria que cada determinado tiempo me hace pensar en algo distante.

Ayer, mientras recordaba San Francisco (semanas enteras deambulando por calles que suben y que bajan, semanas enteras dedicadas a la contemplación de la bahía desde la ventana del cuarto) pensaba en la distancia que ahora se abre implacable entre nosotros, quizá mayor que los miles de millas explicables geográficamente. En el hecho terrible de saber que no hay posibilidad de reunirnos jamás.

Los primeros días de septiembre son fríos. A veces sale el sol y el cielo está azul y todo quiere indicar un verano que aún existe, de acuerdo a esos mentirosos datos climatológicos. Pero todos sabemos que el verano acabó, que ya la escuela abre, que volveremos al estudio y que la maravilla de las vacaciones otra vez más sucumbe.

No había notado, hasta ahora, cómo de repente aparecen hojas enrojecidas en los árboles. Al darme cuenta de ello me estremecí... Me pareció que algo amenazaba la felicidad del verano, verano de pies descalzos, de carreras, de gritos, de baños desnudos en esa corriente clara que huye de las montañas... Verano de encuentros insólitos, de sorpresas magníficas, dentro y fuera de mí, de noches que de repente se libraron del sueño para volverse inquietas y difíciles.

Ya mañana volveremos a la casa y todo será monótono, lento y demorado. Vendrán hojas de colores a reemplazar el trabajo verde del verano. Hará frío, algún día nevará y desde mi ventana de suburbio la vida será un monótono desenrollar de días, noches, clases, juegos, comidas,

televisión, un día sí y otro no, un día quizá mejor que otro, quizá peor...

Pero el sabor agridulce de este verano podrá quedar guardado con su retrato; sonrisa de mentiras, tristeza de verdad, con la cinta que habla de su voz, con un recuerdo fijo en la memoria. Esta mañana descubrí la importancia de los espejos retrovisores en los carros...

A decir la verdad, los espejos me han fascinado siempre: ese desdoblamiento de la realidad logrado por una superficie tersa y un poco de plata, esa duplicidad de realidades que actúan simultáneamente y que se simulan con fidelidad.

Sin embargo, esta mañana, al subir al asiento posterior del carro, iba completamente inocente de lo que iba a acontecer a través de los espejos. Aún más, no había siquiera tomado en cuenta que hay dos espejos, uno en el interior del carro, en el medio del parabrisas delantero, un espejo largo, angosto, horizontal, que permite una visión del carro y de lo que acontece atrás, visto a través del cristal posterior del vehículo; y el otro, exterior, redondo, curvo que observa el costado del carro con toda nitidez, que actúa como control del lado izquierdo para evitar roces, errores de cálculo, etc.

Así, al quedar sentado en el lado izquierdo del vehículo, contra la ventana, pude tener pleno control de esa cara que guiaba... Al comienzo fue sin intención. Las miradas se cruzaron primero en un espejo, el exterior, luego en el otro. La segunda vez, yo retiré la mirada, pero inmediatamente busqué en el otro espejo y allí encontré sus ojos azules, que se escaparon veloces. Luego, volvió a suceder lo mismo. Hasta que decidí sostener la mirada en cada espejo para saber si era hacia mí que sus pupilas enfocaban o era solo el cuidado de conducir correctamente. Sonreí en el siguiente cruce de mirada. Sus ojos se quitaron inmediatamen-

te pero no recuerdo cuánto tiempo jugamos. Hablábamos todos a la vez, comentábamos acerca de las elecciones, de los nuevos ministros, de nuestro papel en el gobierno, de lo mal que va el país, de los últimos incidentes en Uruguay y en Chile; pero los ojos seguían su propio sendero, su propio diálogo lleno de insinuaciones y peligros.

Al llegar al aeropuerto, con todo el ir y venir de gente y maletas, de gente con maletas y maletas, nuestro diálogo de espejos terminó.

Nos despedimos como si no nos conociéramos...

Septiembre 10/70

Enriqueta llevaba su nombre a cuestras, como una cruz.

El nombre en sí mismo tiene alguna particularidad sonora que lo hace un poco curioso. Nada más. Sin embargo, ella lo llevaba como su condena. Y hay tantas Enriquetas famosas en las historias de la cultura e incultura occidentales, que cualquiera se honraría llevando tal nombre.

En francés, Henriette es uno de los más bellos nombres femeninos. Suena a miniatura ovalada del XIX en marco de oro. Suena a amante entre terciopelos, a cachumbos negros y a abanicos. Pero Enriqueta lo ignoraba y odiaba su nombre como si fuese la peor blasfemia.

Las heroínas de sus novelas llevaban nombres sonoros, elegantes, discretos, seductores... Todas ellas tenían cuerpos de estatua, ojos que variaban de un azul aguamarina a un gris de tarde invernal, dientes capaces de eclipsar al más pintado de los supervarones, de anchos hombros, rostros rudos pero hermosos, y una nobleza digna del santo más santo mezclada con la bravura del héroe más héroe y la ternura del mejor seductor del universo. ¿Cómo imaginarse una “Enriqueta” en brazos de tan apuesto mozo?

Al salir de su trabajo: modesta oficina en la calle trece con octava, abogados de bigote y traje oscuro brillado; al caminar por las calles llenas de las seis de la tarde hacia el paradero del bus, al someterse al duro riesgo de llegar a su casa, a punto de encender el televisor para ver Simplemente María y sumirse en la intensa trama, parecía llevar su nombre en el rostro y quería esconderlo, huir con él cuanto antes, y poder deleitarse en su sillón, frente al cuadro fosforescente del aparato, pensando en otra posible telenovela: Simplemente Enriqueta. Solo después supo que una mujer adulta podía cambiarse el nombre.

Pensó, leyó, calculó, midió, escogió...

Fue a la notaría 5^a. notario ausente, secretario como recién sacado del catálogo de burócratas, el aire indefinible de fosilización, propio de una oficina pública, colorada hasta la raíz del nombre, tramitó su esperanza, la escribió en papel sellado, la llenó de estampillas, hizo colas, aquí y allá, caminó, fue y vino hasta que un día, entre su bolso, estuvo un papel que certificaba que ahora se llamaba Jacqueline. Ese día vio tantos jóvenes que se admiró. Esa noche no prestó atención a la novela. María estaba en peligro, la injusticia se cerraba en torno a ella. Nadie parecía querer ayudarla. ¡A los seis meses se casó!

Septiembre 11/70

Si pudiere escribir treinta y dos historias cortas, las dedicaría a Beethoven. Imagino el esfuerzo creador que requiere componer treinta y dos sonatas para piano, mientras al mismo tiempo se imaginan sinfonías, cuartetos, tríos, dúos, conciertos, canciones, misas, piezas para piano solo, una ópera y un oratorio. Admito tal esfuerzo.

Y, sin embargo, no niego que escribir treinta y dos historias cortas tiene también su mérito. ¿Qué temas usar? La vida misma da tema para millones de historias cortas y también de historias largas. ¡El solo hecho de sentir algo ya es una historia corta! El caminar por una calle en la mañana es tema para una. El recorrer la misma calle por la tarde es otro tema. El hecho maravilloso de dormir y soñar es una y otra y otra historia esperando ser escritas.

El escritor es solo aquel que puede, de entre muchos temas, escoger uno y saberlo decir. Los temas están ahí, flotando, esperando ser recogidos, revestidos y enviados como apóstoles de la vida misma, del pasado, del presente y del futuro.

Beethoven tenía al menos una armonía que seguir o contradecir... Do, re, mi, fa, etc. que de un modo suenan y del otro disuenan. ¡Si los escritores supieran cuántas historias esperan ser contadas por ellos mientras hay tantos escritores tratando de inventar algo nuevo, original!

Si pudiera escribir tan solo nueve historias cortas, también se las dedicaría a Beethoven.

Septiembre 14/70

Hoy recibí tu carta. Ha sido un lunes lluvioso y gris. A las cinco de la tarde la neblina descendió y la ciudad se volvió un fantasma envuelto en velos blancos. Hoy a las dos de la tarde recibí el sobre: correo aéreo, estampilla y matasellos de hace cinco días. Ha lloviznado días, ayer y hoy. En cambio, la semana pasada fue toda de sol y de un cielo demasiado azul que amenazaba llover.

Corrí desde la casa hasta la escuela de arquitectura, entre árboles, chorreando agua, sobre aceras mojadas, hasta el viejo edificio de ladrillo

color chocolate de lo puro vetusto. El sobre que llevaba en la mano se mojó y la tinta se corrió manchando el sobre y la mano. Cuando llegué a mi mesa, ese viejo pedazo de tabla sobre el cual han pasado muchas generaciones de estudiantes, vi mi nombre y tu nombre que se diluían en un manchón azul. Todavía usas la Parker azul claro que tenías cuando nos conocimos. Sin embargo, tu letra ha cambiado, tú has cambiado cada día y no lo había notado. Tuve que secar el sobre con la toalla, la vieja y manchada toalla de trabajo, para poder abrirlo. Hacía frío, un frío grisáceo como el pedazo de cielo enmarcado por esa ventana arriba, colgada del mugre de la pared. La estampilla estaba casi desprendida, las hojas eran de papel cebolla, dobladas en tres partes, tres páginas, llenas de tu caligrafía gorda, pesada, que ahorra cada centímetro de espacio para poder decir más... más todavía. Ya sabía yo que no eras capaz de resistirlo, tenías que defenderte y no te diste cuenta de que malgastabas defensas sin haber ataque. ¡Me tuve que reír, perdóname, pero tenía que hacerlo! Tú, pensando en suicidarte... Ya quisiera yo ver eso. Afuera siguió lloviendo hasta las seis de la tarde.

Septiembre 15/70

La puerta de la casa siempre parecía a la espera. Los techos cargados de flores y de musgo llevaban hacia el comedor, donde macetas colgadas descolgaban helechos, epifitas, begonias y parásitas en flor, si ese prodigio se puede denominar sencillamente flor.

Todas las puertas se abrían al patio, incluso la del salón, con sus cristales blancos, en el centro y los viejos y labrados cristales aquellos. El interior del salón olía a antiguo, pero era un olor vivo, un olor de preciosidad en porcelana, de espejo veneciano, de un cristo descorazonador en un

retablo que presidía el espacio detrás de los claveles rojos o los delfinios azules o las margaritas dobles, orgullo del jardín; o, en los días de fiesta santa, detrás de una manotada de rosas rojas o rosadas. El salón olía a rosas aventuradas entre libros, olía a plata manchada y a acero.

Las ventanas de visillos en macramé contemplaban nostálgicas el paisaje sabanero. Al frente Chía, a la derecha Cajicá, a la izquierda Bogotá, atrás, la montaña y el frío. Las camas, refugiadas en los rincones, ofrecían su tibio abrigo. La penumbra de la alcoba amorosamente contemplaba las lámparas de aceite de higuera que ardían frente al Divino Rostro, frente a la Dolorosa, frente al Cristo de Buga y a la Santísima Virgen de Chiquinquirá. El olor de las lámparas recordaba el resplandor de cera de San Francisco o de Santa Clara, de la inefable y dorada Santa Clara con su monja enclaustrada detrás de la celosía del balcón.

Y el viejo comedor aguardaba la llegada de la visita para abrir sus puertas; y entonces, platos y viandas entraban en tropel. Los viejos juegos de cristal, en la ventana, llenaban de color el interior que olía a papaya, bananos y mangos en bandejas de mimbre, a dulce de moras, a guayaba en conserva y a naranjas.

Toda la casa aguardaba la llegada de Kike, que vendría a visitar el cadáver de una joven que, sin decir nada, se murió de tristeza.

Septiembre 29/70

Las corridas comienzan a las 3:30. El buen sol de Bogotá permanece casi siempre en un corto verano que ilumina diciembre, enero y febrero. Corrida y sol, corrida de la feria del Señor de Monserrate, mezclada con Navidad, vacaciones y un toque de libertad en medio del rigor frígido y triste del resto del año.

Esta tarde toreaba el Cordobés. Era enero después de días y días al pie del amado Caribe, viendo el sol amanecer y atardecer y recorrer ese cielo limpio de toda nube. Enero que obliga a regresar a Monserrate, a la taza de café y al cine que alivia el nuevo año con buenos estrenos. Enero con sabor salado marino, con color moreno en la piel ufana de su mestizaje.

Enero de sol y toros. Antes de la corrida almorzamos los cuatro en casa de Lucía. Almuerzo de domingo: curuba y ají seco con maíz y aguacate servido en sus lindos platos blancos de porcelana inglesa, con todo el tintineo de cubiertos de plata, con el revoloteo de dos criadas, negro y blanco, con la monótona voz de tía Norma embutida en un traje tan pasado de moda que parece estar a la moda... La campanita en su mano huesuda dirigiendo toda la operación de criadas y comida.

A un lado de la mesa el jardín, uno de esos jardines que parecen mentira de lo hermoso que son: viejos, tiestos llenos de flores rojas y rosadas. Helechos y gatos tomando el sol. Los ladrillos mojados aún en la sequedad del verano, revelando la labor cotidiana de la regadera, rigurosamente vieja y añosa, como todo el ambiente.

En la corrida encontraríamos a José Manuel. Todos sabíamos que estaría borracho de vino y ruedo, llevando consigo toda su ansiedad para presenciar la lucha de hombre y toro, de hombre contra toros, de hombre herido contra toros masacrados, y su olor a sangre y a muerte...

A las tres en punto salimos para la Santamaría. Tendido de sombra, contrabarrera, un escándalo de precio pagado por estar dentro del mismo espacio, sin poder sufrir el golpe del sol, el sol que rebotaba en cada ola del mar, el sol que quemaba las costas y secaba la sal en las inmensidades de la salina, la misma gente de ayer y de hoy, la misma de la semana entrante, solo cambiando sus vestidos.

Ayer El Viti, hoy Manuel Benítez... ¿qué importan los otros nombres? Estaba allí por él, primera vez que le vería torear, sobreponiéndome a la angustia de siempre en cada plaza de toros que he pisado.

A las tres y treinta comenzó la corrida. A las ocho supimos del suicidio de José Manuel.

Octubre 3/70

A veces me gusta mirar por la ventana.

Siempre que miro por la ventana, me imagino cómo me verán desde afuera, cómo mi rostro quedará ubicado en el rectángulo oscuro que abre un interrogante en la austeridad de la fachada de piedra.

Me gustaría mirar personas que miraban por la ventana. Captar ese momento distraído en que una persona observa al mundo desde adentro. Curiosidad, miedo, deseo de salir de entre los frágiles barrotes de madera, nostalgia; miradas perdidas que no miran, sino que simplemente se apoyan en el alféizar de la ventana para divagar... captar la dicotomía de adentros y afueras lograda por la sola presencia de alguien en la ventana.

Ventanas con balcones o sin ellos, meros huecos o elaborados juegos de prodigiosos artesanos... con vidrios o sin ellos, ricas, pobres, humildes, todo lo que es concebible imaginar en el mundo de ventanas.

Ahora yo me asomo también a mi ventana. Nadie me podrá ver, pues esta ventana mía, tan grande desde dentro, desde afuera, es solo un hueco más, entre tantos que salpican el muro. Quizá alguien, caminando por el patio que separa mi fachada del muro, de repente se sienta aludido y entonces trate de hallarme. Casi nunca lo logra y este pequeñísimo triunfo me hace caer al lecho y estarme allí, revolcándome de risa.

Las miradas llaman. Lo sé muy bien puesto que siento a veces cuando me observan por alguna mirilla que no he hallado todavía, pero que hallaré, y entonces me erigiré esperándoles frente a frente para que, al observarme, ¡encuentren mis ojos que los miran!

Octubre 12/70

Desesperación.

Saber que no es cierto, que no puede ser cierto, que jamás será cierto.

Están en contrapunto mi ser y el suyo. Toda mi construcción de veintinueve años y la suya de edad ignota, quizá milenaria se miran de un lado a otro de una calle sin fondo, de una grieta que va más allá del centro de la tierra, por donde se mira el infinito.

Quizá sentimos lo mismo, quizá deseamos lo mismo, pero un mismo sentimiento y un mismo deseo en diferentes recipientes, ¡pueden eclipsarse, aniquilarse!

¡Somos mal contra mal, bien contra bien! Nuestra lucha carece de objetivo. Solo pueden enfrentarse los opuestos: el bien y el mal, lo bello y lo feo. Entre igualdades no hay disputa.

Somos lo mismo. Somos un mismo ente disfrazado de dos caras y dos

cuerpos distintos. Todos somos lo mismo, pero manifestamos solamente nuestra diferencia, que nos hace entonces creernos diferentes. Nosotros sabemos que somos iguales. Sus armas son las mías, su miedo el mismo inevitable y doloroso miedo mío. Mi amor y su amor son uno solo. Es como amar el reflejo en un espejo, como amarse uno mismo. ¡La condena es inevitable! El silencio es igual, el llanto el mismo.

Qué curioso, qué maravilloso encanto este duelo de aguas que van al mar. Qué campo excelente para conocerme y conocerle cada día más. Vamos como líneas paralelas que geométricamente no pueden juntarse, más que en el infinito.

El infinito es entonces la esperanza de amantes locos, enamorados de su propia imagen.

Pero, ¿acaso existe el infinito?

Octubre 12/70

El fraile rezaba desdentado, con su sotana raída, sus colgajos de pelo en su calva carnosa y su camándula de plata ennoblecida.

Llevaba cuatro años cumpliendo su deber de dar consuelo espiritual a los condenados a muerte por el Tribunal de la Reconquista, sin haber dado este consuelo a ninguno de ellos.

Cada día salía de la Recoleta, con las primeras brumas del amanecer. Llevaba consigo unas hostias para repartir como mendrugos de pan y té a los famélicos revolucionarios que debían pasar a las armas. Caminaba por el camino real que adelante se convertía en calle y luego en plaza mayor.

Las mazmorras hedían a sangre, sudor, miedo, excrecencias y orines. El olor apestoso de la comida sucia y grasosa, que emanaba de los fogones improvisados en los patios, se mezclaba con toda la fetidez de la prisión. Por doquier había cuerpos anónimos, envueltos en pesadas mantas de lana virgen, en capote, oscuros en mantillas negras... Voces y pasos, pasos y sonidos de metal, de rejas que se abren y se cierran, de espuelas que arañan los ladrillos mugrientos, de cadenas que arrastran la infamia de la libertad soñada, esperada, deseada, infructuosa y pisoteada. Algún funcionario gordito, como lechín cuidado, con su cadena de oro en la barriga y nariz colorada de encuentros frecuentes con la chicha hecha en casa, cruza sin ver, ni oír, ni reparar en los bultos que emiten voces implorantes, en los insultos que brotan de los ventanucos enrejados, o en la zalamería de los falaces que hacen de la miseria su negocio.

El fraile seguía dando avemarías en su latín degenerado y sucio, mientras el prisionero sentado en un camastro, limpiaba de piojos la camisa que llevaría al cadalso. El fraile cabeceaba de sueño y sus plegarias, convertidas en babas, se escurrían de sus labios. Poco después llegaron los soldados. El comandante, español de Galicia, le anunció que el cortejo estaba listo. Salieron al patio... bultos que se replegaban de pavor, murmullos, voces que repudiaban o bendecían. El fraile tomó el cristo y encabezó el desfile: ladrillos en las calles, ventanas entornadas, bendiciones: “¡Dios, que no nos pase esto! Amparadnos, Virgen de la Misericordia... Jesús de Monserrate, ten piedad... Piedad esperada injustamente, piedad mendigada a imágenes de santos olorosas, a cera y a aceite”. Las campanas de todas las iglesias repicando, con algún sacristán colgado de sus cuerdas. Un tambor marcando el ritmo de la muerte, el cadalso, pared de oprobio y sangre, sangre criolla, roja, fértil, bañando las piedras de la huerta de Jaime.

El fraile corrió su cruz a un lado y pidió al condenado arrepentirse.

¡Recibió de respuesta un escupitajo que escurrió por su rostro aterrorizado y cayó en su sotana sucia! El fraile arremetió con todo su infierno y castigos, pero ya no le oían. Cuatro soldados hacían fuego y una voz más fuerte gritaba: “¡Malditos los tiranos y sus dioses!”.

El fraile regresó a su recoleta al mediodía. Cuando estaba almorzando, un perro olfateó sus ropas y lamió golosamente la saliva y la sangre que aún permanecían frescas. ¡El fraile vomitó!

Octubre 14/70

La música sonaba suavemente. La voz de Manzanero hablaba de amor en su dudosa poesía, con su dudosa melodía, pero convenía a los amantes, que la escuchaban silenciosos.

“Voy a apagar la luz para pensar en ti...” . Las luces, atenuadas al máximo, apenas daban a entender las siluetas de los objetos del salón. La ventana con sus cortinas hechas a un lado, mostraba las luces trasnochadoras de la ciudad, con su titilar misterioso, enormemente solitarias y frías.

Quizá se amaban, nunca habrían estado seguros de ello. Pero su ritual corpóreo se ejecutaba frecuentemente, sus lazos no atados del todo los unían por momentos, luego les permitían irse, perderse en otros amores, otros cuerpos, otros espacios y siempre se habrían hallado al final de cada aventura.

Ahora, calladamente yacían el uno contra el otro. Ella entre los brazos de su amante, él rodeándola, mirando sin mirar su ciudad cómplice de muchas otras noches de amor.

Vagabundos de su propio destino ahora tomaban un aliento para seguir

adelante. Besos rotos con sabor a whisky, ceniceros llenos de restos de cigarrillos quemados, cenicientos y olorosos a noche.

Alguna campana despertó la alborada. El cielo aclaró: nubes, oleadas anunciaban otro día gris y lluvioso. Alguna sirena desgarró el silencio con su amenaza.

Ella se desprendió de los brazos, tomó su abrigo, se miró en un espejo, hizo un ademán de arreglarse el cabello, dijo adiós y se marchó. El disco de Manzanero se acabó. Quedó el silencio.

Octubre 18/70

A las siete de la mañana apenas se intuía el sol detrás de las montañas, cuando la niebla y la lluvia no hacían su obertura mañanera.

La vieja iglesia olorosa a flores... claveles y azucenas y la cera de cirios y veladoras. La entrada: multitud de pasos recién levantados, repicando sobre el crujiente piso de madera. Bajo los ojos avizores de aprendices de curas, atisbando a quien habla, a quien mire o ría. La salida casi coreográfica del capellán y sus acólitos, yo mismo, muchas veces, él con su dorada casulla y sus adornos, yo, nosotros, ellos con las negras sotanas y los roquetes blancos, plisados, con faldones y mangas de encaje.

¡Todos de rodillas! Cien, doscientas, cuatrocientas rodillas que descienden sobre las tablas sucias de las bancas. El armonio atinaba a dar una, y luego otra nota que contradice su mismo nombre.

In nomine patri... las oraciones, sacadas de los libros hábilmente editados, con su inevitable cinta roja para marcar las páginas, et filio et spiritus sanctus. El coro responde con fuerza que hace temblar las llamas de

los cirios. Santa María auxiliadora entre cortinas grises, Santo Domingo sabio entre azucenas, hablen de caridad aún caída por muchos. Fátima de voces, un linum antes del Evangelio, de pie todos y la señal de la cruz moviliza cien, doscientos, cuatrocientos brazos derechos. Jamás tuve la curiosidad de averiguar cómo se persignaban los zurdos. Un sermón a veces, a veces, un suspiro de alivio salido de todos, ¡diez minutos menos de misa! Ritos que parecen tan absurdos que hasta se vuelven magistrales. Lavados, secados. Bailábamos de un lado a otro del altar con todo el repertorio de utensilios hasta por fin acariciar la campana en la mano, ¡lista a dar la señal!

Sanctus, sanctus, sanctus...

A veces, un domingo, el sabor amargo de una noche de fiesta, cigarrillo, licor, besos furtivos... sueño como un dolor en todo el cuerpo. El olor del incienso más intenso que tiene el cuello.

Primer campanazo. El miedo que llega mientras el cura murmura las palabras... luego: ¡Dios! Nadie quiere mirar de frente esa hostia o ese cáliz. El silencio.

Como si el peso de Dios fuese demasiado, después de la última campanada todo vuelve a vivir, se escucha movimiento, tos, acomodados de cuerpos en sus bancas sobre rodillas que duelen. El armonio con su estridentísimo chirrido del pedal que destroza lo poco de música que trae el himno siguiente. De los confesionarios salen almas limpias a ocupar sus puestos entre muchas almas sucias.

Bendiciones y venias, genuflexiones, vueltas, el cura baila entre sus deificaciones, de uva a trigo. Al fin, agnus dei qui tollis peccata mundi, ya se oyen los murmullos, el cura come hostias, toma vino y al fin abre el tabernáculo de oro con su llavecita y saca el copón lleno de redondeles

blancos para dar de comer a Dios a los caníbales, que llegan a arrodillarse. Siempre este o aquel llega primero, los santos de la compañía de María Auxiliadora o de San Luis Gonzaga, los que andan tras los faldones negros de los curas, muchos blasfemos que fingen su religión, muchos que no desayunaron en su casa y aprovechan para tomar esa horrible taza de café y ese monstruoso pan salido de los hornos del claustro, todos llegan y esperan, ojos bajos, brazos cruzados...

La patena, sol de oro, disco de mil colores que va primero a mi quijada y toca suavemente con su frío filo mi garganta. Luego, a la derecha y comienza el deambular poniendo la patena en otra garganta, ir afilando un filo constante que pueda rebanar cabezas mientras vamos repartiendo comunión... cabezas que ruedan por en medio entre charcos de sangre. Con qué esfuerzo se contiene la risa al mirarnos en los ojos burlones de alguien. Un día cien, otro doscientos, primer viernes cuatrocientos labios y lenguas que abren y cierran las puertas a la gracia divina.

Ecce panis, regresamos al altar. Ahora el finale, presto agitato. El sol que ya ha salido y logra salvar la barrera de los bloques grises de cuatro pisos, ahora acaricia los patios. Se ven a veces fragmentos de cielo azul. Veinticinco minutos antes de la primera clase.

Desayuno, recreo, juegos, ir al segundo piso y acodados en un balcón mirar los que juegan frenéticos, dejarse acariciar por el sol, sol mañanero zalamero y suave que infunde vida. Luego las clases regidas por las campanadas inexorables del reloj. Así todos los días, así todos los años, así parece que no hay tiempo, ni espacio, solo presente. Así desde doce hasta dieciocho, desde la inocencia hasta el orgasmo, desde la fe hasta la duda, desde la seguridad hasta el miedo, ¿no? Así mientras uno se hace, ¡pecando todos los días para poder seguir adelante! El cura sobre sus objetos vuelve aquí, va allí y por fin mira de frente a su auditorio, abre los

brazos y devuelve a la vida cien, doscientos, cuatrocientos fragmentos de muchachos. Ite, missa est...

Octubre 21/70

Espejos, pulidas superficies de reflejo, donde el rostro de uno aparece. El único sitio donde es posible ver ese objeto (uno mismo) y donde puede darse uno su propio veredicto.

Espejos en paredes, reflejando aquello que puede frente a ellos: un espacio igual al nuestro, pero al cual no es posible el acceso. Parado frente a un espejo puedo contemplar la figura de alguien, inocente de mi vista. Puedo recrearme en cada detalle de su rostro, en cada gesto ajeno a mí... Puedo poner mis labios sobre la tersa superficie y sentir que frente a ellos hay “otra” situación, otra vida que abre otra posibilidad a la presente.

Si aquello que sucede en un espejo pudiere disociarse de lo real y volverse real... Si en el espejo otra realidad cobrara vida y mostrara a aquello que sucede otra cara, todos huiríamos.

Mirando en el espejo del salón, el viejo rectángulo de cristal de roca, veía tu espalda y veía a quienes te miraban. ¡Sentía tu fastidio por toda esa charla “profunda” que pretendía dar imágenes tan serias de la vida que sólo infundían risa!

Y seguía en el espejo los movimientos de todos los labios menos de los tuyos. Como siempre, tu imagen quedaba fuera de mi vista, solo veía tu cabeza asomando sobre el terciopelo rojo del sillón.

You were sleeping in the room, and I could feel your presence in the silence around me.

I was happy to know that you were dreaming. I preferred that to the idea of you sitting in your chair, looking out the window or pretending to be interested in a TV program. I preferred to know that you were lying in your bed, weak, human, innocent.

Your silence kills the words in my throat. It seems as if you were silence itself. You wear silence in your movements; the look in your eyes is silence; even when you speak, silence comes from you in the form of sentences.

You do not seem to be alive.

I am frightened by the thought that you are a dead person. That you no longer belong to the world of imperfect human beings.

That is why I prefer to know that you are asleep. It brings me closer to you instead of separating our lives. I communicate better with you when you dream — whatever dream you may have, if you have any.

We were all speaking in low voices. We were protecting your sleep as if it were sacred; we all wanted to let you sleep peacefully. We did not attempt to wake you, not even when the bell called us back to work.

I hope you dreamt of something...

Octubre 26/70

Quisiera recordar cómo es la sonata N.º 28 de Beethoven. No puedo hacerlo. Mi desconocimiento es oscuro como el cielo de hoy. Sé que la he escuchado, sé que alguna vez oí sus notas, pero no puedo dar una forma a ese recuerdo.

Supongamos entonces que es una obra triste. Quiero suponerlo así pues hoy me siento algo triste. Hoy, ayer y anteayer y muchos días ahora casi

olvidados a no ser por su tristeza.

¿Cómo viene la tristeza? ¿Quién puede decirlo... Está ahí, esperando y uno pasa y se contagia. De súbito uno se da cuenta de que está triste y eso es todo. Algún día uno se dará cuenta de que no lo está y entonces se sigue viviendo.

La tristeza es como una pequeña muerte. Mueren (o quizá duermen) las células del alma que producen gozo. Queda uno convertido en un medio, en un cuarto o tercio o milésimo de uno mismo.

Ahora achaco mi tristeza al amor.

¿A cuál amor? ¡No sé! Ya dudo del amor hacia alguien. Hay tantos elementos en el amor que uno resulta amando a quien menos sospecha, mientras se da a alguien quien no es el objeto amado sino su reflejo. El amor puede ser como un espejo que solo refleja la verdadera realidad, ¡ni siquiera esta existe!

Et alors...

Es curioso. No preciso a quién amo. Es un fantasma raro, una forma vaga, una interrogación. Quizá me ame “yo mismo” y trate de envasar ese amor en una persona. Entonces, asumo que ese “amor” es real. Lo es, pero no como parece serlo. Las variaciones del amor... (¿acaso hay variaciones en la sonata N.º 28 de Beethoven?) son casi infinitas, insospechadas y completamente disonantes. Esto para quienes no hallamos “un solo amor”. Es más fácil parar, decir “hallé” y olvidarse un poco del complejo. Esto a veces falla y estamos diciendo tantas mentiras que avergüenza.

Yo no imagino nunca un amor alegre. Sería demasiado torpe e irreal, no podría existir. El amor implica un desprenderse de uno mismo y eso

duele. El amor significa perder la libertad y eso duele y duele el tener que amar, ese inevitable proceso de dos realidades simultáneas, la de uno y la de uno y su amor, disociadas inevitablemente. La asociación real es accidente, es momento, no vida. ¡Cuánto de absurdo hay en el “voto” perpetuo del amor! El amor acaba, es reemplazable por otros sentimientos: lástima, odio, comprensión, resignación o muerte. El amor existe mientras está triste, luego es otra cosa. Si una sonata termina, ¿por qué no ha de terminar un amor?

Octubre 27/70

Voy a cumplir 29 años.

Quién sabe cuándo nací. No fue hace 29 años. Sé que hace milenios la materia se transformó en esta brizna de intelecto que ha ocupado muchos cuerpos, miles de cuerpos.

Sé que he sido hombre y mujer. Sé que he sido niño muchas veces, que he amado en demasiadas ocasiones, y he muerto en muchas otras, naciendo al mismo tiempo. Así, mi nueva vida es una trapisonda, una incógnita y aún constante trascendencia por esta tierra llena de otras tantas existencias.

No sé de mi origen ni sé mi destino.

Me resisto a creer que el acto copulativo de mis padres me engendró. Ellos hicieron una forma biológica para que, por alguna coincidencia, fuese ocupada por mí. Biológico, mi cuerpo no soy yo, es un accidente en mí. Quizá he sido una bella mujer, un hombre apuesto o un engendro horrible... uno de los enanos de Felipe IV o Cuasimodo. En mí está todo, pues he sido santo (quizá San Francisco de Asís) y bandido... quizá

fui rey y mendigo y prostituta y efebo y bárbaro sacerdote destrozando vidas con un cuchillo de afilado pedernal.

Solo siento en mí una constancia de raza y de sangre verde. Fui engendrado al mismo tiempo que la selva y la montaña, con el jaguar y la culebra... Sin embargo, quiero pensar en un vasto espacio de posibilidades infinitas y atribuir esa constancia americana al apego accidental de este cuerpo. Tendré que esperar mi siguiente vida para saberlo.

Noviembre 12/70

Tema: Bogotá

Ciudad atravesada como una espina en la garganta de los cerros. Un pasillo...

Bogotá fue un pasillo de cotillón, **matinés**, señoritas “bien” y apuestas galanes, bailando hasta el amanecer en un salón bajo la mirada adulta de tías, abuelas y madres. Revolotear de miriñaques y sedas, tintineo de pulseras y pendentif, de aretes, de morupés y de cachumbos.

Cuatro músicos en un rincón y la música que sale balbuceando de violines y flauta.

Gente absurda. Vidas sin propósito... solo el ser aparente, ficticio y pasar por educados y finos.

Las charlas bogotanas: saber de todo un poco y lo demás inventarlo. ¡Todos somos intelectuales, todos somos poetas, todos sabemos de esto y aquello, y todos hablamos lo mismo! Circunloquio chispeante, el magnífico prodigio de hablar...

Bogotá, la ciudad de la voz.

Se habla en todas partes. Solo aquellos que están sufriendo todo el mal, todo lo que no vale la pena comentarse: miseria, hambre, injusticia, desolación, solo ellos callan y rozan para sí mismos su tragedia.

Bogotá dividida: los ricos y los pobres. Y subdividida: los intelectuales ricos y los intelectuales pobres. Lo medio, o lo mediocre, es anónimo. Es esa importación horrible de Estados Unidos a Colombia: plástico y basura, Bogotá se salva por su aristocracia o por su miseria. Son sus fuerzas vitales. La decadencia o la revolución. Lo medio es lo conforme, lo que ve en la comida y en el carro y en la televisión, el paraíso, ignorando el infierno norteamericano: un buen aristócrata es rebelde, rebelde contra todo, solo rebelde... anarquista y violento, como un obrero que siente. Este último vive, el primero muere o está muerto.

El ser intelectual es un vicio. Se toma cada día en dosis peligrosas. Se convierte en el ethos individual. Se sazona con cerveza o vino o café (ese prodigio que solo se puede saborear en un café, con coperas putas y toda la sordidez del mundo). Se nutre de todas las fuentes, y, lo que es peor, se toma en serio, se sostiene, se afianza y entonces, pasa a ser como un callo o un cáncer.

Bogotá se salva por su estupidez.

El mundo en Bogotá, ese grotesco programa narrado en la voz delicadísima, casi bogotana de Gloria Valencia de Castaño, es una síntesis. Allí, en minutos se pasea por todo lo superfluo que ha producido el mundo. Eso alimenta el espíritu de un buen bogotano. Se discute de Ucrania y se toma partido y se pelea y luego, ¡a dormir!

Qué engendro fantástico es mi ciudad. Lo soy de ella, ella, sucia, fea y

llena de ídolos de barro. Reemplazamos los ídolos de oro por ídolos frágiles, sustentados solo en su propia mentira. Pero aún somos idólatras...

Qué absurdo el día, cada día en Bogotá. No hay esa fuerza que debería hacernos combativos, fieros en nuestra búsqueda de un futuro para un país en ruina, para una muchedumbre desolada que no tiene ningún futuro. No hay esa vibración de ambiente erigida por un ideal humano verdaderamente revolucionario. ¡Hay solo una cháchara incesante, una disquisición permanente que no termina nunca y que no logra plasmar nada!

En Bogotá, los artistas hablan de sus obras, las cuales no se ven o sólo son engendros copiados de alguna revista o de algún artista en boga en New York o París o Londres. Las raíces se buscan en la moda internacional, no en lo propio. Los revolucionarios hablan de su revolución, la cual no llega a sus salones. Los políticos hablan, los actores hablan, los músicos hablan. Y sobre este murmullo nada real se ve, se oye o se disfruta.

Se habita un mundo ilusorio de fama temporal, de gloria breve. Se lleva la Trascendencia a lo intrascendente y lo trascendente se convierte en eunuco verbalizado y por demás, inocuo.

Así, como buen bogotano, de alma aunque no de sangre, estoy aquí, escribiendo, verbalizando esa imagen de mi ciudad, llegada en un pasillo.

Las campanas de la catedral llaman a misa. Las primeras nubes mañaneras, grises, como siempre, aguardan colgadas del cielo otro domingo. Salen los festejantes, trasnochados, marchitos, los músicos guardan en sus cajas sus violines y flautas. La tristeza, esa tristeza bogotana grisácea como nube, opaca el esplendor gozoso del pasillo.

Y comienza a llover...

Noviembre 23/70

A veces pienso que no hay sátira mejor que la vida diaria.

La gran farsa de la humanidad.... ¡El gran teatro donde cada uno de nosotros juega el papel que le asignan y lo toma tan en serio que hasta se llega a creer que es verdad!

¡Y cuán malos actores somos!

Conveniencia de nuestra mala actuación es el caos reinante. Si nos quitásemos los atuendos y quedásemos tan desnudos que nos viésemos tal cual somos, seguramente la risa que nos produciríamos mutuamente haría vibrar el mundo. ¡Se olvidaría todo menos la risa! Una primera idea es haber convertido los baños en un sitio privado. Si todos: genios y mendigos, intelectuales y trabajadores, nos viésemos en el momento de emitir nuestras excrecias, nadie sería importante. ¡Todos seríamos los mismos animales que digieren y expelen olores malolientes! Qué edificante sería ver al Papa haciéndose en la plaza de San Pedro...

La parte “animal” nos reduce a todos al común denominador. Es la “igualdad” perfecta.

Pero como tal cosa no sucede, aún nos complacemos en nuestra propia importancia y entonces podemos pasar por sobre las cabezas de nuestras víctimas, para poder seguir nuestra marcha adelante, sin reparar en nada diferente, en nada que atente contra nuestra fuerza y poder.

Las ideas separan.... ¡los excrementos unifican!

Noviembre 23/70

La palabra...

Ese prodigio que nos permite ser humanos, ser diferentes, y sin embargo capaces de intercambiar nuestras identidades con otros...

Esa forma de música mejor que la mejor música del mundo. Solo quien logra superar el mito de la palabra puede hablar.

El problema está en que nadie lo escucha.

Diciembre 8/70

Tema: U.S.A.

¡Está ahí! Hecho de peregrinos, de pedazos de mundo que llegaron, que llegan y llegarán en busca de... Pero mejor olvidemos su historia por unos momentos. A veces parece inútil apelar a las causas para explicar un presente, si este está ya tan desarrollado que el conocer las causas no puede ayudar a resolverlo. ¿Por dónde comenzar?

Un auto, muchos autos, millones de autos. Si quisiera resumir Estados Unidos tendría que apelar a un automóvil.

De Berkeley a San Francisco nos movemos por el freeway. Antes de entrar al puente de la bahía vamos por doce carriles, que se reducen en cinco después del puesto de peaje, de ese inmenso “desierto” asfaltado, colmado de vehículos que paran a cumplir un requisito de “pagar!” (¿freeway?: la libertad comprada). Luego, despacio, se opera una matemática absurda de reducir carriles.

Cada carro lleva una persona (cada persona lleva su carro a cuestas).

Sobra el quinientos por ciento del espacio que cada vehículo ocupa; es basura, desperdicio, abuso contra el hombre.

Ya en el puente, cada máquina ocupa su lugar y avanza. Imposible moverse. Imposible salirse del carril. Hay un destino rígido ineludible. Hay que avanzar. No se puede imaginar una falla mecánica o humana. No hay “derecho” de fallar. Un letrero ya dijo: “Cinco dólares por el servicio de gasolina”... Quien falla debe pagar.

¿Así por diez millas? ¿Por cuántas menos o cuantas más?

El puente: columnas de acero, con sus equis símbolos de resistencia. Cables más altos, más cortos, nuevamente más altos y más cortos y... los están pintando de color naranja y son el único color en un universo incoloro: cielo gris, mar gris, todos los carros mimetizados en una decoloración neutra.

Se llega a San Francisco invisible. Se ven puentes y vías que se entrecruzan unas sobre otras y en todas partes, hay autos en movimiento buscando un sitio, yendo a “alguna parte”. Luego irán a garajes, sótanos, calles que dicen “No parking”, a nuevos llanos de asfalto hechos para los autos. Sus ocupantes, esa excrecencia humana que sale de los autos, caminará, tomará ascensores, se sentará ante mesas o máquinas y hará su día, hora tras hora hasta el final, y cuando vuelva a su auto, a su dueño y señor y emprenda el regreso, los carros quedarán solos todo el día. Entonces, todo su espacio será inútil, así como el espacio que han creado, así como las fábricas que los producen, así como las aguas de los ríos y lagos que ensucian con sus óxidos, así como el aire carmelita, el aire sucio, cada vez más sucio que cubre el país, lleva el progreso a cada hogar.

En un país donde se dan oportunidades “para todos”, nadie puede privarse del derecho de morir envenenado, alienado o inconsciente. Lo que es bueno para Ford Motor Company no es bueno para la humanidad.

Variación I. Adagio.

Washington: la capital de la guerra. Detroit... la capital del automóvil. Las dos ciudades más importantes de Estados Unidos. El Pentágono: el gran templo de la injusticia, de la arbitrariedad y del desorden, disimulando con columnas clásicas la sequedad de su nefasta masa gris, dolorosamente efímera e inútil como obra del hombre.

Detroit o cómo asesinar la raza humana. (También cómo asesinar una ciudad, como asesinar un paisaje que debió ser hermoso...). Y un invierno temprano quita todo vestigio de belleza. Sin embargo, una ardilla curiosa (ardilla de Michigan, pelirroja, gordita y tan vivaz que parece una vibración risueña) mendigaba hoy de nuestro desayuno y, sentada en su tronquito redondito, movía sus manos, furiosa por nuestra indiferencia...

Un camión cargado de automóviles patinó en la nieve y se volcó en la autopista (ruta) 94 al oeste de Detroit. Los automóviles están a salvo, ¡el conductor se murió! No hubo pérdidas que lamentar.

Washington con edificios grises tan feos, tan feos que rayan en el límite de lo nuevamente hermoso. Detroit... ¿la ciudad más fea del mundo? Quizá a alguien le gusta y un día sea considerada como lo más bello en ambiente urbano, y un juez y jurado, provistos de máscaras, lleguen a la ciudad a entregar un diploma que lo certifique, al tiempo que el presidente Nixon reciba el premio Nobel de la Paz...

Y algunos tontos llorarían de rabia.

Variación II. Presto.

Producción: la gran artimaña del dominio del hombre por el hombre.

Los que producen... aquellos que son capaces... o capacitados, aquellos que apretando todos los músculos del cuerpo arrasan con su empuje productor la sociedad de tímidos, de débiles, y logran imponer sus productos.

Y Bela Bartók murió de hambre en Estados Unidos...

Mischa Schneider está muy anciano y nadie puede darle ayuda, pues está incapacitado para trabajar.

En cambio: una idea brillante... ¡la idea clave! La que aumentará las ventas, la producción y traerá más y más dólares a las arcas nominales de la empresa... eso es triunfar.

También el gran “artista” que logra hacerse ver, oír, leer, etc., etc. y de la noche a la mañana ve su nombre en periódicos, en televisión, en revistas, etc., etc., etc. Y ve llegar dólares y dólares a sus arcas nominales. Y luego hace todo aquello que puede para demostrar su versatilidad... eso es triunfar.

Y la seducción... ¡eso es triunfar!

Y todo es triunfar.

Y en el mundo, todos aquellos que hemos soñado con triunfar, aquí estamos.

Si no hay triunfo, al menos hay dólares que pagan los sustitutos del triunfo. Al menos, mirando mi televisor a colores que los vecinos no

tienen, se saborea un sabor muy, pero muy remoto a victoria.

El mundo venera este país y lo conoce, porque es aquí donde queda la última esperanza de poder tener un automóvil o unas máquinas baratas que dan a su ser anónimo el salvoconducto al progreso. Aquí se olvidan patrias, amistades, amor, para poder decir: “¡Aquí se trabaja, se produce y se compra!”.

Y al reunirse, los grupos de exilados se quejan de todo aquello que no les sirve y se sienten perdidos en un mundo sin afecto. Pero llevan zapatos plásticos y abrigos de pieles sintéticas y veneran el plástico, el divorcio y todo lo mecánico y congelado.

Después, cada quien afila las garras para una nueva lucha. ¡Y salen a producir! Producen basura, mentiras y progreso. Pero al menos, se sienten “usados” por una sociedad y creen que están perteneciendo a ella. Colombia, mientras tanto, no exige de nosotros “nada”. Y cuando a algún vulgar periodista se le ocurre copiar el lema de producción, se nos infecta en sobredosis nocivas... Declaramos el “año de la productividad” y miramos al Norte diciendo: “Allá sí se vive bien! Es nuestro ejemplo...”.

¡Y aquí, vinimos a parar! Cuando una sociedad está tan fuertemente arraigada en los meros cultos de toda la inhumanidad, ¿cómo pensar siquiera que mi error termine alguna vez? De todos modos, la sola idea es demasiado atractiva para ser desechada.

Quizá una gran indigestión de su propia mierda.

Variación VI. Los exilados.

Han venido de cualquier parte del mundo. Traen consigo todo: hambre, tristeza, persecución, esperanzas de “ser” lo que no han sido. Consigo traen nada... Vienen porque se dice que la libertad es para todos.

La estatua de la libertad está cubierta de moho verde y de excrementos de gaviotas. En los sellos de correos se ve un letrero: “Liberty for all”. Pero ¿dónde está la libertad?

Vienen en pos de trabajo. Fábricas: gigantes monstruos lineales que absorben inmigrantes, aquellos que inmigraron alguna vez. Allí se produce “América”. Construcciones, acero y papel; cristal y plásticos. Se construye “América”. Muchos sitios... o tal vez muy pocos, donde se puede ocupar el tiempo y además recibir dólares.

Vienen en busca del triunfo. Vienen en pos del bienestar. Se filtran, se asimilan, tratan de parecerse a ojos azules y cabellos claros, tratan de echar raíces donde pueden, o donde se les permite. Y de ahí en adelante ya nunca jamás vuelven a cualquier parte del mundo. Algo les ató permanentemente.

Después de algunos años serán ciudadanos, ellos y sus hijos y se reirán como locos de su miseria en cualquier parte del mundo. La miseria presente no la sienten. Si triunfan son un ejemplo. (Triunfo y dinero son lo mismo). Si fracasan todos les dirán que no fueron capaces... Y eso será su vergüenza por los siglos de los siglos.

Diciembre 17/70

Beethoven. Diciembre 17 de 1770.

El nacimiento de un hombre y su obra. Desde hace muchas, muchas horas, la música circula por el aire: sinfonías, conciertos, sonatas, tríos, cuartetos, misas, quintetos... en fin, todo aquello que salió (o casi todo) de la mente de un hombre nacido hace 200 años. Es curioso pensar que, a pesar de su fama, Beethoven aún resista el tiempo. A pesar de todo lo que se

ha escrito sobre él, de todas las mentiras imaginadas, mitos y leyendas, su música sobrevive, como si el creador hubiese sido accidental y solo su obra fuese digna de consideración. Aún parece estremecerse el hombre con alguno cualquiera de sus acordes.

Es fascinante en Beethoven el afán de dar un sello humano a su obra, sin dejar espacio para ninguna duda. Es consciente, es universal, es preciso y determinado. El hombre musicalizado es un ser creador. Su presencia crea el reto y el reto es hacia una superación humana. Por eso, el reto se libera de una condición mezquina de poder y de gloria para ser el verdadero reto válido...

Algún estúpido comentarista de televisión pretendía presentar hoy un Beethoven salido de las páginas de "Playboy": un éxito masculino, un éxito económico, un éxito social. Ese es el Beethoven que la sociedad norteamericana y sus filiales quieren tener. Un atleta, un seductor, un ejecutivo metalizado...

Otros, hacemos a un lado esa parte y buscamos en la humanidad beethoveniana algo menos "triumfal" y queremos aceptar a un ser humano luchando por ser mejor y lograr superar sus propias barreras en busca

de aquello, intangible pero vivo que no se resume solo en la palabra “belleza”.

Quiero, al escuchar los acordes de las variaciones, opus 35, sentir el gozo que el creador debió sentir. Y no creo estar en lo falso. Es mucho el regocijo de la música. Es mucha la sonrisa de los tiempos que juegan con el tema, lo traen y lo llevan por mundos riquísimos que le dan una y otra y otra forma.

O al escuchar la novena sinfonía (la maltratada novena), haciendo a un lado la ridícula imagen de von Karajan que finge sentir la música en gestos incongruentes; quiero percibir el planteamiento casi cómico de un dilema: ¿ser o no ser! (por Shakespeare, el genio del dilema). De la vaga iniciación, el tema se afianza y se descompone para afianzarse de nuevo, esta vez para siempre. (Un riesgo que pocos humanos se atreven a intentar: tratamos de afianzarnos al tanteo). Ahí, el reto ha sido destruido ya. El reto es lo que puede darse sin necesidad de reto alguno.

Vuelvo a hallar el hombre, libre ya de condiciones de fuerza, capaz de desarrollarse por un gran impulso positivo hasta llegar al máximo de su esencia. Ahí, el hombre —Beethoven—, superándose a sí mismo, podría ser verdaderamente hombre. ¡El cumpleaños de Beethoven es nuestro cumpleaños, humanidad!

Diciembre 20/70

Variación IX. allegro con brío.

New York. La ciudad del mundo, la grande prostituta de todos los países... Su silueta es famosa: colección absurda de edificios y muñones. Su nombre es mundialmente sabido... Ahora y después, New York es la

oferta de todo; la gran tentación. Ofrece arte, ofrece escándalo. Dinero y miseria, cultura y salvajismo... violencia y tranquilidad.

Es la gran ciudad contemporánea. No tiene pasado, pues lo va destruyendo poco a poco para tener solo presente. Crece como una gran bacteria que corrompe el suelo que toca... Es siempre un modo de pensar más que algo físico. Cada país está representado y separado. No hay posibilidad de ser neoyorkino sino de ser irlandés, o portorriqueños o judíos de New York. Es la capital de Irlanda, Puerto Rico e Israel.... y de cualquier otro país, declarado o virtual.

New York de día es una: la ciudad ocupada. Todo el conglomerado se acumula en capas, o espacios diferentes, y trabaja. New York de noche es otra: la ciudad monstruo. De todas sus entrañas, salen todos los animales nocturnos que pululan por sus calles, en busca de su alimento. Y cada habitante vive ambas vidas en una u otra forma.

New York es el gran acumulado de símbolos del hombre. Desde la quimérica libertad representada en estatua hasta la siempre mentirosa vanguardia de una obra cualquiera que se crea en su entraña. New York es Andy Warhol, el ingenio degenerado, y es Leonard Bernstein, aquel capaz de ser poeta y músico y millonario. Pero también es cualquier anónimo ser entre la muchedumbre, tan degenerado como Warhol o tan capacitado como Bernstein.

New York es la gran compraventa del mundo. Todo neoyorquino es prestamista. En New York se tasa toda la obra del mundo, desde un objeto de plástico hasta la ejecución de una sonata de Soler. Quien desee triunfar soñará alguna noche con New York... Broadway, Guggenheim, Whitney, Times Square, Fifth Avenue, Central Park, Brooklyn, Bronx, Harlem... todo está al final del camino del éxito o la desdicha. Y cabe

pensar que se equilibran los éxitos de pocos y la desdicha de millones, en esta gran dicotomía de fuerzas que es New York.

New York existe a costa del mundo. Para su existencia se requiere toda el agua del océano y toda la tierra fértil del planeta. Para ella trabajan los carabaos filipinos y los cardenales de Roma. Todos estamos dando nuestra energía a la gran máquina urbana que algún día será tan vasta que ocupará geográficamente un espacio inconmensurable.

El gran tótem...

Diciembre 21/70

Variación X. El silencio.

Più tranquillo.

Se oyen las voces de las máquinas... ¡pero la voz del hombre no se escucha! El silencio no es la carencia de sonidos, sino la carencia de la palabra humanizada que hable al hombre.

Las sirenas de la policía anuncian la violencia y el crimen. No son jamás la voz de la justicia; las ambulancias gimen y anuncian heridas y muerte; ¡no son jamás la voz de la salud!

En las noches se escucha el zumbir de motores que marchan y el ruido de millones de aparatos de radio y televisión y músicas grabadas. En el día se oyen todos los ruidos imaginables, y las bocinas de los automóviles se abren paso a grito herido.

Sirenas, parlantes, motores y bocinas y voces electrónicas que dan la hora, el estado del tiempo o responden llamadas, todos son los inventos que silencian al hombre.

El “americano” es sordo. (¡Ay, América! Han tomado tu nombre para ellos solos; ellos, europeos sin mestizaje, nos usurpan nuestro nombre de jaguares, orquídeas, maíz y plátanos).

No oyen sino aquellos sonidos que les interesan; son sintonizadores especiales que no entienden de hechos humanos. Sus oídos filtran cuidadosamente los sonidos y solo dejan pasar ruidos pertinentes: dinero o competencia, obscenidades o alabanzas, etcétera.

Y siendo sordos son también mudos, pues traducen lo que oyen en sus palabras y lo escupen. Por eso hay un silencio regado por todo un país. El país sin palabras. Fascinante futuro... seres silenciosos envueltos en sus máscaras, en un mundo de ruidos inhumanos.

No habrá ya nada que decir, todo estará dicho. Ni habrá nada que escuchar. Algún día perderán la lengua y las orejas... los ojos aún los necesitan para ver el color y la denominación de sus billetes...

Diciembre 23/70

Tres años y el mar...

La primera noche: el gran monstruo en una noche sin luna, un vacío infinito y negro frente al fuego, y un sonido que va y viene sin parar. No se ve, pero hay sabor a sal en la boca y la arena está húmeda bajo el cuerpo. El tronco que arde semeja mi parte paralizada.

La primera mañana: el sol no ha salido aún pero se anuncia y ahí está él... suave, tímido, lamiendo delicado las arenas morenas. Púrpura y oro líquido, sonrojo complacido ante el sol que asoma. El sol y el mar, los dos gigantes, se acoplan y el cuerpo hace parte de ellos.

El mar azul sin azul y verde sin verde. El mar íntimo o quieto, el mar profundo, el mar salado y veleidoso... ¡El mar aquí y el mar allá, por doquier! En bahías tranquilas, en playas ruidosas, en paredes de olas que se suceden una a otra en su eternidad sin tiempo.

El mar al desayuno, al almuerzo y a la cena. El mar en las noches, dialogando en un lenguaje ininteligible para el ser humano. El mar que arrulla o acaricia, el mar que golpea o abraza seductivo, amoroso.

El mar con o sin gaviotas, con o sin pingüinos y tiburones y flamencos y alcatraces que vuelan como bordando el aire... El mar de peces y langostas y el mar de veleros diminutos o transoceánicos.

El mar ahí, frente a la puerta, frente a los ojos, dentro del alma, metido, embutido de tal modo que es un constituyente de uno mismo. El mar dentro del cerebro y en las palabras, palabras que saben a sal y a peces.

El mar, el mar que gime su movimiento sin remedio...

Diciembre 30/70

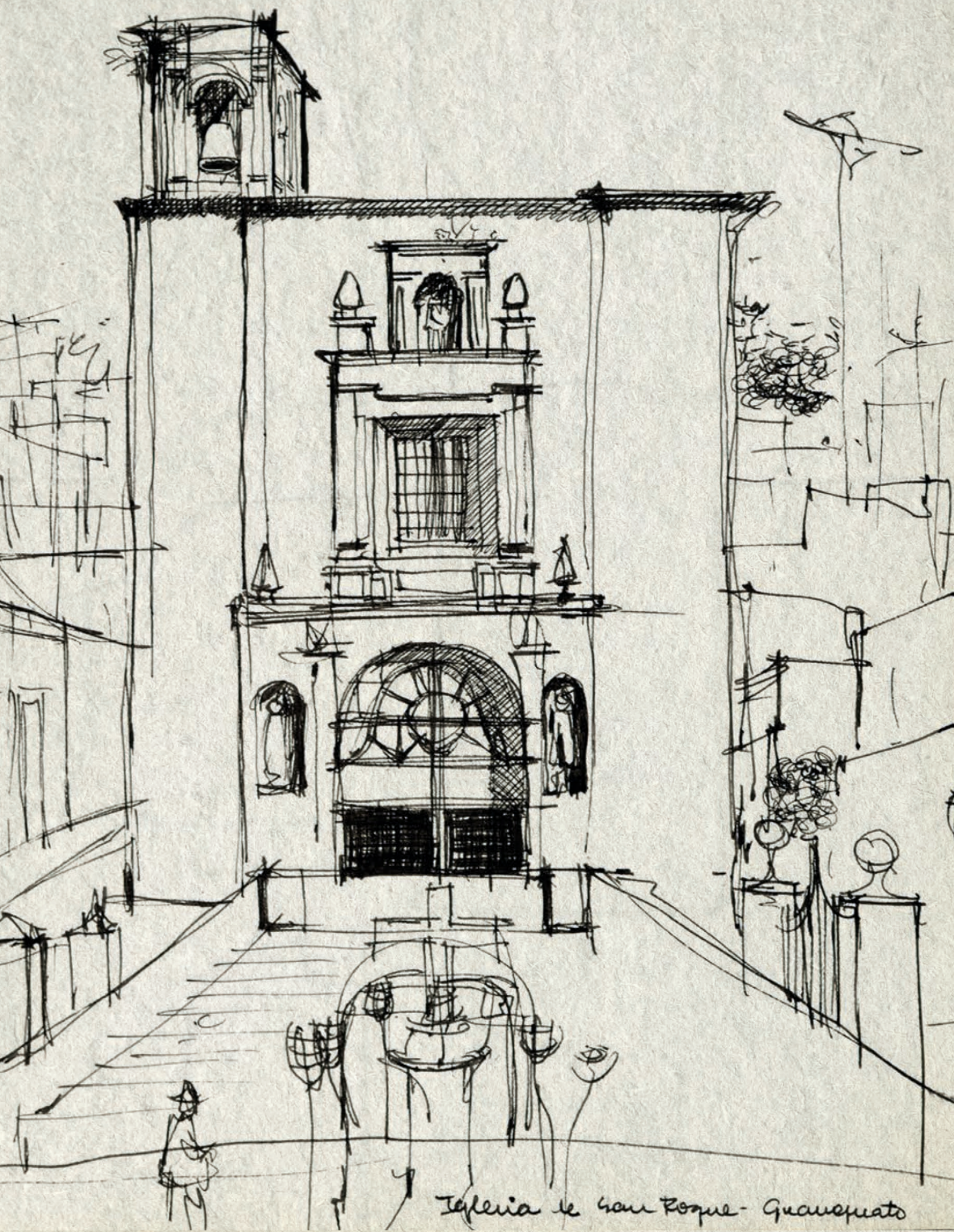
México

Teotihuacan: el recuerdo de alguien semejante a nosotros, pero mucho más vibrante y poderoso que este presente vano y absurdo que llevamos. Pirámides del Sol y de la Luna; masas de piedra extrañas en un paisaje agreste y lleno del poder no solo de la naturaleza... Peldaños de roca, labrados por “el hombre”, que en su geometría triangular elevan todo el mensaje de una especie sometida a sus dioses, a lo poco conocido y al vacío desconocido: el vacío del miedo y el tímido afán de ser valientes y retar la estructura cósmica del pasado con nubes asombrosas.

La calzada de los muertos, el eje que lleva del vacío, de la nada al prodigioso monstruo piramidal, truncado y significativo de la casa pero audaz conciencia del hombre americano.

El turista... extraño objeto presente en la obra sin tiempo. Curioso fotógrafo de su propio pasado que disfruta de su opulencia y viene a curiosear en el tiempo sin sentir todo el peso del juicio funerario de cada piedra hecha de sudor, de sangre de animales degollados y prisioneros muertos en honor a Tláloc y Quetzalcóatl y a deidades verdes, maduras y sedientas de sangre.

Cada pedazo hecho es un pedazo de mente, de esfuerzo y voluntad sometidas a su propio temor pero capaces de lanzar al universo su proclama de orgullo y valentía (valentía = reto al miedo y a la inquietud suprema).



Chiesa di San Rocco - Genova

1971

(120) variaciones rítmicas.

Noches solitarias que se hilvanan una tras otra
en el hilo delgado del fastidio.

la noche niega el día con sus pretextos, necios de
trabajos y estudios, de visitas y citas importantes.
la noche es inefable para el ocio, el ocio que nos
devora con miles de mordiscos de aburrimiento.....

Noches solitarias, que se justifican de vez en cuando con
un ratito corto, siempre corto de algún placer
pequeño, de algún placer intenso, de algún placer
avasallador. Por ser noche y ser sombra, el tiempo
permite que caigan máscaras, que se quiten
fachadas y adornos y que cada ser aparezca en
su dimensión completa de demonio o de ángel, de
genio o de piltrafa.

Noches sin sueño, dando vueltas a una idea o a
muchas ideas.... Gozando sin dormir en un triunfo,
un amor, un orgullo especial y maravilloso. Masticando
un problema, un tropiezo; lo refasto, lo vil,
lo degradante de cada día que se transforma en el
demonio de media noche; en el fantasma que nos
hace los pies, que se rieña en nuestros pechos y
nos araña.

Noches de sueño.... el sueño, maravilloso enigma,
escapismo sublime hacia otros mundos, otras
dimensiones propias, pobladas de personas, plenas
de variaciones, y donde nos desplazamos velozmente,
en segundos, del peligro a la paz, del amor al
depresivo y a la muerte.

Noches en que se quiere decir mucho y no se dice
nada..... como esta..... Desperdicio de palabra, en un
papel que reemplaza los oídos y labios de alguien
ausente.

noviembre 3 de 1971

Iglesia de San Roque, Guanajuato. Plaza de la Universidad. Guanajuato - México.

Variación XI. Folclórica. Allegro con forma de rondó.

El cáncer se extiende. Todo el ancestro de un pueblo subsiste al mismo tiempo con la contaminante presencia del llamado progreso y la furiosa carrera hacia una meta escurridiza y loca, donde nada se ofrece.

México, tan concentrado en su orgullo y tan orgulloso de su presencia nacional (pasado brillante, presente oscuro), se abre por completo al mercado de dólares y se vende tranquilo, con los ojos cerrados, creyéndose aún genuino...

El indígena vive y vegeta toda su miseria sin alcanzar la meta que se truncó hace centurias. El camino presente ya está marcado por el sello del vecino del Norte y sus billetes y sus símbolos. Se reemplazan sacrificios por televisores a color y la llamada "cultura" se escabulle en prosaicos letreros y en producciones tontas, carentes de objetivos.

México estandariza sus patrones ridículos y los exporta a otros aún más débiles, a la vez recibiendo de Estados Unidos normas que rijan su futuro y le otorguen el derecho de Estado. Explotar el pasado según lo que de él queda en el presente parece ser un buen trato, pero pudre... corrompe células vivientes, y llena de cáncer el organismo social que no lo siente pues está anestesiado.

Así, México es otro símbolo, el del vendido, el del esclavo que aún pretende ser libre (¿Otros quizá sean también esclavos pero lo reconocen y fatalísticamente lo aceptan?). El pasado demuestra cada vez más que es explotable, pero no podremos sobrevivir con base en su presencia... Y,

pensándolo bien, ¿qué habrá de quedar “después”? Quizá solo aquello aún no contaminado, que espera con paciencia un tiempo y un espacio para crecer y dar frutos, esta vez frescos y sanos, sinceros y sin vergüenzas acumuladas por siglos y siglos.

Enero 4/71

El poder de la razón.

El castillo, una mole grande, no inmensa, de piedra grisácea. Su autoridad contrasta con la horizontal y monótona vegetación de los alrededores. Se adivina el proceso de pensamiento que hizo posible el logro de la mole. Hay toda una lista de posibles cálculos, de matemáticas que dan las dimensiones y las emparentan entre sí, hasta llegar al todo. Hay sugerencias de perfección lógica entre cada sección y su conjunto.

Cosa curiosa, aún cabe pensar (saber) que, sin embargo, el objeto escapa con su belleza a otro nivel, al nivel de lo bello y allí la matemática es esclava de otras razones más fuertes, que convierten el castillo, para nosotros, hombres, en una obra maestra. Allí, a ese nivel, aún no descubierto, está la explicación de la belleza. Es fácil el saberlo y difícil decirlo.

La pirámide apunta a un concepto ignorado. ¿Teológico? ¿Humanista? ¿Acaso la sola percepción de la montaña traída a la planicie? ¿O tal vez la compleja simbología de una jerarquía que remata en el símbolo de un dios? ¿Quién lo sabe ahora? ¡Nadie!

Pero ella está y eso es suficiente. Sobrevivió al ataque despiadado de españoles frenéticos en su afán de evangelio y riqueza. Sobrevivió al olvido de los descendientes sometidos de aquellos orgullosos que algún día la hicieron. También sobrevivió al ataque verde de la selva y ahora

sobrevive a los peores rapaces de la historia: arqueólogos, antropólogos y turistas.

El orgullo primitivo es ahora reemplazado por el orgullo infame de objeto curioso y ya no sacrifica vírgenes o guerreros a los dioses pasados. Pero la pirámide está allí y eso supera infamias. Es bella y habla al hombre de hombres que pudieron ser lúcidos y plasmar un lenguaje. Allí se entiende el hombre con el hombre, sin que tiempo ni espacio sean suficientes para contar del todo esa telepatía universal.

El castillo sobrevive a sus dioses, a los guerreros y a las guerras, a las mismas razones que lo crearon.

Enero 6/71

Variación fresca sobre el mar.

Aquí, como era de esperarse... con sus mismas y diferentes olas, con sus mismas y diferentes playas de arena y fragmentos de conchas. Con el sonido de siempre, constante, monótono y feroz; con gaviotas, puntadas de aire, picadas de punta, graznidos y alboroto; con un cielo encima y el horizonte de la unión; con un puerto... un muelle de dos kilómetros de longitud que entra como espada en el agua profunda para que barcos grandes, llenos de mástiles y cables, puedan depositar su mercadería universal; con cuerpos dorados, morenas de sol que respiran sal y huelen a peces plateados. El mismo, eterno y único mar, llámese Atlántico, Pacífico, Caribe, Índico o Mediterráneo... El agua salada, el vaivén constante, el mismo plañir del viento (Debussy y su mar universal, abstracto y fascinante... *jeux de vagues*) y la sensación completa de lo total, lo único, lo inconmensurable, lo infinito visible, audible, palpable como

objeto. El mar es una enfermedad del alma, incurable, pues estando con él se quiere huir y, estando lejos, solo se piensa en verlo, en darle besos y entregarse al golpe salvaje o al suave acariciar de sus múltiples brazos. El mar es un alfiler azul clavado en el cerebro para sentirse parte del proceso terreno de mareas y ciclones, de calma y violencia, de soledad y congestión, indigestión de luces, gente, barcos, redes, animales y voces... El dios Neptuno, refugiado en sus fondos, maneja el mecanismo de las olas y cabalga todos los días por todos los océanos, anotando en su infinita lista la presencia de aquellos que llevamos el mar entre las manos...

Enero 6/71

Alguna improvisación sobre temas ya expuestos.

Al estar condenado a pensar (quizá sería magnífico ser rana, siempre y cuando ellas no piensen), se llega siempre a los extremos únicos: ¿de dónde venimos y para dónde vamos? Y al echar hacia atrás y escarbar el origen mismo del universo se halla un hueco; se hallan todas las clavijas explicatorias con las cuales se pretende taparlo, para saber que encajan perfectamente en él. Siempre sobra hueco. Se llega al universo y, de ahí, ¿hacia dónde? ¿Será el universo uno entre muchos? ¿Y todos los universos estarán incorporados en lo que llamamos infinito? Y, al cabo de cuentas, ¿qué es el infinito fuera del concepto preciso de la impotencia humana para resolver el gran interrogante? Algunos llaman al infinito: ¡Dios! Eso cambia los nombres, pero no da respuestas. Y algunos toman a ese dios y lo colocan con su hacha gigante en su silla de verdugo, a esperar que alguien “caiga” (¿de dónde? No se sabe) para perder del todo su cabeza (llámese inteligencia). Un dios moralista que dicta normas... Un dios burocrático que exige firmas y sellos de iglesias y monjes, anota

en su lista de citas a cada persona existente y aún tiene tiempo de provocar catástrofes para que no lo olviden en la Tierra. Un dios ocupado... Y, mientras aparece otra respuesta, muchos aceptan al tal macrodiós. La falta de pasado es, por consecuencia, la falta de futuro. El día que dios aparezca, ya todos sabremos para dónde vamos. Por ahora, el gran bandido se oculta y entonces todo se convierte en albur. El mundo, nutrido de misterios, aguanta otros nuevos. Nos reímos de aquellos que veneran al dios de las aguas y al dios de las lluvias y nos refugiamos en nuestra abstracción. Pero no caemos en cuenta de que son aquellos los dioses visibles, perceptibles, reales... los que a su manera traen vida a la tierra o la destruyen. Son dioses que van y que vienen y que dan y aceptan en términos claros el juego constante del tiempo del hombre.

Dios es el gran término genérico para satisfacer las mentes prácticas. Es esta teoría, es aquel sistema, es esta ideología. Es una y tantas últimas respuestas que han salido de las mentes de tantos hombres ilustres o ignotos. Es el afán mismísimo de hallar las “últimas verdades” y superponerlas a las verdades de todos los días.

De todos modos, si alguien deja de pensar en eso y se dedica a vivir, le llamamos escapista, falso, hipócrita, agnóstico, escéptico o idiota.

“Del destino nadie escapa”...

Enero 15/71

Sununayá.

Pueblos fascinados ante el deslizarse sinuoso de la culebra, entre sopores de calor y la exuberancia prosaica de la vegetación. La culebra que pasa de la cabeza a la cola entre arcos y vibraciones, con su cabeza, sus colmi-

llos y su veneno, sus líneas de colores y su principio-cuerpo que termina, pero ella no termina: sigue, ondulación sin término, hasta que se pierde y el miedo va con ella, hecho de su cola y sus colmillos... Quetzalcóatl: las dos bellezas. El ave de plumas verdes, la avecilla vanidosa con su cola inútil, y la culebra, toda ella multicolor, con su cola que es cuerpo y su cuerpo que es cola, la negación lógica de lo lógico. El ave del aire, del cielo azul moteado de nubes, de la lluvia, la redención; y el reptil del suelo, del suelo donde nace y crece el maíz, el absoluto amarillo de la sangre de América, el suelo sediento del agua del quetzal. La culebra, que desconoce los cielos pues nunca los mira, con sus ojitos redondos condenados a ver la topografía por la cual habrá de deslizarse sus vértebras. La culebra y la muerte por dos gotas que entran, destruyen y producen dolor; dolor de cuerpo que abandona la idea y vuelve a ser maíz. Y luego la culebra, emisaria de adioses, agente funeraria de la tierra... Quetzal que desconoce la textura de la arena, el humus, la roca, el agua y el todo fértil. Quetzal que descuelga sus colas de las ramas de los árboles y espera de su vuelo y su alegría la vida y la sonrisa de los hombres. Quetzal que ha de morir, su cuerpo chico, desplumado y olvidado, para que el nuevo lleve sus plumas en otro cuerpo y sea admirado. El que mata y el que muere. El que atemoriza y el que alegra. Pueblos fascinados ante la vida y la muerte.

Enero 26/71

¿En qué se pueden parecer un arquitecto y una puta?

¡En todo! (Menos en el precio. Los arquitectos somos socialmente muy caros... ¡Ah, y las rameras dan más satisfacciones a más gentes!).

¡Entendamos bien! No es particularmente diferente el mundo de ar-

quitectos colombianos del resto de mundos del país. Son todos ellos retratos de un mal propio, de una degeneración, de esencia, de una descalcificación humana propia, por razones incógnitas de este glorioso país llamado Colombia.

El ser colombiano es el ser o parecer europeo en cultura, norteamericano en organización, español en creencia, inglés en modales, cubano en ideología, etc., etc. ¡Y al fin y al cabo no ser nada!

El ser arquitecto es lo mismo, pero vistosamente ataviado... El “formarse” arquitecto es lograr el equilibrio entre un buen burgués, un revolucionario, un fraile, un esteta, un mercader, un filósofo y la inevitable puta del comienzo del párrafo.

Entonces sale el engendro...

Un lindo país, cierto. ¡Pero qué gran desperdicio de belleza! Solo buitres, pirañas y reptiles lo pueblan. No hay gran diferencia entre un cura panzudo que explota sus dioses para su provecho y el de su parroquia-iglesia, y un “arquitecto” (o ingeniero, médico, sociólogo...) que explota sus “fetiches” de conocimiento para su provecho... su iglesia. El gran pueblo colombiano es una manada de cabras salvajes que solo protestan cuando se les ataja el pasto del hocico y entonces son salvajes, violentas, crueles... Destrozan con su inutilidad aquello que tocan.

Arquitectos, putas, curas, monjas y todos nosotros iremos a parar a la paila del infierno que no mencionó Dante... “Se llamará Colombia”... para seguir en lo mismo.

Un poco de autobiografía...

Veintinueve años escuchando, viendo, oliendo, gustando y palpando algo que parece una vida. Y aquí, escribiendo sin público, dibujando sin público, pensando sin público... Peleando cada día por un derecho que ya tengo (imaginando que ya mi condición humana plantea la base del derecho a vivir, que una actividad que puedo efectuar me afirme como poseedor de tal derecho y que el proceso humano necesita de mí como yo de él... ¡utopía!), tratando de hallar desde un espacio para habitar hasta una aceptación de ideas.

Luchando contra señoras propietarias de ojos acechantes, que alejan el “pecado” de sus edificios de renta y acaballándose en sus maridos se pasean orgullosas por su mundo matriarcal... O contra los negociantes de las necesidades, llenando sus cuentas bancarias con la vida humana explotada, ultrajada y prostituida.

Luchando contra una mentira que quién sabe si sea por una verdad desconocida.

¡No es demasiado interesante vivir así!

Preferible escuchar: ¿acaso Gustav Mahler tuvo que luchar por lo prosaico? ¿Acaso mientras componía su tercera sinfonía tendría líos de renta y falta de sirvientes y una propietaria vaginalmente histérica clamando a los cielos por más y más y más dinero?

Interesante suposición, en todo caso...

¡Lo prosaico mata todo lo que un ser humano puede dar! Somos animales de comodidad y necesitamos allanar todos los problemas para

poder producir... Ahora bien, puede suceder que, a pesar de no tener prosaicos problemas, tampoco produzcamos. Entonces, realmente sería divertido llegar a saber de nuestra total inutilidad...

Enero 31/71

Me acuso de un pecado espantoso... ¡Cada vez que escucho Daphnis et Chloé de Maurice Ravel pienso en el mar! ¡Crimen de lesa majestad contra Ravel! Atrociadad sin límite, aberración pavorosa... la música es la música y el mar es mar. Inevitable pero cierto.

Y aquello que es peor: cada vez que veo el mar siento sonar en mi memoria la inefable música del francés. A pesar de saber que es una música de danza, jamás la he asociado con movimiento humano. Solo puedo recordar el mar en todas sus facetas... tranquilo y furioso, alegre y triste... Es más, llego a pensar que es un crimen danzar esa música que parece provenir de la misma esencia del mar.

Febrero 3/71

La vida es un remedo de la muerte.

“Morir, dormir, no más...”. ¡Vivir es morir un poco! Morir es vivir mucho tiempo... Estamos enmarcados entre dos muertes, la del nacimiento y la otra. ¡Hélas! Dice la Iglesia: “Polvo eres y en polvo te has de convertir”. Solamente se le olvida especificar que es “polvo cósmico”. Dios podrá existir mientras le temamos a la muerte; después, pasará a compartir la vida cotidiana como uno de nosotros.

Hoy estuve a un paso de ser atropellado por un vehículo de motor y

cuatro ruedas... ¡Qué ridícula muerte hubiera sido esa! Morir víctima de mi propio invento... Me pregunto: cuando muera, ¿podré escuchar a Eduardo Falú tocando su indescriptible guitarra? En caso afirmativo, no sería nada difícil el adiós. Para los gusanos tengo una sorpresa: ¡soy feo! (Mi venganza).

Febrero 5/71

Los batracios.

Pensar que parecen humanos... Con sus sacos de cuero y sus lentes de aro de oro; con sus bigotes, barbas o chiveras; con su ademán petulante y su “inteligencia refinada”. Pero son batracios. Y hacen todo lo posible para no parecerlo. ¡Hasta han aprendido a hablar! También hacen esfuerzos para actuar como personas: aprenden unos cuantos ademanes, sacan de aquí y de allá frases de cajón (pueden abrir cajones...) y con ellas arman su lenguaje cotidiano; con ellas causan impresión en el “público” (siempre tienen un público...). Además, pulen su espejo, su lenguaje y su figura para, tristemente, seguir siendo batracios. Llenan con su presencia y su lenguaje los salones de moda, los cócteles, las inauguraciones de exposiciones, las conferencias y las fiestas. Son tan inevitables como las aceitunas en el dry martini o la marihuana. Son tan constantes como los periódicos, que cada día cumplen algún cometido inútil. Los hay que aprendieron de arte, literatura, música, revolución, dialéctica, táctica de guerrillas y yoga. Sientan cátedra y andan como pequeños topos, buscando el abrigo de este apellido prestigioso o de aquel otro batracio prominente... Apoyados mutuamente, avanzan y ganan prestigio y dinero. Pero siguen siendo tan batracios como siempre. Y lo ignoran, y el mundo hace caso omiso, los venera y los alimenta mientras seres

humanos mueren de hambre: hambre de comida y de sabiduría, hambre de todo porque no tienen nada... Y ellos, batracios babosos, de ojillos saltones, con membranas mucosas en vez de cerebro, hechos de todo lo asqueroso imaginable en cualquier forma viviente, perduran robándoles el oxígeno vital a los humanos. ¡Batracios de mierda!

Febrero 6/71

El goce celestial...

Un mundo feliz... Armonía entre seres y paisajes envueltos en la maravilla del día y de la noche... entre el sol de oro de cada mañana y el sol de sangre de cada tarde y el prodigio del viento y del agua... El prodigio de lo humano, del arte que ahora está en todos los objetos, y del amor que circula como la droga maravillosa de la magia.

Un mundo sin angustia.

Canción a flor de labios... Hay que decir al aire y al pequeño rayo de sol acerca de todo lo cotidiano. Es la maravilla de no tener miedo porque no hay de qué tenerlo, ni siquiera de la muerte, esa tonta transición hacia la incógnita...

No es imposible. ¡Solo es utopía!

La muy notoria ingenuidad de los profetas.

Pobres Isaías, Jeremías, etc., etc.... todos aquellos viejecitos con barba, dedicados a aumentar el mundo celestial para poder llegar a decir que todos los hijos de Dios se irán a los infiernos.

Pecan de ingenuidad. Imaginarse un infierno "post mortem" es dar

muestra de suprema ignorancia... Después de muertos, ¿qué importa cualquier cosa?

Si nuestro apego máximo es la vida, el infierno está en ella, en el temor a ella, en el temor a perderla, el infierno es: el ‘miedo’. ¿Para qué imaginarse uno adicional? No parece necesario...

Y el otro infierno... ¡Saberlo!

El haber perdido esa ingenuidad propia de los profetas y dedicarse a la consolidación del conocimiento cierto de que ni siquiera hay un infierno “después”. Ese es el consuelo de aquellos que quieren tener otra continuación donde puedan purgar todos sus crímenes contra la humanidad... La Iglesia, por ejemplo.

Febrero 8/71

La violencia: la expresión de la pavorosa debilidad de los humanos...

Éramos muy pocos.

Teníamos miedo de ser aprehendidos, torturados, masacrados... El pensar en el dolor; dolor de verdad en cada punta de los nervios llevando el pensamiento, ocultándolo, sepultándolo entre montañas de lava hirviente o sumiéndolo en océanos de ácidos corrosivos... Teníamos miedo, un miedo demasiado grande siendo nosotros muy, muy pocos.

El miedo aterrador. No había nadie que no estuviese muerto de pavor. Todos éramos cobardes, y ser cobarde es tener miedo de sufrir sin razón, sin una causa que disminuya el sufrimiento. Nuestro ideal era grande, quizá noble: tratar de cambiar una injusticia por otra, aspirando con ello a un mundo sin injusticia, algún día.

Y esa injusticia, representada en un ejército cruel, hijo de un país cruel donde el robo del sufrimiento era razón de ser, venía hacia nosotros en forma de miedo.

Sabíamos mucho...

A Juan lo agarraron una noche en su casa... Hacía el amor con su mujer. Ahí mismo, en el lecho, los torturaron y sus cuerpos quedaron muertos, engarzados en una grotesca copulación póstuma y sanguinolenta... A José lo quemaron y a cualquier otro —no recuerdo el nombre— lo despellejaron... Todo lo supimos. La tortura es válida solo cuando se filtra por las rendijas de los recintos, se difunde, llega a quien debe temer, lo destruye y así, inevitablemente, lo hace caer en las manos de quien espera.

Así caímos nosotros, un día cualquiera. Ya no importa. Yo fui el mejor librado... aún vivo. Eso, como tú debes comprender, entonces era para mí un triunfo, una bendición de cualquier dios... Todos los otros fueron asesinados uno por uno... ¡yo escuché sus gritos algunas veces!

Ahora ya pienso que quizá lo mejor hubiera sido sufrir un poco más y de repente... ¡estar tranquilo!

Marzo 2/71

La imagen de alguien...

De repente, algo nos recuerda a alguien. Entonces la imagen se convierte en una pequeña punta de lanza clavada en la memoria y ahí queda por horas, a veces por días enteros. A veces, muchas veces, la imagen hiere y duele; a veces hace reír, a veces hace bullir el deseo en el cuerpo y a veces,

muchas veces, hace temblar de angustia, o de fastidio.

Alguien a quien alguna vez amamos y ahora nos avergüenza; nos fastidia o nos hace sentir “mal”... Alguien a quien quizá quisimos amar y por ser torpes no logramos ni siquiera regalar un saludo, una caricia... alguien a quien alguna vez miramos y nos dejó en el alma la mirada, como esperando un beso... ¡Alguien que nos hirió y no hemos podido dejar de odiar!

La imagen de alguien es diferente de alguien. Si es de amor, es perfecta; si es de odio, más rígida; si nace del deseo, más vívida; si es de olvido, aún más vaga e imprecisa.

Siempre alguien aguarda el momento de llegar a la mente y enterrarse, como punta de lanza en la memoria...

Marzo 10/71

Mejor sería callar. Hablar de amor siempre es un tanto reemplazo de amar. Entonces, es mejor amar que hablar...

Curioso que toda inteligencia y raciocinio sucumban ante un determinado cuerpo dotado de ojos y sonrisa y un sexo oculto tras ropajes, pero presente en cada gesto y en cada palabra...

Es como si el ser humano se hallase castigado con un travieso duende que estuviere dispuesto a distraerle en momentos en que la razón pugna por salir airoso de ese tremendo compromiso que se llama vivir.

Y unos dicen: “amar es vivir”... y otros dicen: ¡Falso! Pensar es vivir... Y al fin de cuentas nadie sabe si está o no en lo cierto.

¿A quién amar? A un ser, un paisaje, un recuerdo, la vaga noción de pertenencia a una raza y a un continente y a una idea... A veces se dice: “amar a Dios sobre todas las cosas”... ¿Cómo amar a un desconocido?... Amar la vida y quizá también amar la muerte. Se ama uno mismo reflejado en otros ojos que dicen de lo buenos y bellos y geniales que somos... ¡para ellos! Se ama una ilusión que siempre choca con una realidad contradictoria y se ama la realidad, se la bendice, cuando se aproxima un poco, quizá muy poco a ese sueño...

Amar es estar siempre equivocado... ¡y no preocuparse por eso! Es olvidar muchas cosas menos una, o varias. Amar es un vicio que parece hereditario. Amar es odiar, porque odiar es amar y todo es una sola cosa... aún no amando se ama (la pavorosa realidad de aquello que se niega).

Mejor es callar... Hablar de amor es siempre un tanto reemplazo del amor... Pero es a veces, un inevitable sustituto que pretende llenar ese vacío que dejaron unos ojos, quizá un poco tristes...

Marzo 15/71

Mozart.

De nuevo un nombre que solo trae el recuerdo de la belleza. De nuevo, por electrónico azar, el aire se inunda de sonidos y entonces el mundo se transforma en algo especial y particularmente “triste”... (Todo lo bello debe ser triste... un recuerdo del paraíso perdido).

La tristeza de lo bello...

Inevitable pero presente; ahí, lista, atenta, sentadita en un sillón de espinas bajo una lluvia lacrimosa. Hay belleza en el silencio (la tristeza

siempre está acompañada del silencio; es imposible no cerrar los oídos a la necesidad de todos los minutos)... Hay belleza en la oscuridad... (imposible es no cerrar los ojos al grotesco despliegue de destrucción del Hombre)... Hay belleza en el llanto, en el vacío... (la tristeza es la falta de algo o alguien o es también el vacío de tener demasiado...).

Entonces, Mozart, el gran amo y señor de la belleza, nos trae de la mano la tristeza...

¡Pero, curioso hecho! En una mañana de sol dorado, en un día tan azul como apenas es concebible un día, en un día frío —un frío recién levantado, somnoliento, graciosamente torpe y excesivo—, en una mañana del pasado, Mozart nos hizo reír... (¿Quizá reía porque el amor corría desbocado por las venas y daba aullidos de gozo?). Mozart ataba con la mano los rayos del sol y con ellos se lanzaba a nuestros oídos y destrozaba las células del alma con gozos dolorosos. Una mañana Mozart se encaramó en los árboles y sacudió las ramas, arrojando verdes puñados de alegría por doquier...

¿Acaso será que la alegría y la tristeza son una misma cosa?

Belleza - tristeza... belleza, belleza... tristeza, tristeza...

Marzo 22/71

La balada del soldado.

¡Corrimos como locos a través del bosque, sintiendo tras nosotros el silbido de un balazo que pondría fin a la carrera, a la guerra, al miedo y a toda esa mierda!

Quedábamos solo cinco. Yo estaba herido en una pierna; maldita esquir-

la de alguna granada lanzada por algún hijo de la gran puta... Correr me dolía, me dolía por todo el cuerpo, me dolía hasta el alma, si es que tengo esa joda... Y, para empeorar la situación, yo estaba a cargo de los otros cuatro; era su maldito jefe y me correspondía decir: “¡Hagan esto! ¡Disparen, cabrones, que no hay tiempo! ¡Corran, hijos de perra!”. Y daba órdenes que salían porque sí. No podía pensar... ¿Quién piensa teniendo la muerte colgada de los huevos?

Corrimos y corrimos. Uno no cree poder lograrlo... El dolor en el pecho es muy fuerte, el dolor en el vientre... Las piernas no se sienten; el sudor corre por entre el uniforme... No se ve por dónde se corre; ni importa verlo. Se saltan obstáculos insalvables y se logran brincos extraordinarios, sin galardones ni medallas de oro ni nada de esa mierda... ¡Y se logra! El miedo es berraco y, si uno no se paraliza ni se caga del susto, saca fuerzas de donde no las tiene...

Al fin caímos en un hueco lleno de barro y allí quedamos jadeando como caballos al galope. Uno de los cabrones vomitó y retorció el cuerpo como atacado de epilepsia... Los oídos parecían estallar con sonidos que no dejaban oír; el corazón latía desbocado y traqueteaba como un tren...

Esperamos unos minutos y luego salimos caminando despacio...

Al fin encontramos una patrulla enemiga y los jodimos a todos a balazos... Recuerdo que algunos alcanzaron a correr dando alaridos. Ah, cobardes los hijos de puta...

Mayo 2/71

Alguna vez, cuando estaba cerca del mar... ¡El maldito!

Llegué quizá a odiarte, con mi voz, con mis vicisitudes, de sal y agua verdiazules; con mi agonía de eternidad que no acaba y que asusta...

Alguna vez, cuando estuve muy cerca del mar...

Tan cerca que mis botas empaparon mis pies y los fueron hundiendo en la arena húmeda; tan cerca que mi cuerpo, entonces desnudo, se impregnó de su salobre vaho y mis ojos salían a sal... ¡El maldito!

Fantasma de todzós los mares que han batido; cadáver del océano, del océano antes, misterio y duda, del fin de la tierra... Muerto y resucitando cada vez que una ola barre su espinazo y le azota contra acantilados de todas las rocas del mundo y playas de todas las arenas del mundo...

Alguna vez, cuando estaba mojado por el mar...

Había llegado al mar como si mi destino hubiese sido así escrito por un dios de corales y de medusas. Había llegado al mar con esa lógica inmutable del agua de todos los ríos del mundo que corren hacia otros ríos y otros y otros y al fin llegan a morir al mar...

¡Había llegado al mar e iba a morir!

Hicimos el amor a orillas del sepulcro de olas... Llenos de arena, nos revolcamos desesperadamente hasta caer exhaustos... Luego, en el momento decisivo, tú huiste dando gritos y allí quedé, desnudo y triste, caminando hacia el mar... Primero los pies, luego los muslos, el vientre, el pecho y la garganta... Cada ola me ahogaba...

¡Alguna vez, cuando estaba muy cerca del mar, mojado por su sal, decidí que tampoco valía la pena morir!

Los idiotas importantes.

¿Ah, qué haríamos sin ellos? ¿Quién haría los discursos ampulosos, o acuñaría las frases trascendentes que publican los diarios en primera página o quién haría las maravillosas disquisiciones acerca de nada?

El mundo necesita idiotas importantes para poder vivir... Ellos han de ser embajadores y ministros y críticos de algún arte y directores universitarios o vicepresidentes (¿agnes?) o monseñores, obispos y arzobispos... ¡A propósito, todos ellos ocupan posiciones destacadas en sus gremios! No se ha visto el caso de idiotas importantes sin ninguna importancia... ah, y también reinas de belleza, intelectuales puros y puros, directores de cine, actores, actrices, literatos y artistas, en fin, toda actividad humana los padece y los aguanta, como un mal necesario.

Ellos dan declaraciones a la prensa y aparecen en esos interminables paneles de discusión en la televisión, a ellos llegan los micrófonos de las radioemisoras y las imprentas de muchas compañías... son audaces y saben responder preguntas fuertes con exabruptos cortantes: “eso se responde solo”... o... “eso no viene al caso” o aún peor, hacen mofa del interlocutor. Ellos conocen el mundo como al baño de su casa y pueden hablar a la vez de lo socio-político-económico y de la trascendencia del estructuralismo discrepante y pueden acomodar una frase de cajón de acuerdo a cada situación.

Ellos son, por así decirlo... ¡la sal de la tierra!

Estoy recordando por qué vino este tema a mi cabeza esta noche... quizá fuese, por ejemplo, un director de cualquier cosa, a quien conozco y quien podría ser elegido por mayoría de votos el presidente de la ANII

o sea, la Asociación Nacional de Idiotas Importantes... gremio al cual espero no pertenecer, al menos por un tiempo... ¡hasta que sea importante!

Noviembre 21/71

Horóscopo.

Nací un día cualquiera, a cualquier hora, en cualquier minuto. Los astros estaban en ese momento en una posición determinada... unos aquí, otros allá; el sol y la luna se miraban, los planetas se detuvieron sin detenerse y quedé marcado con su impronta.

Ahora, treinta años después, debo comenzar a explorar en ese momento preciso para vislumbrar la estructura de mi propio futuro.

Nací bajo el signo del escorpión... El animal venenoso, el sagaz asesino, el inocente sepulturero... Escorpión que vi en el símbolo de Corantí, mi sitio, mi lugar, mi punto espacial de referencia... Escorpiones, de la Guajira y de Arizona... El desierto, mi paisaje. El sol, el viento, el agua... Nací bajo el signo del agua. Soy hombre de agua... Hay hombres de aire, de tierra, de fuego y de agua. Yo soy de agua y el agua falta en mi paisaje. Escorpión, el signo del sexo... mi sexo fantástico, mi sexo que ocupa noches y días de imaginación y realidad. Soy sexo y agua; el agua del sexo, el sexo del agua. Nací bajo el signo de escorpión en la casa de la muerte. Mis piedras natales son de topacio... busco unos ojos de topacio para satisfacer los astros que me controlan...

Miro al cielo y veo millones de puntitos de luz. Allá está marte, mi padre planetario quien disputa con el lejano e invisible Plutón mi génesis... ¡Padres míos estúpidos!

De ahora en adelante pensaré que hay misterios fuera de mí... daré una tregua a mis misterios internos, les dejaré dormir un rato para poder volver a ellos cuando me acabe de convencer que soy yo solo mi único responsable...

Noviembre 30 de 1971

Opus 123.

Esta obra podría haber sido un cuarteto de cuerdas, una sinfonía... una canción.

También pudo ser un poema “rimado en versos diversos”.

O pudo llegar a ser un bello edificio...

Solo es una página de palabras escritas una noche de noviembre, bajo el signo de Sagitario. (Seguramente mis estrellas decidieron que hoy debía escribir palabras...).

Opus 123: un pequeño concierto a la nostalgia de mis obras no engendradas. Debo al mundo sinfonías, conciertos, cuartetos, sonetos, cuadros maravillosos, asombrosas construcciones... ¡debo todo un universo de creaciones!

¡Rivalidad tremenda de hombre y Dios! Rivalidad sangrienta de creativo y creador, el uno cierto, el otro gran invento para tener un contrincante máximo y declarar guerra a muerte.

¿Y quién puede marginarse del fabuloso reto? ¿Quién, consciente de su capacidad ilimitada puede sustraerse de hacer, inventar, dar vida al aire con sonidos y formas, dar ideas al mundo con palabras? Pero es quién lo

hace y quién desprecia al creador de mágicas frecuencias, que transforman la realidad y la proyectan hacia lo eterno...

Opus 123, o aquello que pudo ser.

Qué gran vergüenza causa el pensar que hay ya tantos cadáveres enterrados en el tiempo perdido... Y aún quedan muchas horas para crear, para poder ser antagonista de los dioses imaginarios y sus creaciones.

Hay que olvidar entonces, el opus 123 y pasar enseguida al opus 124...

Diciembre 3/71

Fantasía...

Vamos por una calle humedecida por la lluvia que comenzó a caer desde anoche... Es mediodía, el tráfico se hace denso y se detiene como si el tiempo estuviera indeciso en continuar su viaje... Los limpiabrisas manotean hipnotizados y alternan imágenes borrosas, con fugaces relámpagos de nitidez, grisácea y melancólica.

El centro de la ciudad.

Edificios muy altos llenos de ventanas, que se miran entre sí. Uno y otro y otro almacén que ofrece esto y lo otro... Ilusiones baratas e ilusiones costosas, maderas necesarias y la maravillosa atracción de lo superfluo.

Gentes pegadas a los muros, empapadas, ansiosas de llegar al abrigo, al espacio seco y quizá tibio y acogedor, donde reposen y contemplen la caída del cielo líquido, el llanto meridiano que aplaca con sus húmedos pañuelos la voluntad y el ánimo.

Gentes... ¡Gentes por doquier! Arrimadas a las ventanas, en los por-

tones, aleros, en las húmedas aceras, en los automóviles inmóviles...
gentes que no sonríen, no hablan, solo miran la lluvia y la acrobacia de
las gotas, en los domos portátiles de los paraguas, que deambulan como
hongos de luto.

¡La lluvia calla todo, solo ella habla!

Los ríos de agua caminan, se detienen, esperan que alguna luz les obli-
gue a continuar... Los ríos de agua se internan en los edificios, son en-
gullidos por túneles atestados de lluvia y de ríos de agua que se diluyen,
se desvanecen, se convierten en charcos incoloros, se escurren por las
ventanas, se descuelgan de los aleros y mueren.

Diciembre 16/71

El fuego.

Llamas que bailotean histéricas, ávidas de las manos, adheridas a un leño
o a un trozo de cartón...

Calor.

¡El poema coreográfico de la destrucción! Todo aquello que cae al fuego
desaparece, se transforma en calor y en humo. El mejor retrato de la
transformación...

“Lo mismo que un fuego fatuo lo mismito es el querer...”.

El símbolo de la vida.

Un rincón tibio, con la luz de las llamas, en el hogar... El fuego en el
bosque, en la playa... El fuego de una pesada locomotora que se despla-
za a través de la noche... El fuego de la cocina que prepara los alimentos

para las gentes... El fuego, que da la vida y la destruye en pavorosas conflagraciones que precipitan todas las fuerzas del cosmos en un mínimo fragmento de espacio y de tiempo.

El gran fuego de la pasión humana... Energía liberada a través de la emoción, del afecto, del odio, de la ira sagrada o profana. El fuego que avasalla lo exiguo racional y lo convierte en cenizas y humo.

El humo, hermano carnal del fuego.

Fuegos y humos por doquier... La guerra, la más completa degradación del hombre.



1972

mi tema favorito: el pasado.

Ahora recuerdo una canción que habla de Phoenix, Arizona, U.S.A. Ahora pienso: yo estuve allí, yo viví en mi paisaje..... Y ahora parece que no fue realidad sino algún extraño sueño, algún momento de fantasía.

Entonces, ¿por qué hay nostalgia? La nostalgia es real, memorable, viviente... no es ningún sueño, ninguna fantasía.

Quisiera que la mente humana borrara todo ese pasado nostálgico y construyera día a día un universo de experiencias positivas, mirando siempre hacia adelante.

El pasado es una ventana abierta por la cual entra el frío y se cuecen las gotas de lluvia que ~~se~~ empapan el presente.

Es absurdo pensar que el presente se construye sobre el pasado; que un gesto, una palabra, un sentimiento, el ambiente que ayer habitamos tiene que influir en el mañana. Es absurdo pensar que tenemos que revivir nuestra infancia para poder ser adultos y liberarnos de nuestro propio pasado.

Es absurdo pensar que sólo mediante el continuo repasar en voz alta del pasado podemos encontrar el significado del presente.

No acepto el pasado como explicación! Sólo lo admito en su más bella forma: la nostalgia. Prefiero volverme a escarbar en los gestos de mi vida para poderme explicar, prefiero seguir adelante, halado por la ilusión de que algún día pasado, presente y futuro habrán de reunirse en un momento y no habrán ya nostalgias ni ilusiones.

Enero 3/72

Una pequeña variación sobre cualquier tema de origen desconocido...

¡Otro adiós!

Alguna vez le dije adiós a la niñez. Me despedí tranquilo de mis viejos amigos, los ángeles y santos, los fantasmas, el coco, millares de diablitos perversos que acecharon mis pasos a través de la infancia para castigarme por mis culpas.

Alguna vez, muy triste, le dije a Dios adiós. Me despedí de él con la nostalgia de quien despide un escudo, un arma protectora, de quien abandona una inocencia ingenua y avanza por el mundo desarmado.

He dicho adiós a unos amores tontos, a otros amores bellos, a amores silenciosos y amores bulliciosos... He llorado por ellos un poquito y después he esperado que ellos digan adiós a mis silencios.

Dije adiós a ilusiones, a delirios, a sueños que ocuparon espacios importantes en el espacio y en el tiempo.

Ahora le digo adiós a la esperanza.

Febrero 19/72

Johann Strauss...

El sol y la música se unen para bailar. El sol danza una polca, la música le sigue con un vals. Ambos ríen... la habitación resplandece de luz, luz solar dorada, aún matinal, tan llena de energía que resucita fantasmas trasnochados, llenos de guirnaldas y de serpentinas, que comienzan a bailar con la música del Danubio Azul... luz sonora que brota del mis-

mísimo infinito y se infiltra por todos los vericuetos del ser, se acaballa en los glóbulos rojos de la sangre y ordena bailar, bailar sin parar, bailar hasta que llegue la luna y reemplace al sol exhausto que va a dormir borracho, hediendo a vino rojo...

Febrero 20/72

Interferencias...

Pasa alguien y nos mira. Nos sentamos junto a alguien en un autobús, en un teatro, en una cafetería. Se cruzan miradas que no ven más que un volumen humanoide, que no analizan más allá de mínimos detalles estadísticos: edad, sexo, etc. Pero no hay palabras. No hemos sido presentados, no nos conocemos; por tanto, no podemos hablar...

Pasa alguien y nos mira y lo miramos. No hay expresión alguna, excepto la del aislamiento hostil, el egoísta sentido de autopertenencia... “¿Quién eres tú, que no eres mi amigo? ¿Quién eres tú, que ni siquiera me conoces? ¿Quién diablos eres tú?”

Y cuando, por accidente, un día cualquiera, en cualquier lugar, pasa alguien y nos mira y lo miramos y, finalmente, decimos: “¿Cómo estás?”, “Hasta luego”... y seguimos nuestros senderos, parece como si hubiésemos hallado el gran secreto...

Pobre ser humano...

Te acosamos con ideologías; te atiborramos de violencia, te llamamos cristiano, musulmán, negro, azabache o albino; comunista o reaccionario... Te crucificamos cada día en diferente cruz... Te asesinamos por cristiano, musulmán, blanco o negro o comunista y luego escribimos sobre ti.

Te damos arte, solo para que te des cuenta de la miseria y fealdad de todos los días.

Te sacamos de las selvas y de las estepas, te educamos, te inventamos mitos de dioses y de ideas y luego te arrojamos al foro de los leones humanos para que te devoren con tu educación y con tus mitos y tus ademanes civilizados y todas tus ideas.

Inventamos más y mejores armas para matarte. Refinados juguetes, que destruyen tu vida, tus ilusiones tontas, tus sentimientos simples. Inventamos más y mejores desperdicios para que consumas, te atiborres, te enloquezcas y luego inventamos terapias para hacerte nuevamente humano, para que vuelvas a reír, a llorar, a amar...

Te usamos como otro objeto cualquiera, como un mueble, una máquina, un aparato. Te desnudamos para recrearnos con tus vergüenzas, te vestimos a la moda para recrearnos en tus disfraces. Explotamos tus temores, tus anhelos, tus deseos más ocultos para luego castigarte por cobarde, por ambicioso, por obsceno.

Y cuando tratas de liberarte de nuestras trampas, te llamamos rebelde, subversivo y te perseguimos y te decimos... ¡loco!

Abril 22/72

Mahler. Sinfonía N.º 3 en re menor. Último movimiento. Langsam. Un estudio sobre la derrota...

Así como Beethoven es el gran creador-consumidor de energía, Mahler es la energía consumida (entropía sonora). La batalla que inicia en los primeros movimientos de sus sinfonías, culmina en la fatal derrota de sus finales, como este. El cataclismo beethoveniano es infatigable. Se destruye a sí mismo para poder recrearse. La derrota de Mahler es continua y total. Queda solo el ser humano, desnudo y frágil, abismado ante la inmensidad de aquello que alcanzó a vislumbrar antes de caer... llora, o mejor, solloza por no haber alcanzado a dar el paso siguiente... aquel que hubiese roto la barrera entre el temor y el triunfo. Queda del lado de acá del heroísmo... La materia-energía en Beethoven trabaja como asociadas, se construyen a sí mismas. En Mahler apenas se comunican entre sí su propia destrucción.

De Beethoven se nutren los campeones... de Mahler, apenas los que aún no hemos dado "aquel" gran paso. Beethoven es el músico de quienes sueñan ser Beethoven (¿reencarnación?). Mahler es el músico de quienes son humanos. La derrota de la energía en Mahler es un hermoso himno a la decadencia.

Agosto 9/72

San Agustín.

Nombre de Santo Teólogo para el lugar de los ídolos nativos, tallados por hombres de América, en piedras de américa...

Ir a visitar los antepasados de piedra...

¿Mis más remotos ancestros? ¿Cómo poder saber que en mi sangre fluye la misma energía de aquellos que esculpieron esos rostros ceñudos y feroces, de aquellos que adoraron dioses, desconocidos para nosotros a quienes nos engañaron desde niños con un dios extranjero, egoísta y destructor de la raza de América?

El problema es de esencia... Esa sangre que hoy anhelo tener es la sangre que brotó de las víctimas a los dioses aztecas, es la sangre que escapó a borbotones en las luchas de incas y chibchas y es la sangre que debió bullir de alegría al contemplar el paisaje violento y tierno del Magdalena en sus fuentes.

El problema es saber si uno escapa, al menos en un tanto por ciento a esa sangre europea ajena, destructora, cargada de remilgos, de fetiches y de decadencia crónica.

Los ídolos de piedra nos traen un mensaje desconocido de alguien, del pasado. Su silencio es cada vez mayor, su lenguaje es distinto y no nos hablan sino a través de sus formas complejas, de sus pesadas masas talladas por pequeños titanes.

¿Eran ellos mis ancestros? ¿Cómo decidirse entre dioses ibéricos, entre ídolos judíos y cristianos y entre estos seres míticos, violentos y callados que no piden ni dan, solo están, solo ocupan un sitio en la historia?

Mañana.

Nuestro medio, nuestra esperanza, nuestra meta...

Hoy es válido por tener un mañana, un día, un futuro que nos traerá lo que ayer no nos trajo.

Mañana tal vez encontraremos el amor, por ejemplo... ¿Por qué? Por una razón simple: porque hoy no lo hallamos y ayer lo abandonamos, o él nos abandonó. Porque mañana podremos ver ilusiones con nombres y apellidos pasar, detenerse, hablarnos, enseñarnos y quizá, en un instante, todo se convierta en alegría, las palabras reprimidas broten y todo se realice... Mañana.

Mañana. Tal vez nos traiga cualquier otro deseo, miedo, esperanza, meta... lo que sea, mañana es la probabilidad eterna de los desesperados, de quienes ven deslizarse al tiempo, de quienes lloran por cada día perdido, de quienes quieren cambiar el mundo a golpes o a caricias.

Mañana, como hoy, puede ser un día luminoso, radiante, cálido, con olor de verano, con colores y ruidos y alegres pensamientos bailando con el día...

Mañana puede traer violencia, puede ser un día más cuando triunfe toda la sinrazón y se golpee y se hiera y se destruya y en nombre de alguna ideología maldita se acabe la ilusión y la esperanza y la paz y el sol se oculte tras nubarrones negros de incendios callejeros.

Mañana puede uno morir, o seguir viviendo... Hay veces que morir tiene tan poco significado o vivir es tan semejante que no importa. Pero morir implica que ya no habrá un mañana...

Mañana es la esperanza de vivir...

Mi tema favorito: el pasado.

Ahora escucho una canción que habla de Phoenix, Arizona, U.S.A. Ahora pienso: yo estuve allí, yo viví en su paisaje... y ahora parece que no fue realidad sino algún extraño sueño, algún momento de fantasía.

¿Entonces, por qué hay nostalgia? La nostalgia es real, memorable, viviente... no es ningún sueño, ninguna fantasía.

Quisiera que la mente luminosa borrara todo su pasado nostálgico y construyera día a día un universo de experiencias positivas, mirando siempre hacia adelante.

El pasado es una ventana abierta por la cual entra el frío y se cuelan las gotas de lluvia que empapan el presente.

Es absurdo pensar que el presente se construye sobre el pasado; que un gesto, una palabra, un sentimiento, el ambiente que ayer habitamos tiene que influir en el mañana. Es absurdo pensar que tenemos que revivir nuestra infancia para poder ser adultos y liberarnos de nuestro propio pasado.

Es absurdo pensar que solo mediante el continuo repasar en voz alta del pasado podemos encontrar el significado del presente.

¡No acepto el pasado como explicación! Solo lo admito en su más bella forma: la nostalgia. Prefiero rehusarme a escarbar en los gestos de mi vida para poderme explicar, prefiero seguir adelante, halado por la ilusión de que algún día pasado, presente y futuro habrán de reunirse en un momento y no habrá ya nostalgias ni ilusiones.

Finale.

Zarabanda.

Una tarde cualquiera, una ciudad, esta ciudad, da lo mismo cuándo o dónde, da lo mismo si fue ayer, es ahora o habrá de ser mañana... se piensa, se habla, se vive y se sigue viviendo.

El tiempo es nuestro enemigo real. Contra él hemos inventado el amor y la guerra; el arte y la cultura, el deporte y el descanso. Él es nuestra primera causa y nuestra última...

Marx dice que la historia del hombre es la lucha de clases... Quizá sería mejor decir que es la lucha contra el tiempo. Nuestra economía idiota poco representa pues está haciendo parte de esa lucha, de aquello que hemos inventado jugando trucos al transcurso de nuestro padre.

Así, una tarde cualquiera, en una ciudad cualquiera, llámese Hartford, Detroit, Phoenix, México, Bogotá o Caracas, se escribe acerca del universo para burlar el tiempo, para dibujar sus contornos en palabras y poder trabajarlo, moldearlo, insultarlo y suplicarle que continúe su transcurso, que no se detenga para nosotros, que aún confiamos en que hay algo por realizar, que pedimos el derecho de ser inmortales, a costa de nosotros mismos.

El tiempo es el material que modelaron Miguel Ángel y Leonardo; Bach lo transformó en fragmentos sonoros, Mozart lo embelleció, Beethoven lo desintegró, Mahler lloró su transcurrir. La arquitectura lo ha petrificado, la pintura lo ha detenido en el instante y ha sido compaginado por Shakespeare y Cervantes y Proust, el gran enamorado de su angustia.

Dedico esta última página de tiempo transfigurado a todos ellos.

Noviembre 26/72

No pude resistir la tentación de tantas hojas blancas... ¡No pude permanecer en silencio! Así, después de unos días de libertad, he regresado al yugo de la palabra escrita. Después de haber dicho adiós, de haber cerrado un libro, de haber jurado no escribir, regreso avergonzado, para iniciar otro libro que quiero comenzar como dibujo y se volvió palabra. ¡Perdido por el regreso!

Noviembre 30/72

La consagración de la primavera.

Bogotá en primavera nuevamente, salpicada de sol, vestida de azul, palpitante de ardores que recorren las calles, disfrazados de gente.

Stravinsky: la magia pulsante de lo más primitivo del nuevo intelecto; la edad de piedra del hombre del futuro... Cada desgarramiento sonoro es una bienvenida al hombre nuevo, al hombre de Picasso, infante grotesco, deformado y dramáticamente real; al hombre de Hesse, dividido entre sus antigüedades trascendentales: hombre-mujer; razón-sentidos; perfección-caos... En la música se presiente la violencia del átomo, la pavorosa fuerza de las máquinas que sustituyen el bosque y la llanura de nuestro antecesor, el homo sapiens.

Somos los primitivos habitantes del mundo creado por nosotros mismos, tan alejados de aquellos que habitaron un mundo creado para otros, por otros... Somos los infantes de la primavera, nuestra canción de cuna es Stravinsky, nuestros cuentos de hadas son los cuentos de Camus, de Sartre, de Hesse, Kafka y Joyce. Nuestros juguetes son los computadores electrónicos, el láser, las bombas nucleares y el vehículo lunar; aprende-

mos a leer con Einstein y Russell y hacemos el amor con la mente, no con el cuerpo. Somos el nuevo engendro de la antinaturaleza y queremos amamantarnos de leche y miel.

Bogotá, en primavera nuevamente, aún en el pasado, aún en la era del hombre, aún en la barbarie que osamos llamar civilización cristiana, aún en las tinieblas preluminosas.

Nosotros, los hijos de Stravinsky, Picasso, Hesse y Einstein no vivimos... apenas llegamos.



1973

(168) Finalé.

Zarabanda.

Una tarde cualquiera, una ciudad, esta ciudad, da lo mismo cuando o donde, da lo mismo si fue ayer, es ahora o habrá de ser mañana.... se piensa, se habla, se vive y se sigue viviendo.

El tiempo es nuestro enemigo real. Contra el hemos inventado el amor y la guerra; el arte y la cultura, el deporte y el descanso. El es nuestra primera causa y nuestra última....

Ulanf dice que la historia del hombre es la lucha de clases.... Quizá sería mejor decir que es la lucha contra el tiempo. Nuestra economía idiota poco representa más, está haciendo parte de esa lucha, de aquello que hemos inventado jugando trucos al transcurso de nuestro padre.

Ahí, una tarde cualquiera, en una ciudad cualquiera, Mánere Hartford, Detroit, Phoenix, México, Bogotá o Caracas, se escribe acerca del universo para buscar el tiempo, para dibujar sus contornos en palabras y poder trabajarlo, moldearlo, insultarlo y replicarle que continúe su transcurso, que no se detenga para nosotros, que aún confiamos en que hay algo por realizar, que pedimos el derecho de ser inmortales a costa de nosotros mismos.

El tiempo es el material que modelaron Miguel Ángel y Leonardo; Bach lo transformó en fragmentos sonoros, Mozart lo embelleció, Beethoven lo desintegró. Ulanf llevó su transcurrir, la arquitectura lo ha petrificado, la pintura lo ha detenido en el instante y ha sido compaginado por Shakespeare y Cervantes, y Proust, el gran manuscrito de su angustia.

Dedico esta última página de tiempo transfigurado a todos ellos.

Bogotá, septiembre 5/72

Entropía sabatina. Los sábados en la ciudad: aburrimiento envuelto en nubes, y en fáciles disimulos; un poco de recorrido por calles. Los tiempos del consumo, tratando de resistir hasta lo último su tentación; un poco de lectura fácil y digestiva; la atracción biológica hacia la comida, un apetitoso durazno de piel suave; la atracción biológica hacia un cuerpo atractivo que se mueve entre ropas sobrantes; ¿una mirada al cielo, va a llover en la tarde? ¿Para satisfacer la duda de, qué sucederá luego?; en fin, energías que se pierden en la angustia de ver y querer ver, de no ver y no querer pensar en ello.

Un mundo se destruye poco a poco. Es el mundo de cada uno de nosotros. Podemos sumarnos a esa destrucción-integración o salirnos de ella, a riesgo de quedar aislados y solos.

En un momento, sin darnos cuenta, hemos construido un mundo: gente, amigos y amantes, ideas, acciones, todo coherente, todo simple, como respirar. Sin darnos cuenta, sin decirlo siquiera, se han propuesto unas reglas de juego para ese mundo: todos libres, todos únicos, todos iguales. Luego, cualquier azar o deseo establece la primera, la segunda, la tercera y la última desigualdad. Hay que tratar de impedir el desastre y todos tratan de repetir lo mismo para ser los mismos, sin darse cuenta de que ya dejaron de serlo.

Quizá el permanecer libre, único, igual, o sea distinto en cada momento de la vida, dinámico y estático, siempre igual, siempre distinto, sea el objetivo máximo de cada ser humano.

Pero somos oprimidos, comunes, iguales, siempre sin búsqueda de cambio, estáticos perpetuos. Caemos en las trampas afectivas, económicas, materiales y nos volvemos masa, masa humana entrópica y moribunda.

La vectorialidad de la vida solo la llevan a cabo quienes rechazan la entropía; pero esto cuesta, por ejemplo, un grado de angustia.

Marzo 24/73

Scherezade.

Lugar común de los soñadores...

Hace muchos años, milenios mentales, cuando aprendía a sentir, me enamoré de Scheherazade. Un domingo cualquiera, en la mañana, al regreso del colegio, después del aburrimiento sagrado de la misa, escuché las notas: violín y arpa. Ese es mi primer recuerdo, impreciso, vago, un poco nostálgico, pero todavía presente.

Después de ese amor a primera vista, como tantos otros amores de mi vida, vino el largo rodeo, la búsqueda de otra oportunidad de estar juntos y de hablar.

Al fin pude poseerla. Una versión, atrayente pero mutilada: The Philadelphia Orchestra con su sempiterno Ormandy. ¡La noche de amor fue exquisita!

Después, como en tantos amores ya superados, recurro a ella en momentos como este, en los cuales se busca revivir las nostalgias de una edad anterior, de la adolescencia retardada, del primer amor, del primer beso, de lo primero en mucho, en casi todo.

Scheherazade es una enfermedad del alma...

Aunque uno quiera escapar de ella, aunque la llame superficial y frívola, sentimental y ridícula, aunque sea prostituida y vulgarizada, uno cae

rendido ante sus insinuantes sensualidades sonoras, ante sus brillantes ropajes y su resplandor eneguedor.

Se mezcla con el divino Nijinsky... Diaghilev y su magia, se piensa en un fantástico universo de aventuras y amores envolventes, se regresa al estado sin tiempo de la imaginación, donde todo sucede, aun la felicidad...

Mayo 27/73

Das Lied von der Erde.

Cualquier anochecer, 6.30 p.m. Viene la gran pregunta y se formula a sí misma:

¿Qué estamos haciendo?

¿Para qué y por qué existimos?

¿Dónde está guardado el contrato que no firmamos? ¿Cuáles son sus cláusulas? ¿Qué especificaciones trae? ¿Qué se supone que debemos hacer?

¿Vale acaso la pena vivir? ¿Qué es vivir? ¿Qué explicación existe para todos los días y para cada día?

¿Qué estamos haciendo?

Cualquier anochecer percibimos el viento que mece los árboles, difundiendo el frío por doquier.

Sabemos que el viento lo producen cambios de temperatura en la atmósfera, que el viento es el aire en movimiento... sentimos su presencia,

vemos sus efectos, sabemos que existe...

Pero el viento no sabe de su existencia, no se pregunta: ¿debo viajar al este? ¿O al oeste? ¿Debo destruir árboles y flores?

Y nosotros siempre queremos dar una razón a la existencia, distinta de ella misma, sin quedarnos atrás, sin saber qué quedó atrás y qué queda adelante.

Entonces inventamos: por una parte un mito: Dios y el demonio, por otra parte una realidad: Hay que comer para subsistir. Luego, ofrendamos las cosechas a dioses y demonios y subsistimos con lo poco que nos queda. Queremos más... Trabajamos más para comer mejor, para que todos coman y tengan un espacio donde dormir y puedan trabajar para que todos coman, tengan un espacio donde dormir y se eduquen y tengan un televisor para informarse de aquello que deben hacer o no hacer, de aquello que alguien hizo... llamamos a todo eso vivir y seguimos hacia adelante.

¿Hacia adelante?

Julio 25/73

Gimme Shelter.

No los entiendo; no quiero entenderlos. ¿Hacia dónde van? ¿Qué buscan? ¿Qué esperan? Las respuestas parecen ser siempre: hacia ninguna parte, nada, nada...

Se sientan, abismados ante su propia parálisis, a contemplar el espectáculo grotesco de sus representantes, que gesticulan y gritan, amplificando sus gestos y sus gritos hasta el límite de lo innecesario, absortos

en alucinaciones inducidas mediante todos los medios disponibles, en el más innecesario de los medios, el escape, en el menos positivo de los estados del hombre, en el de la autodestrucción masiva.

Los más civilizados, los jóvenes dorados, los seres favorecidos, aquellos quienes podrían tomar el mundo en sus manos y conducirlo a la paz, a la equidad, a la congruencia, a la era inteligente, se agrupan como animales en manadas necias y grotescas, en grupos tanto más primitivos al ser vistos en medio de su tecnología desperdiciada, cuanto más saludables, educados, equilibrados debieron de ser. En la más primitiva de las tribus no se llega al nivel de estupidez colectiva a que han llegado en Estados Unidos, Inglaterra y todas las sociedades calificadas todavía como avanzadas.

Y nosotros, siervos de ellos, les seguimos, les copiamos, copiamos su alestargamiento, su parafernalia, sus gritos y sus gestos. A esto lo llamamos hermandad universal y dejamos, una vez más, que nuestro presente sea destruido, que nuestro futuro se agote, que nuestra energía se dilapide y se nos escape nuestra propia existencia.

Octubre 20/73

Quisiera ser una partitura musical...

Clint (Le Buffon).

Ser sonido (¿energía?), ser antimateria, anti cosa, ser un fluido, sin forma alguna y con todas las formas. Ser do, re, mi, fa, sol, la, si, en modo mayor y en modo menor, ser acordes, ser frases, ser melodías y ritmos, corales, fugas, zarabandas, conciertos, sinfonías, sonidos cósmicos, ¡la armonía del universo en música!

La noción de existir (¿conciencia?) se apoya demasiado en la materia, en aquello que ocupa espacio, en lo sólido y pesado: demasiado de nuestro cuerpo físico y nuestro mundo de objetos; las sillas y las mesas, los pesados tapetes, la pierna de cordero que espera su turno de ser convertida en energía... Tengo una cama, luego existo. Puedo comer, luego existo...

Solo aquella parte material que suministra energía debe permanecer: el aparato mágico de la música, todavía muy grande, todavía muy incómodo, pero siempre estimulante; pilas de libros, leídos o por leer; mi retrato por Rafael Penagos, el triunfo del dibujo sobre mi propia fealdad... La campana de cristal volará sola en el espacio, tan capaz de llenarlo y enriquecerlo como la Mona Lisa.

Ser sonido ilimitado y siempre limitado; la contradicción dialéctica no resuelta, la maravillosa equivocación de quienes desean no tener límites y se borran, se desaparecen, dejan de existir, por un error fatal de apreciación.

¿Pero, cómo autoconstruirme? ¿Cómo liberarme del destino de la partitura y poder cada día darme una nueva forma, transformar mi estructura, cambiar mis armonías?

¿Cómo poder ser yo, como adquirir conciencia de mí mismo, sin la necesidad de intérpretes? Creo que aún a pesar de todo, prefiero ser lo que soy.

Octubre 24/73

Soñar...

Hay fuego en la chimenea, hay sonidos en el aire, las lámparas difunden su luz amarillenta, afuera hace frío, llovió toda la tarde, en la mañana el

sol había brillado ferozmente alegre y agresivo.

Un buen momento para pensar en cualquier cosa, en cualquier persona, en todas las cosas, en todas las personas...

Pensar...

¿Cómo evitarlo? ¿Cómo lograr que el flujo se suspenda y permita un minuto, un segundo de paz? ¿Cómo, al cerrar los ojos, borrar las imágenes de un día, de todos los días, y decidir solo descansar, dejar que el cerebro abandone su fatigante tarea de pensar y quede quieto?

¿Huir?

¿Llevándose uno mismo auestas, como puede huir un ser humano?

¡Morir!

¿Quién puede garantizar que después de morir no existen pensamientos? ¿Qué el cielo y el infierno son solo imágenes de lo que puede sentir quien continúa pensando, aún después de muerto?

Permanecer.

Estar frente a frente a las ideas, en guardia o en reposo. Truncarlas, cada día y construir un mundo que acabe cada noche para, el día siguiente, construirlo de nuevo, con otra forma, con algo más o algo menos, y así seguir hasta que el cuerpo aguante, o un arrebató genial nos lleve a poner fin de un solo golpe a todo el juego.

Buscar...

Estar siempre mirando el horizonte, tratar de hallar en él la silueta de uno mismo que viene al encuentro, pero siempre está lejos, no se distingue su rostro, apenas la ilusión nos hace creer que ya nos encontramos,

que dentro de un momento estaremos frente a frente, que al fin podremos conocernos.

Noviembre 12/73

Desde el mismo momento en que uno conoce a una persona, comienza un prolongado proceso de despedida. ¿Por qué? Porque la muerte, la fatiga, la distancia, el hastío, la incompreensión o la indiferencia se encargan de abrir en cualquier momento una brecha, que se amplía, se profundiza y llega a ser el universo entero... ¿Para qué, entonces, conocemos más personas? Cada comienzo es una nueva experiencia. Uno cree haber dejado a un lado algunos de sus antiguos mitos; cree sinceramente haber cambiado. Pero, poco a poco, las barreras aparecen y el camino, antes llano y abierto, se convierte en calle angosta y sin salida; cada vez más angosta, cada vez más cerrada.

Uno lucha por algo que uno cree que es y de repente deja de ser. Uno sin pensarlo mucho, oprime aquello que pretende liberar; limita todo aquello que desea abrir.

Y se llega al punto crucial; el adiós flota como un nubarrón novembrino cargado de relámpagos y de lluvia. ¿Es acaso posible borrar lo ya pasado y reconstruir? ¿Es acaso preferible dejarlo todo, decir adiós y continuar la marcha? Se sabe que al final, más tarde o más temprano, vendrá la despedida. ¿Valen entonces la pena todos los momentos que vendrán antes de ella?

Y uno, frente a frente con quien quiere amar, con quien quiere seguir, piensa solo que ese ser es más importante que el mismísimo adiós, que la posibilidad de un solo momento de entendimiento compensa todos

los momentos de incomprensión y que más vale dilatar la despedida.
Cuando ésta llega, uno puede de pronto pensar que fue muy tarde.

Noviembre 29/73

“¡O Mensch! ¡Gib acht!”.

¿Dónde estás? No veo nada en el silencio, no escucho nada en la oscuridad... Un vidrio oscuro, eclipse total de palabras y figuras... vacío, vacío total... ¡nada!

“¿Was spricht die tiefe mitternacht?”

Busco en mis venas, solo encuentro sangre... aire en mis pulmones y desperdicios en mis intestinos, pero no encuentro voces, ni partículas tuyas, ni siquiera esperanzas...

“Ich schlief, ich schlief”.

Busco por todas partes, en los segundos, en los minutos hechos de segundos, en las horas hechas de minutos, en los días de horas, en los siglos eternos de los días y no encuentro... Tal vez queda un recuerdo, o dos o tres, debilitándose encadenados al muro áspero y frío del olvido.

“... Aus tiefem Traum bin ich erwacht:...”.

¿Sueño, soñé, soñamos? Tal vez sí, tal vez no. El tiempo se encarga de respondernos, esperemos... se acerca el tiempo de la plenitud. Se escuchan ya las alboradas de los gallos, se vislumbra el resplandor del sol tras las montañas. Una última nube, rezago de algún día de lluvia, se desvanece a toda prisa para no estorbar con su cuerpo el resplandor del sol tras las montañas, sobre ellas, encima de ellas...

Atrás va quedando derrotada la noche, con su llovizna fría, con sus sombras, con sus amenazantes hordas de fantasmas...

“¡O Mensch! ¡Gib acht!”...

Escucha, escucha que las voces se alejan, la distancia es mayor, el tiempo es breve... Escucha, escucha que el silencio de la noche te espera y las sombras...

“¿Was spricht die tiefe Mitternacht?”.

Diciembre 11/73

I won't last a day without you... Si todo fuese tan sencillo que la pérdida de un ser representara, como en la canción de Diana Ross, la propia desaparición, sin saber del proceso lento y corrosivo del olvido, de evaporar la sustancia que antes brilló por la mente y que ahora se decanta como un sedimento nocivo y deprimente. Si todo fuese tan sencillo que nuestra desaparición acabase de un golpe un proceso de construcción de una existencia precaria y tambaleante, pero indispensable y anhelada como la única oportunidad de crear con voces y palabras, líneas y colores, sonidos y pensamientos, el mundo maravillosamente grotesco y absurdo —pero, al fin y al cabo, el único disponible, tangible y real que poseemos y poseeremos—, no habría necesidad siquiera de escribir estas palabras; solo habría que sentarse a esperar que todo acabase por sí mismo.

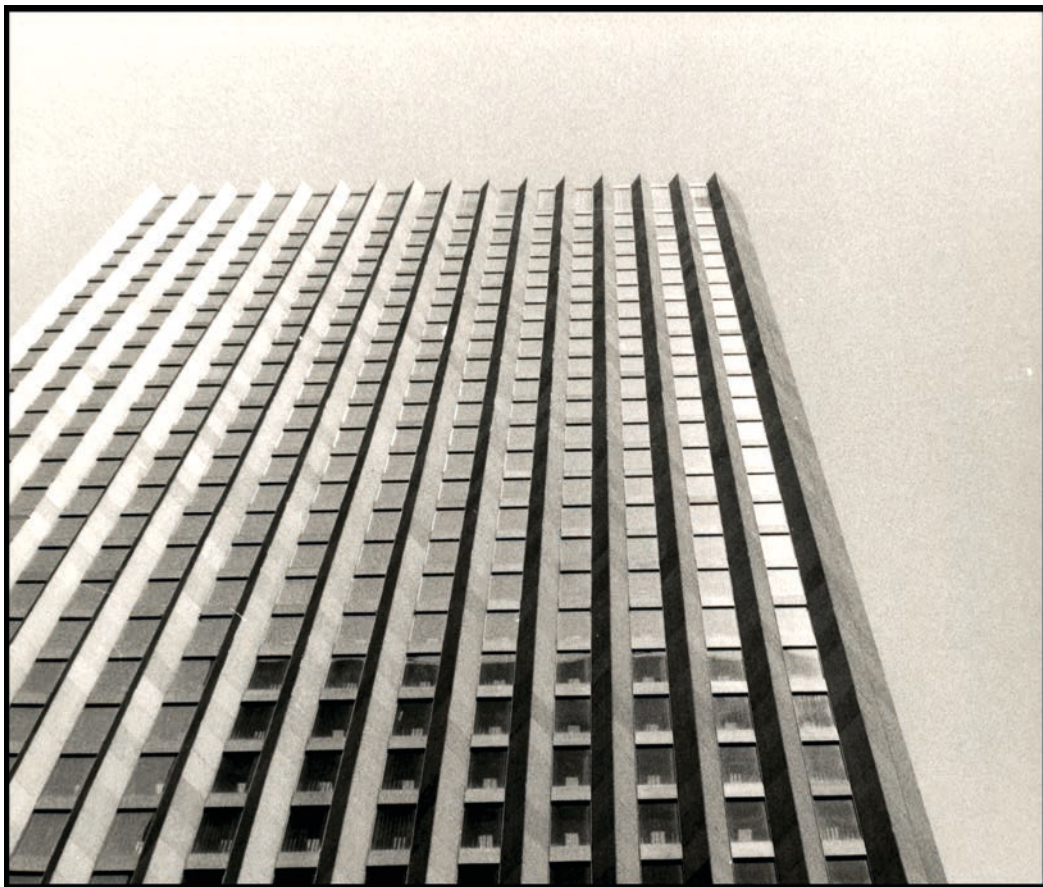
I will last many days without you... Sobrevivir es la palabra. Sobrevivir sin dejar que una pérdida, cualquiera que sea, nos desvíe de una ilusión, de cualquier sueño, de una realidad que ofrece todos los días millones de alternativas y de salidas. Sobrevivir y hacerlo con todo el resto de digni-

dad humana que nos queda todavía, como náufragos que aprendieron a nadar mientras otros no quisieron hacerlo y de vez en cuando se agarran de nosotros haciéndonos hundir con ellos en un ahogarse desesperado. Cada vez que alguien se hunde, alguien más cae al agua y nos acompaña otro trecho del océano infinito, lleno de cabezas y brazos que manotean salpicando de agua el mismísimo cielo y buscan una orilla donde descansar, donde permanecer un momento o todos los momentos, donde olvidarse de todos los demás y de sí mismos.

Diciembre 18/73

Espero... después de ir y venir, de decir y de gritar, espero. En el tiempo se han clavado estacas, y tendido hilos, se han dejado hitos, para que ahora suceda algo. “Todo vai mal, todo...”. Todo está mal, todo está muerto, todo yace entre lodos y cenizas. “Todo é certo, como dois e dois são cinco”. Como una matemática implacable, todo llega al punto cero, se aproxima, aun no lo toca. Espero... Que todo lo que acaba no acabe. Que todo el camino no conduzca a un punto muerto, que conduzca a algo, que no termine sino que continúe, dando vueltas, devolviéndose y volviendo a llegar a puntos que ya pasó, para superarlos. Que todo sea como la voz de Gal, infinita, sin tiempo ni espacio, solo presencia. Espero y quiero. El querer que todo continúe ya no parece estar en relación con mis poderes, ya se han superado mutuamente. Ahora solo queda esperar y confiar en la voluntad de otros, en mi deseo, en su esperanza. Si estos no existen, todo acabará, llegará al punto cero, desaparecerá y será después, solo un recuerdo indiferente, un momento superado. Se esperó y se quiso construir un mundo, solo quedaron vestigios de palabras y de hechos, sombras, y una ansiedad casi cósmica, casi infinita, que quiere y espera saciarse con palabras y hechos, desalojar las sombras, abrir todas

las ventanas a la luz y fundirse ante ella. Todo está listo, la puerta está entreabierta, la luz está encendida, la voz de Gal nos espera... No dejemos que todo acabe, no dejemos...



1974

la nostalgia del arte.

Escuchar y pensar en lo que no se ha hecho. El dolor de la
bellera escuchada. O ver un poco de color, un poco de luz, un
poco de volumen y sentir esa angustia curiosa de la
duda entre ser espectador o artista, entre quedar de
este u otro lado de la línea divisoria... si la hay.

la nostalgia de una tarde gris en Bogotá...

ay Bogotá grisácea. ay calles sucias, cielo sucio empañado,
gotas de agua cayendo estúpidas en vez de levantarse!..
Gentes grises violentas, aserinas furiosas... Gentes sin sonrisa
aturdidas ante su propio frío. Gentes en villas y escritorios
que sumen su burocracia amestia y apenas logran
romper sus telarantas al moverse... ay silencio de tantas
voces ácidas que corren lo poco que sobrevive.
Un camo de helados pasa repicando campanas que no
acaban la tristeza.....

la nostalgia del ser.

Los espejos aseguran que hay un cuerpo, los ojos y las
voces de personas ratifican la presencia... Pero hay un
grave acento en el pensamiento: acaso ~~seré~~ ^{seré} cierto?
No hay obras de arte, ni campanas de helados dentro
de la cubierta... Hay angustia y dolor por no saber
llegar a un estado de ser.

Quizá haya remos, furia, pereza....

No ayuda al dolor! la permanente herimilitación es
tan sólo el insulto al cuerpo, a los ojos y voces que
quieren confirmar ~~se~~ que 'somos' sin serlo.

Pianissimo.

la vida se desliza..... aquí hay arte, ~~allí~~ hay muerte,
de este lado se abre la calzada de lo hecho, de este
otro está el puente de las ideas, todos los caminos
ván en todas las direcciones.

Nostalgia del tiempo perdido... ahora y después

Enero 20/71

La marihuana y la lucha de clases...

Durante muchos años la marihuana fue usada en Colombia únicamente por los desarraigados, los miserables, los harapientos y los integrantes de los más bajos estratos de la sociedad. Las clases altas la miraban horrorizadas, la rechazaban y la consideraban como el signo de la peor degradación humana.

Ahora la marihuana es usada por la clase alta. ¿Qué fue lo que hizo cambiar tan rápidamente una actitud? Existe, obviamente, toda una serie de factores de común ocurrencia en el mundo que abrieron las puertas a su utilización como medio de desahogo de las presiones acumuladas durante centurias, especialmente en las sociedades industriales. La marihuana apareció como una sustancia que podía incorporarse a toda una reacción contra las vastas maquinarias imperantes, contra la guerra, la producción industrial, la educación, la represión sexual y, en general, contra todo un sistema establecido de valores materiales y morales. A Colombia, sociedad no industrial, llega esa reacción precisamente a los grupos identificados de algún modo con las grandes sociedades occidentales: los hijos de los industriales, de los comerciantes, de los amigos y de los artistas de cualquier cosa; al mundo de los ricos aristócratas que sienten su poder en quebranto y que, acostumbrados a no hacer, no aceptan la competencia de los que tratan de subir... La marihuana entra como elemento de escape, debilitamiento y angustia para aquellos que lograron superar de algún modo lo urgente y necesario. De los estratos más bajos asciende a los más altos y se coloca al lado del whisky escocés, la ginebra inglesa, el vodka ruso y los vinos del Rin y de Francia; se vuelve un elemento socialmente aceptable y muy indicativo de una actitud moderna hacia el mundo. Iguala aparentemente al hijo del político, ad-

ministrador, terrateniente o comerciante con esos seres desarraigados y empobrecidos que antaño se llamaron despectivamente marihuaneros.

De la angustia de escribir...

Este desasosiego interno, este momento de soledad, este sonar de la lluvia en todos los planos del espacio; el crepitar del fuego, la extinción de un adagio de Albéniz y el comienzo de un rondó; el teléfono que no comunica, el timbre de la puerta que no suena; esta mente que no cesa de pensar y de imaginar; este laboratorio que analiza palabras y gestos de todos los días e inventa toda suerte de falsedades que explican aquello que no se explica a sí mismo o cuya explicación no se quiere aceptar; este silencio repleto de ruidos y sonidos, pero carente de las voces que se quieren escuchar; estas listas interminables de personas, direcciones y teléfonos que hablan de voces que se pueden oír, siempre y cuando uno quiera... Este libro y aquel, esta idea que brilla y trata de cobrar apariencia y forma para que alguien la tome y haga algo con ella; este sopor de afectos que quieren explotar y no encuentran su víctima; este deseo inverosímil de amor; este constante ir y venir por pasillos y encuentros, por un momento de sexo contra muchos que se hacen a un lado cada día, contra muchos que esperan en algún punto fuera de este espacio donde uno espera y quiere que siempre aquello buscado se encuentre, que nadie se defraude —y siempre se defraudan— y enarbolan banderas de indiferencia... Este sentarse y levantarse sin objeto, sin posibilidad de hallazgo; este precio de no morir que se llama vivir; este largo sendero por aquí y por allá que una vez muestra el sol y otra, la sombra; este salto perpetuo al océano perpetuo de la soledad, la brusca, la metálica, la temida y la amada, que está aquí y corre a la esquina; allá la encuentro y con ella duermo, con ella tomo el teléfono y marco cualquier número. Siempre responde con voz de hombre, mujer o niño, porque mi anhelo va mucho más allá de lo que recibo de hombres, mujeres y niños; porque

nací insaciable y solo recibo mendrugos, piltrafas, entregas incompletas y mezquinas que corren a refugiarse en sus cosechas de individualidad abortiva, de creatividad anticonceptiva y estéril...

Este latir perpetuo de una fiebre que no tiene remedio porque nadie lo ha inventado ni lo podrá inventar... Este saber lo que aún nadie sabe.

Enero 26/74

El tratar de conocer a un ser humano... Empresa privada, difícil, a veces imposible, a veces alegre, a veces triste, a veces soberbia o humilde, a veces destructiva...

Un riesgo inmenso se corre; el riesgo de encontrar o no un vestigio de humanidad dentro de un objeto, a veces bello, a veces feo, llamado cuerpo. El riesgo de que el objeto y su contenido sean como los de una sinfonía o como los de un cadáver. La angustia se presenta acompañada siempre por la duda: ¿será una sinfonía?; ¿será un cadáver?

Cada persona es un presente, un pasado y un futuro. Lo que realmente importa es su presente porque éste es la construcción paulatina del futuro; en él existen la decisión, el propósito, la idea, la alegría y la tristeza, el interés, el amor, todo aquello que conforma la materia prima del futuro. Las promesas y las expectativas son meros espejismos, son banalidades que no reflejan nada a excepción de alguna capacidad imaginativa y verbal. La persona está hecha de presentes y en ellos encuentra uno sus apoyos y sus vacíos.

El pasado es apenas el presente almacenado en forma de testimonios y de recuerdos. Lo que fuimos antes ya no lo seremos nunca, si fuimos niños, seremos ancianos; si fuimos inocentes, somos y seremos cono-

dores de la vida; si fuimos alegres y despreocupados, somos y seremos vulnerables a la alegría y a la tristeza. El pasado es una buena colección de madera, nostálgicamente repartida entre nuestros espacios y nuestra memoria. Cuando llegamos a él, nos sumergimos en lo que fuimos porque estamos inseguros de lo que somos y seremos, o simplemente para ratificar de un modo u otro nuestra transformación, para estar seguros de que vamos hacia algún punto, que no estamos a merced del destino, que aún estamos dispuestos a vivir.

Conocer a un ser humano... ¿La más bella experiencia existente? ¿La máxima manifestación de la belleza? ¿Mejor que Beethoven, Mozart y Mahler?

Febrero 3/74

El mundo debe ser una perpetua fuente de placer, no solo físico sino mental. Erotismo es usar el cuerpo y la mente como un binomio articulado, en el cual uno y otra suministran los medios para engendrar placer y para disfrutarlo. No es el cuerpo el productor y la mente el receptor, puede ser una mente productora y un cuerpo receptor. El deambular de uno y otra en el universo es un proceso constante de gusto, de placer perpetuo... Su objeto es el universo entero; su escenario y su audiencia. No hay límite alguno para el erotismo. Todo existe y es posible, aun lo incongruente.

¿Quién nos puede asegurar que Tchaikovsky no experimentase un orgasmo perpetuo al imaginarse su Manfredo? ¿Quién nos asegura que Manfredo no fue para el músico la imagen de un objeto amado con el cual disfrutó de un placer infinito? ¿Quién puede convencernos de que un poema no supera los límites de lo físico y alcanza el estado perfecto

del placer? ¿Y quién puede decir que el contacto de dos cuerpos humanos no es un problema tan complicado de creatividad que hasta las mismas perversiones comunes no pasan de ser simples fórmulas convencionales de conducta?

¿Y entonces, el sexo, donde queda? Allá, en el santuario del temor, en el laberinto de lo simple, de aquello que solo puede situarse al mismo nivel de la defecación o del rascarse donde pica...

La sociedad erótica, sin limitantes, sería el mundo más divertido que es posible imaginar. (Imaginar, siempre imaginar, siempre articular la realidad de otra forma...). ¿La sociedad de las sonrisas? El mundo del placer de dar la mano, de topar otro cuerpo, de mirarse, de escuchar, de sentir el frío y el calor, de ver el color, de ver la forma... El mundo en el cual dos seres cualesquiera pueden, en cualquier momento, disfrutar de sus cuerpos sin temor de aniquilarse a sí mismos, sin ese miedo constante a un compromiso forzoso e indeseado.

El erotismo no es ausencia de compromiso humano, es solo la posibilidad de dar al compromiso un sentido y un valor y poder de esa forma, comprometerse con todo el universo...

Febrero 9/74

Otra vez algo se extingue; otra vez algo comienza... otra vez se van completando los requerimientos de una etapa y se van gestando los principios de otra.

Se vislumbra algo... a través de las sombras, y de la lluvia existe un sendero que conduce hacia la luz y el calor. Deambulo sin ver todavía las huellas de mi esperanza impresas en el suelo blando y enlodado del pasado. La lluvia me ensordece y tambaleo y resbalo y caigo encima de

una roca filuda que me hiere y mi sangre se revuelve con la lluvia y el barro para constituir la materia fundamental de mi sendero.

Creo haber buscado... Creo desear esa búsqueda. Pero temo haber cerrado muchas veces los ojos y haber perdido un destello de la luz que persigo. No sé si los pasos ya dados van hacia ella o me devuelven a las sombras. La lluvia no permite escuchar las voces de quienes desean truncar al mismo tiempo su luz y su calor. No puedo verles; la oscuridad lo impide. Solo de vez en cuando percibo sus siluetas y algunas veces oigo, sí, oigo palabras que gimen, palabras que agotan, palabras que brincan y palabras que ríen. No sé quiénes las emiten, solo sé que se dirigen hacia mí, que quieren definirme para dar una base a mi incertidumbre,... Pero, ¿cómo hilvanar la imagen de uno mismo a base de palabras? ¿Cómo distinguir en ellas las sinceras, las interesadas, las egoístas, las venales? ¿Cómo saber si brotan de un amor o de un odio?

Se vislumbra algo... Puede ser apenas una alucinación, un espejismo de un cerebro enfermo, de un cuerpo, que de tanto estar solo, imagina tener compañía... Se vislumbra un lugar seco, cálido, iluminado por el sol... Un lugar donde se puede descansar unos momentos antes de proseguir.

Se vislumbra también la necesidad de seguir. Se sabe, poco a poco se sabe que ya no hay descanso permanente. Se sonrío al pensar que seguir implica muchas veces pasar por encima de ese afecto que ahora nos invade, que seguir significa estar solo.

¿Dónde te escondes? Te busco y no encuentro ni un rastro de tu persona. ¡Mierda! Si este juego no es solo mío sino tuyo. Si es juego mientras existan jugadores, que hagan trampa, que utilicen ardides, pero que estén presentes y participen.

¿Dónde te escondes? ¿En tus misterios? ¿En tus temores? ¿En tu desprecio? ¿En tu ausencia? A veces creí hallarte en un rostro o en otro, a veces aquí, a veces allá, en cualquier parte, en un día cualquiera. Hasta ahora solo sos un espejismo. Y no se puede continuar ya más esta persecución de ilusiones.

¿Tú acaso crees que vivir es tu defensa y tu argumento, que vivir es solo tuyo, propio tuyo, aislado o escondido de otros vivires? ¿Y qué se obtiene? ¿Qué posible satisfacción existe en esa experiencia? Si vivir fue solo de uno mismo, bastaría con cerrar los ojos y sentir la palpitación del organismo para estar satisfechos. Bastaría sentir la alegría o la tristeza y absorberla en los tejidos del cuerpo para realimentar el proceso de existir.

¿Crees acaso que no es posible dar y recibir en un permanente ascenso? ¿Crees que no se da ni se recibe sin perder parte de uno mismo? ¿Qué dar y recibir son meros ejercicios para evitar el aburrimiento? ¿Crees acaso que vivir es solo la interminable lucha contra ese mismo aburrimiento?

Si así fuera, no podremos nunca encontrarnos. Yo seguiré buscándote, tú seguirás huyendo, amparando tu fuga en una persona aquí, en otra persona allá, maniqués vivientes que solo sirven para albergarte temporalmente. Tendrás muchos rostros diferentes a los que ya has tenido, tendrás muchas voces y muchos ademanes y siempre que crea haberte hallado, escaparás, corriendo, continuarás la marcha y yo continuaré detrás.

Tu lucha y mi lucha serán perpetuas. Estaremos atados para siempre. No dejaré de buscar, no dejarás de huir. Quizá un día, uno de los dos se sienta fatigado y se detenga... ¿Serás tú? ¿Seré yo?

Febrero 18/74

El discreto encanto de lo inesperado...

De repente, el mundo abre las puertas y permite entrar. Sí, en un momento el horizonte se expande y un territorio luminoso, inusitado y lleno de energía se ofrece al alcance del deseo de llegar allí, de disfrutar del sol, las flores y las brisas que lo recorren en todas direcciones.

En un momento se superan unas pocas barreras. En otro momento se superan otras; vamos hacia adelante... Ya se pueden definir unos contornos del paisaje futuro, ya se aclaran límites y posibilidades. Sin embargo, quedan todavía cosas que remover, basuras que desechar, temores que vencer y muchas falsas imágenes de uno mismo que demoler.

Todo sucede, habitualmente, en contra de lo previsto. De nuevo las oportunidades y los hechos son casuales, no fueron pensados así, no fueron siquiera esperados. ¿Será acaso que la supervivencia se formula como algo jamás previsto?

En el aire de la mente flota un vaho de presagios que aún no obtienen forma. Presagios de vida y presagios de muerte. Los sueños ahora se pueblan de seres desconocidos que ofrecen mundos inexplorados por descubrir y por vivir. Los seres conocidos no aparecen ni en sueños ni en la realidad. El universo vuelve a ser un enigma, hay necesidad de comenzar de nuevo su descubrimiento y mi gozo y mi olvido.

Hoy, por ejemplo, es un buen día para volver a preguntarse: ¿todo esto verdaderamente vale la pena? ¿Pensar en otras personas más allá de su presencia y de sus actos vale algo? ¿Pensar en lo que haremos dentro de unos años representa una esperanza o apenas una estupidez?

Tres años he vivido aferrado a una esperanza... Hoy, cuando la puedo realizar, me doy cuenta de su banal trascendencia, de su falsa importancia y de su importancia verdadera... Hoy, quizá por un segundo, estoy en paz con el tiempo y el espacio... Hoy entiendo... hoy, quizá por un segundo disfruto del infinito encanto de existir...

Febrero 21/74

El arte idiota de darse en las narices contra el mundo...

Una vez más fallan las compuertas que contienen la ira y la desilusión... Se produce una avalancha interminable de pensamientos y de sentimientos que brotan por todas partes: ojos, boca, manos, pies... somos un torrente de palabras, mordaces e hirientes, de actitudes desagradables, y de idioteces.

¡Y uno que dice estar combatiendo la estupidez se convierte en el perfecto estúpido!

¿Qué se logra? Muy simple: una noche de insomnio, barajando una tras otra, las palabras ya dichas, que no debieron decirse y las palabras no dichas, que debieron decirse. Una invasión completa de tristeza en el terreno de la tranquilidad, la nostalgia increíble por algo que aún no ha sucedido y que tal vez nunca habrá de suceder... la esperanza de que algo suceda, sin importar qué sea.

Entonces, al cabo de unas horas, se pregunta uno: ¿acaso el problema está en mí? ¿Debo acaso olvidarme de aquello que siento y creo vivir, para aceptar todo tal como viene? ¿Debo acaso pensar que yo soy quien se equivoca en un mundo en el cual todos están obrando sin equivocarse?

¿Será por casualidad, mi propio desequilibrio el que se proyecta al mundo que percibo y todo aparece como equívoco, fuera de foco?

Si es así, ¿entonces qué alternativa queda? Aceptar todo tal como viene y no tratar de cambiar nada... ¡Eso, puesto en palabras elegantes se puede calificar como el ser ecuánime, como el ser verdaderamente equilibrado, que puede superar su propio estado y aceptar todo como es!

¡Lo único malo es que esta alternativa parece, a simple vista, demasiado cómoda y por tanto aburrida!

Entonces, es quizá preferible continuar dándose en las narices contra el mundo, aunque temporalmente sea a solas, con una gran tristeza metida entre los ojos y con un inmenso deseo de que esto acabe.

Febrero 22/74

Variaciones sobre la incomprensión...

De la comprensión surge la incomprensión. Parece absurdo pero es cierto.

Del mismísimo hecho de comprender por qué suceden las cosas, nace la defensa hacia esas causas; el deseo de transformarlas para que las cosas sucedan “mejor”. Esto se califica de incomprensión.

Quizá sea un poco diferente, en su naturaleza y en su origen, de la incompreensión vulgar, común y corriente: aquella actitud que se niega a encontrar las causas de los hechos y, por tanto, se atrinchera en barreras preestablecidas, inmóviles y absurdas. Pero su efecto final es similar: se trata de que algo no sea como es ahora; que se doblegue, en un caso; que se libere, en el otro, de sus causas y conflictos para proseguir un camino diferente.

¿Y de dónde nace esa certidumbre de lo erróneo? ¿Cómo podemos afirmar que un proceso humano es o no acertado y congruente? ¿Quiénes somos nosotros para atrevernos a decir: “Esto está equivocado; esto no está en lo correcto”?

Muy sencillo: nuestra propia imagen o una imagen inventada: Dios; el demonio; el Che Guevara, Allende, los Beatles; los Rolling Stones, Marx o quien diablos sea, se interpone entre nosotros y el universo. Nosotros, cualquiera de nosotros, llevamos una neblina a nuestro alrededor y a través de ella encontramos las personas y las cosas. Si personas o cosas se asocian a nuestros intereses, las tomamos como correctas, acertadas y hasta perfectas. Si, por el contrario, se oponen o contradicen nuestras ideas e intereses, damos el grito de guerra y las calificamos de equivocaciones y mentiras. Cada uno de nosotros lleva a cuestas una verdad y con ella combate el universo y se defiende de él.

Por eso, a pesar de muchos intentos por comprender el mundo, en busca de apoyo a esa verdad nuestra de cada día, caemos en el inevitable vicio de tratar, con personas y cosas, de transformarlo para que actúe de acuerdo a nuestros deseos, a nuestras ideas, a todo aquello en que, por casualidad o consecuencia, llegamos a creer.

Febrero 22/74

El arte de amar... ¿a quién? ¿A qué? ¿Cómo aprenderlo?

Yo sé que he comprendido el arte de la música, el arte de pintar, de esculpir, de poner en palabras la experiencia...

Pero aún no comprendo el arte de amar.

Y el muy bandido de Fromm aparece con todo un libro en el cual pretende definir y dar las pautas de arte tan complejo, de arte tan supremo y tan importante que aniquila cualquier otro arte existente.

El problema es muy simple: existe la necesidad de amar: cualquier cosa, cualquier persona.

Es como la necesidad de expresarse, como la necesidad de respirar, como la necesidad de alimentarse...

Esta necesidad requiere, como es obvio, una acción: hechos que la satisfagan, sean palabras, caricias o simples esperanzas.

Se quiere amar y, sin embargo, no se puede.

Y no se puede porque existe un filtro que regula el entrada y salida del amor. Ese filtro, difícil de definir y difícil de entender, se compone de un yo, unos objetos, un espacio y un tiempo, en cualquiera de sus posibles combinaciones.

A veces se ama mucho más a los objetos, por ejemplo. Uno ama el espacio, el tiempo o el yo, el conjunto de lo que se ha heredado, de lo que se ha adquirido y de lo que se ha deseado adquirir. Entonces, el amor o aquello que parece serlo, es un flujo que, al pasar por el filtro, adquiere dirección, adquiere forma y ya deja de ser universal, inmenso y poderoso.

so, para convertirse en una hebra frágil y susceptible de desviarse o de anularse ante el primer obstáculo que se interpone en el camino.

El arte de amar quizá es solo el arte de saber sortear obstáculos con esa hebra frágil, de saber detenerse y callar, de saber avanzar y decir.

¿Cómo diablos puedo yo, torpe por naturaleza, manejar mi débil amor?
¿Cómo puedo con una sola hebra, tejer el tapiz?

Marzo 19/74

La cara de la muerte.

La vi, frente a frente. No esperaba hallarla pero la hallé. Me miró sin mirarme, con una expresión de sorpresa o de ensimismamiento en la visión de algo que estaba mucho más allá de mí.

Vi cómo la cara de la muerte es mi misma cara, o la cara de cualquiera de nosotros. Está dentro y nunca afuera; es la más grotesca de todas nuestras caras, y por ello la tememos, por ello no quisiéramos nunca que se viera.

Vi como el rostro físico de un ser pierde su apariencia de ser y se convierte en parte de un objeto pesado que está vacío. Nunca sabemos qué lo llenaba como sustancia, aun cuando sabemos que esa sustancia producía todo lo que denominamos humano: amor, ideas, propósitos, esperanzas y desesperación. Todo esto se escapó en un momento y el objeto vacío recibió la cara de la muerte para continuar el proceso, esta vez en dos planos distintos: uno conocido, el de la desintegración física, el volver a ser elementos casi puros que, gracias a la idiotez humana, solo pueden aprovecharse para la génesis, crecimiento y muerte de unos cuantos gu-

sanos. El otro, el desconocido, es nuestra verdadera atracción y temor. Es la razón de Dios, es la causa de ritos y adivinos; es el temor y la esperanza.

La cara de la muerte no nos dice nada, absolutamente nada, acerca de este proceso. No revela si existe algo después del momento crucial o si no existe nada. Si nuestra existencia, como la de cualquier aparato mecánico, se suspende al detenerse la maquinaria y después solo queda el objeto destructible, adiós al amor, a las ideas, a los propósitos y a las desesperaciones... La vida es un proceso mixto, un proceso autónomo de la muerte, que debe tener todo en sí misma para ser completa, porque no existe una segunda oportunidad ni siquiera la esperanza de una prórroga.

Marzo 29/74

Después de la muerte...

Cuando encontré tu rostro, cuando sentí tu peso, cuando besé tus labios y cerré tus ojos abiertos, muerte amiga, muerte hermana, sabía que todo terminaba y que todo comenzaba de nuevo al instante siguiente.

Ahora, cuando todo termina y todo comienza, la existencia atesora fragmentos del pasado. Tú llegaste como un hecho esencial, fundamental e irrevocable para dar la respuesta que pedía. Tú has abierto mis ojos y has mostrado todo aquello que me había empeñado en ignorar. Ahora, con los ojos abiertos, añoro la inocencia de mis ojos cerrados; añoro la extraña felicidad de mi ignorancia, de estar en medio de una esperanza, una ilusión, una posibilidad enormemente rica.

Tú me has despojado de mi atavío de fantasías y me has colocado des-

nudo en medio de la más absoluta realidad. Siento miedo y al mismo tiempo mi cuerpo está tenso en espera de la lucha... Acepté tu desafío y quiero concluir de una vez por todas mis desoladas batallas sin enemigos. Me has retado a vencerte y quiero sobreponerme a tu reto con mi existencia, a pesar de saber que tú ganas.

Ya no quiero pensar en muchas cosas. Tú has quemado mis pensamientos con un fuego salvaje. Ahora quedan cenizas por doquier, pero entre ellas nacerán flores que llenarán de aromas y colores mis días y mis noches, para seguir viviendo. Poco a poco crecerán ilusiones y florecerán y algunas darán frutos... Se llenará mi cuerpo de punzadas nerviosas que harán vibrar todos mis afectos y mis emociones. Me vestiré de gala con fantasías, veré maravillas a mi alrededor y sabré que, una vez más, te habré relegado hacia tu rincón oscuro y frío, donde aguardarás mi llegada.

Muerte, de ti ha de nacer vida. Tú serás la fuente de la cual nutriré mi existencia por unos cuantos años.

Abril 2/74

Tras el largo silencio de la muerte... Llevo muchos días tratando de construir un mundo que denomino nuevo, que califico de distinto. Anoche apareció el cadáver de mi padre en mi sueño, tratando de parecer vivo, clamando por su vida que ya no existe. Todos los días, muerte y vida se confunden dentro de una sola mezcla de acontecimientos semejantes... ¿De dónde diablos puede salir algo nuevo y distinto cuando todo parece confundirse en lo mismo?

Lo único distinto de la vida es la muerte, lo único distinto de la muerte es la vida. Eso es lo fundamental y lo importante.

Quiero dejar atrás todo aquello que no se ha corroborado con los hechos. Quiero dejar atrás las promesas y las palabras. Los hechos han triunfado sobre todas las imágenes: donde no había nada hubo mucho, donde había mucho ahora no hay nada. Los hechos aplastaron las promesas y las ilusiones, pero dejaron cosas tangibles, que se vieron, oyeron y sintieron. Los fantasmas ficticios han huido, dejando el campo a los fantasmas reales: lo prosaico y vulgar; la burocracia, el dinero, el trabajo, todo aquello que se pesa y se mide. La angustia ya pasó para dejar libre el campo a la inquietud elemental.

Atrás quedaron muchas cosas... las cosas que fueron importantes cuando estábamos envueltos en la niebla de la desorientación y la desesperanza. El sol que ahora brilla es un sol pálido pero es sol, al fin y al cabo, e ilumina todo aquello que no se veía, mostrando con precisión insuficiente los detalles. El sol es bello pero muestra demasiado claramente la esencia de las cosas, sus colores verdaderos... unos colores son más bellos que otros, a pesar de haberse parecido en la niebla.

Tras el largo silencio de la muerte apenas queda el apasionante bullicio de la vida.

Septiembre 18/74

Nostalgia del mar...

Su infinitud finita, su voz inarticulada que repite el mismo ritmo, su volumen de agua que es verde, de verde que es agua, de arena que es verde y agua y arena; su estúpida terquedad, su ternura o su violencia.

Nostalgia ilimitada del mar, dentro de un ser de montañas, de verdes manchas de trigo, de doradas manchas de trigo, de silencios envueltos

en neblina y de neblina que transporta silencios, de fríos ventisqueros, de pálidas nubes blancas, de grises nubes pálidas o negras lluviosas que desploman el infinito en aguaceros.

Nostalgia ilimitada del vaho salobre, del sabor a sal, del agua salada; del calor, del ardor de la arena, del quemante reflejo del sol, del sol mismo, hecho luz, hecho brillo, hecho reflejos que van y vienen, vienen y van, se entrecruzan, se chocan, se destrozan en millares de gotas, cada una un sol diminuto, cada una llevando su sabor a sal, su ardor, su brillo, mil sabores, mil ardores, mil brillos...

Nostalgia de la libertad.

Nostalgia del vagabundear por una playa desierta en el desierto, sin voces, sin miradas, testigos, sin presencias, sin ritos de cortesía o de interés; por un paisaje azul y arena, por la arena caliente que cubre a las huellas, por un aquí a un lado y otro aquí encima, por un aire, por una soledad absoluta o casi absoluta, interrumpida apenas por la presencia propia, por un silencio lleno de sonidos, interrumpido apenas por las voces internas que no dejan de hablar.

Nostalgia del mar...

Septiembre 28/74

¿Energía, energía, tú también hija mía?

¿Energía, energía, dónde te puedo hallar? ¿Dónde puedo buscarte? Te agotas, poco a poco... Estoy en un vacío y difícilmente encuentro la fuerza que desnuda toda la expectativa de vida que aún me queda... un día, una semana, un año o veinte, o treinta...

Cada día que pasa es un desgaste, un despilfarro, una mengua en las reservas... No basta el sol, no basta el aire, no basta el ruido del río ni el gotear de la lluvia... No bastan las personas, ellas absorben y no devuelven, ellas piden pero no dan... No bastan las páginas de un libro, las imágenes de una película, la nota de la música... No llenan el déficit, no dejan sedimento vital, no permiten nada...

Necesito paisajes, lenguas, ciudades tumultuosas, gentes abigarradas, gentes transeúntes por mi existencia, gentes que hablen, piensen, creen, busquen, estén perdidas o hayan trazado huellas en paisajes, lenguas, ciudades y gentes... Necesito salir de este castillo que cada día se cierra; necesito abrir puertas y ventanas, ventilar las cobijas, espantar piojos y pulgas de esos que ahora chupan sangre y producen picazón en todo el cuerpo...

Entropía, entropía, no puedes ganarme. No puedo dejarte triunfar sobre mi esperanza; no puedo permitir que asfixies mi desesperación por algo que no encuentro, por mí mismo, por el universo, por el infinito; por lograr domesticar lo conocido y transformarlo en sustancia creativa; por adentrarme, un paso tras otro, en la neblina de lo desconocido, luchar con ello y absorberlo, incorporarlo en mi ser genérico; ser partícula y universo, uno y todos, las veces que sea posible.

Energía, energía... ¿dónde te puedo encontrar? ¿Será que es hora de convertirme en mi propio reactor nuclear? ¿Será posible? ¿Será que ya no es necesario el paisaje, que son necesarias lenguas abigarradas, ciudades tumultuosas? ¿Será que al fin soy todo ello?

Noviembre 7/74

Como si la vida fuese tan solo una sucesión de años y de edades: infancia, adolescencia, edad madura, vejez... Como si uno no fuese niño siempre y siempre anciano; niño que aún aprende cosas maravillosas del universo, anciano que se sienta a contemplar el trayecto recorrido y, con una risa o una lágrima, entender que hay un fin, que tarde o temprano ese fin habrá de llegar.

Como si la vida fuese tan simple como una cronología de días y de meses y de años y de un día cualquiera cuando nacimos y del recordar cada año ese evento memorable con una sonrisa y una lágrima... la frágil estructura de la felicidad.

Tan frágil que cualquier cosa la construye y cualquier cosa la destruye. La construye el más leve atisbo de esperanza; una ilusión, un anhelo... La destruye un gesto, una palabra, una intuición o una duda.

Dudo, luego existo.

Como si existir fuera solo estar a la espera de la verdad, de una verdad avara, de una verdad caprichosa que se disfraza de ciencia o de filosofía para infiltrarse en la angustia y disfrazarla de certeza...

¡Como si fuese tan sencillo destruir la angustia!

Como si la música no fuese ella misma el reflejo de la frágil felicidad y la soberbia angustia... como si no hubiese una sola nota que no difiera de una u otra, como si todo fuese solo un problema de acústica...

La angustia; vale decir la duda; vale decir la esperanza, vale decir la angustia... Carrusel de nosotros mismos que gira en torno a nosotros mismos y a veces mira el sol y a veces la lluvia y el día y la noche y la cara de alguien y mucha gente y mucha más gente que nos mira sin decir nada.

A la expectativa...

Todo puede suceder: cualquier cosa. Puede ser mañana, pudo ser hoy, ayer, la semana pasada... Aún no ha sucedido pero pronto habrá algo, algo nuevo, algo distinto, algo anhelado...

Así, día a día se construye la esperanza, se la reviste de colores, se la coloca en un lugar destacado de la vida y luego se sienta uno frente a ella, a observarla, a calcular las probabilidades de su realización, a definir algún detalle que desencadena... todos los días, cada día, todas las semanas y meses...

Esperar es mejor que tener. Mientras se espera hay futuro, cuando se olvida esperar por alguna realidad pasajera, solo hay presente, cuando se abandona la esperanza, no queda sino el pasado.

De modo que, al abrir cada día las puertas de la vida, y al cruzarlas para salir a la calle, se desempolva una esperanza cualquiera, del armario cada vez más lleno, y se guarda en los ojos, en los oídos, en las manos o en la mente y se transforma el día en aventura. Como si no bastara, cuando nuestra esperanza encuentra su objetivo, como asustada a refugiarse en un rincón para no desaparecer, clama por su derecho a existir, nos increpa ferozmente si queremos destruirla y nos hace mirar hacia adelante, hacia "algo mejor", hacia otro momento más propicio, hacia algo distinto de lo que esperábamos.

Esperar es un arte difícil, exquisito, completo y recto. Hay que saber esperar, acostumbrar el cuerpo y la mente a contenerse hasta cuando llegue la hora precisa, el instante oportuno, la circunstancia óptima... Es un largo proceso de adiestramiento afectivo, de retención emocional,

de tensión corporal, todo reservado para un florecimiento súbito, para el clímax de toda espera: el Encuentro.

Y es una lástima que personas como yo, poco diestras en tan complicado arte, a veces creamos sentir que se nos agota la paciencia y no logramos hallar aquello que hemos esperado por tanto tiempo.

Diciembre 25/74

Un perro mutilado que atraviesa cojeando una calle. El cadáver de un perro en un andén. Un niño que se envuelve en trapos sucios y se duerme en un rincón de una avenida. Una casa de papeles y latas. Un anciano sentado en una banca, mirando su miseria, su soledad, su insignificancia dentro de un mundo indiferente... Una mujer vomitando. Etc. ¿Es acaso este nuestro objetivo, nuestra razón de ser? ¿es acaso nuestra imagen ideal? Si la condición humana es esta: crueldad, indiferencia, miseria, violencia y opresión, es indispensable abjurar de ella, renegar de sus postulados y gestar una nueva condición en la cual la hipócrita sensiblería y la falsa bondad, la abominable caridad y la mentirosa libertad se sustituyan por humanidad genuina, por el universo dotado de significado desde la menor partícula hasta el más complejo problema.

Si la condición humana es la de un permanente arrastrar por obtener algún lugar diferente del que corresponde a un ser humano, si la exigencia de saber se antepone a la de sentir, amar, dar, crear, entonces hay que romper con esa condición, ser inhumano sintiendo, amando, dando, creando. Si la condición humana es indiferente hacia sí misma hay que sustituirla por otra que se respete y se dignifique por ser ella misma, porque sí, porque no hay otra manera de ser.

Si la condición humana es puramente utilitaria y solo busca aquello que le es útil, se exige hacer lo inútil, lo no práctico, lo bello, lo compasivo, lo respeto, lo intrascendente que enriquece en contra de lo trascendente que empobrece.

La condición humana es nuestro tema. Hay que hacer canciones, que hablen de perros muertos y niños vivos y ancianos que van a morir, de la patología de la angustia de vivir sin saber qué es vivir, de lo que se ofrece y de lo que se niega... siempre y cuando las canciones sean bellas, como si las hiciera Mahler, el gran compasivo de la condición humana.



1975

Tras la noche en vela...

Cuidando las armas para que no se extravíen... a la luz de la luna, a la luz de una luna sin luz, a la sombra de los fantasmas en flor... ¿Dónde estás? ¿Dónde te escondes? Mis armas, relucen ante los temerosos chispazos de las luciérnagas, remiáforos inquietos de la desesperanza... Te quiero, te quiero y te escondes tras las nubes que viajan en pos de mi esperanza de ver lluvia o de ver aire... Mis armas, relucientes, brilladas en una tarde de domingo con rayos de sol de junio, pulidas con fragmentos de atardecer y con residuos de lloviznas, mis armas, una sobre otra, formando signos cabalísticos, formando estrellas y mandalas y signos no registrados en los cabalísticos ensayos de explicación de lo que no puede explicarse... Mis armas yacen frías, ateridas, mientras yo las vigilo, las vigilo de sombras y de luces que puedan manifestarlas, de fantasmas, inhóspitos, de depredadores azules y purpúreos, de tu ausencia, del silencio que surge cuando calla tu voz... Te callaste y las sombras llegaron y ocultaron la luz de la luna que iluminaba los brillos de mi espada, de mi daga, de mi lanza y mi escudo. Te quiero, te quiero y te has ido y tu voz ya no se oye y tu recuerdo apenas comienza a gestarse en mi vientre y crecerá y nacerá algún día y será llamado el hijo del hombre y será admirado y vilipendiado y sufrirá por nosotros y será juzgado y será encontrado inocente y sin embargo le asesinarán, ~~lo~~ lacerarán su cuerpo y destruirán su espíritu y me despojarán del calor de sus manos y quedará sólo sin ti y sin tu recuerdo y sin tu voz. Sólo con las sombras que impiden que los rayos de luna hagan brillar mis armas para consolarme en sus destellos, para creer que ellos son la razón de vivir, que ellos te han de reemplazar, como si tu voz fuese reemplazable, como si tu aliento tuviese equivalente... El mundo me ataca, me destruye... Mi cuerpo cede a mi empuje, mis ojos ven ilusiones, te ven llegar, te ven tomar mis armas y revertiste con ellas y acercante sonriendo y tomar la daga, su punta tan aguda como el dolor que siento al recibirla en mi pecho, al sentir como atraviesa mis costillas y penetra gradualmente al corazón y le atraviesa y luego sale llevándose consigo mi vigilia, mi angustia, mi esperanza, mi fuerza... Te quiero, te quiero.....

junio 12 / 78

Las curiosidades acaecidas durante un largo período de silencio...

Entre muchos ruidos de día ya acabados, entre montones de recuerdos, de fragmentos de tiempo y de espacio constituidos en materia mental, sobresale una curiosa presencia: la incertidumbre.

De un estado de certidumbre, de predecibilidad, se ha pasado a un cúmulo de interrogaciones; de un estado de seguridad, de protección, se ha pasado a la incertidumbre de un azar, en sí, lleno de posibilidades.

El conocimiento que petulantemente se ostentó, que altivamente se esgrimió, ahora está sujeto a un proceso de depreciación, desazón y angustia ante la evasiva reserva de la verdad, la inmensa relatividad de la certeza y la idiotez de quienes ya poseen la verdad en grado absoluto.

Las obras que antaño fueron valoradas, las realizaciones en las cuales se creía haber alcanzado un punto de referencia, un hito, una cumbre, ahora no pasan de ser pequeñas ondulaciones en la planicie sin mengua de lo posible, salpicada de espejismos y de falsas señales que solo conducen a oquedades.

La expectativa de haber establecido un sistema distinto ha finalizado en el reconocimiento de haber permanecido siempre en lo mismo.

En pocas palabras, en la mitad (posible) del transcurso por este estado de cosas que se llama la vida, se ha llegado a concluir que las manos están todavía vacías, y que solo quedan como armas para el futuro cierta habilidad para gozar la belleza que existe, una incesante necesidad de amar, dar y recibir, un saber a quién (lo sabemos, pero en silencio) y una permanente esperanza de todo, de cualquier cosa, de lo máximo y de lo mínimo, de lo mucho y lo poco que es posible obtener y retribuir de este

universo peculiar, un tanto indiferente, un tanto ajeno, un tanto frívolo en que nos encontramos.

Luego, a comenzar... como si eso fuere posible, como si esta vez sí fuere a alcanzar lo que se espera, como si el pasado no indicara nada, absolutamente nada.

Noviembre 12/75

Extraño; un vicio viejo como yo; un vicio recurrente como los días de lluvia; un vicio que se olvida a veces, ha vuelto a aparecer... el descontento.

Dentro del orden de las cosas encuentro caos; dentro del ritmo monótono del tiempo encuentro incoherencia; dentro de lo que debe aceptarse encuentro lo inaceptable; dentro de lo que parece ser encuentro lo que no es.

Estoy tratando de descargar un mundo que cargué en un solo dedo hasta ahora, creyendo impedir su fractura. He descubierto que es irrompible y que mi dedo solo estropea mi transcurso hacia donde la gravedad atrae los pesos muertos.

Dentro de lo nuevo solo encuentro residuos, moluscos y mariscos, peces, vetustos fósiles de lo viejo. Dentro de lo que asombra encuentro lo prosaico; dentro de la sonrisa, el llanto; y dentro de la sinceridad encuentro mi grande y absoluto vacío, palabrería vana y necia.

Cambié mis ojos y mis oídos; cambié mi maquinita de discernimiento y mi tamiz de valores; cambié de ser y no me di cuenta... Tema y variaciones... ahora un adagio, antes un allegro; ahora su disonancia, antaño

su consonancia... El tema sigue siendo el mismo.

Dentro de lo posible encuentro una muestra de desilusión que impregna todo aquello que antes atrajo.

Dentro de la ilusión encuentro una sonrisa que indica todavía la presencia de algo de cándida expectativa; algo de milagro que pugna por crecer, por ver la luz, por gozar de cielos azules, de soles radiantes, de flores mecidas por el viento y aguas cristalinas corriendo entre rocas y campos. Su brote exige cortar las marañas que impiden mi crecimiento; exige abono y cuidados para que no perezca...

Extraño: en el descontento encuentro la rendija que deja vislumbrar la felicidad... Otra felicidad pasajera, como todas; otra felicidad inconsistente, precaria, incompleta, rara, pero al fin y al cabo presente... Extraño: quiero romper el muro, ampliar la hendidura, meter la cabeza a través de ella, el cuerpo, caer al otro lado, al lado donde encuentro lo que busco sin saber qué es.



1976

309 nostalgia de un sentimiento perdido....

Recuerdo cuando me sentí, el único sentimiento posible, el amor, nació, en el pequeño lapso de una mirada, en el mínimo instante de una sonrisa, en el momento de una palabra...

Quien ha dicho que uno sólo ama aquello que conoce? Falso! Uno es uno sólo, infinito reguero puede amar una incógnita, me ser desconocido... Puede amar todo lo que hay tras una cara, tras una figura apenas vista. La promisión del amor no requiere argumentos, requiere sólo posibilidades, sugerencias, augurios...

Recuerdo como en el corto lapso de unas horas se contrajo todo el universo...

Hoy el universo está lejano y sólo quedan sonrisas, miradas y palabras sin posibilidades, ni sugerencias, ni augurios. Hoy es como si ya se hubiese vivido todo lo necesario y sólo quedase ese tibio recuerdo que llena de nostalgia las sonrisas, las miradas y las palabras.

Noviembre 4/76

310



Noviembre 5/76

311 De repente el tiempo y el espacio ~~adquieren~~ adquieren nombre y apellido. Las nubes y el sol parecen rostros conocidos y la esperanza abre sus puertas de par en par.

Gracias a todo ello, parece posible constatar que se vive, que la sangre bulle por las venas, que hay aún risas y tristezas.

Encontrar un nombre y un apellido es encontrarse uno mismo, nuevamente, en la plenitud absoluta de la soledad y de la ilusión de compañía... en la plenitud absoluta de la compañía y de la ilusión de la soledad. Tanto tiempo esperando....

Noviembre 8/76

312

I'm dancing, I'm dancing...
cuando podré bailar con la plenitud de mi vida, con las manos alrededor de ese rostro amado?

Noviembre 10/76

La antirutina...

Cada día distinto, cada día nuevo en su inquietud o en su exigencia... Muros que se elevan vertiginosamente lentos, delimitando espacios: aquí alguna cosa, allí alguna otra; la esencia misma de la arquitectura condensada en unos pocos metros cuadrados...

Y todo cuesta, todo exige dinero, que no hay, que hay necesidad de obtener a toda costa, porque la maquinaria lo exige: contratos, compromisos, la necesidad de llegar a la meta... Todo, al fin y al cabo sometido al perfecto rigor de lo necesario o de lo indispensable.

En la mente atosigada pululan las resistencias de la quietud, del descanso. ¿Por qué haber roto la rutina, la sagrada, perfecta rutina? ¿De dónde surgió la idea de la ruptura, del comenzar algo distinto, del hacer lo que aún ni siquiera se había pensado?

¿Por qué Ravel compuso dos conciertos para piano en vez de uno solo? Por qué Van Gogh pintó girasoles y trigales, en vez de haber pintado solo uno de sus autorretratos... ¿Por qué seguir y no parar, por qué hurgar en un mundo ya de por sí revuelto, por qué no sentarnos en algún lugar del mundo a ver lo que sucede y lo que deja de suceder sin intervenir en ello?

Cada día distinto, cada día nuevo en su inquietud o en su exigencia... En el fondo todo es lo mismo, somos los mismos elementos que hemos decidido o aceptado cambiar horarios y voces y motivos para hacer lo mismo, al fin y al cabo.

Parece que este movimiento, este agitado, convulso flujo de tiempo, sustituyese la otra opresiva soledad, los otros apremiantes anhelos de sol y

de viento y de mar, de correr alborozado en pos de una ilusión, de reír y llorar al unísono con el paisaje, de ser infinitamente libre, como solo puede serlo quien nada espera, quien nada construye ni destruye, quien nada tiene y nada amenaza...

La situación más imposible y por tanto más deseada de todas... la perfecta antirutina.

Febrero 15/76

En el extremo del recuerdo hay una vaga impresión del mar, una vaga impresión del desierto, otra de una calle de New York o de México...

Parece que en medio de una perfecta inmovilidad, existiese una incredulidad hacia el haber visto y oído los ruidos, las caras, los espacios. Parece que todo hubiese sido un sueño, un sueño extraño en el cual por obra y magia de lo inconsciente, todos esos y muchos más lugares se grabaron en la mente, en forma de nociones anteriores a una presencia real.

Es el momento preciso para comenzar la construcción de una nueva diáspora del cuerpo y del espíritu. Paisajes y personas esperan nuestro acontecimiento en ellos, nuestro paso o nuestra huida.

¿De dónde proviene esta inquietud, este anhelo de recorrer paisajes y personas? ¿No es acaso más fácil el permanecer en un paisaje, en una persona? ¿Para qué huir del hecho inexorable de tener que cargar con uno mismo a cuestas? ¿Si en cualquier paisaje y en cualquier persona, nuestra propia existencia habrá de repetirse, para qué cambiar de espacio y de mirada?

Pero ¿cuál paisaje?, ¿qué persona?

La soledad no es el carecer de paisaje o de persona, es sencillamente el saber de tantos paisajes y personas que están, que esperan y que se ausentan y desaparecen. El haber llegado a un paisaje y a una persona es el haber completado un circuito vital, el haber olvidado las posibilidades y el haber aceptado cifrar toda la existencia en torno a un punto de referencia.

Y a todo esto, ¿sabe alguien responder qué es mejor? En tanto se llega a una respuesta, vale la pena seguir en pos de paisajes y personas; cada lugar un ser o muchos seres, cada ser un lugar o muchos lugares. Cuando se sale de uno se llega a otro, cuando se cierra una puerta se abre otra, cuando se desea sol o nieve o primavera u otoño se mueve, se busca, se encuentra para saber que todavía no se ha encontrado.

Abril 21/76

Un instante de suspenso... Hay palabras, hay espacios, hay cosas... Se cruzan miradas, se mueven cuerpos, todo parece seguir su curso normal, pero ha habido un trauma, un terremoto que ha reducido a pedazos el pasado y amenaza con alterar el rumbo del futuro. Después, ese instante se transformará en motivo; será un hito para todo lo que se hace y se piensa. Ese instante será la génesis de horas enteras de ansiedad, de alegría, de expectación y de tormento. Alabado sea cada instante de esos...

Junio 14 de 1976

Tercer Movimiento. Poco adagio.

Un reposo inusitado... La quietud cargada de presagios que no se definen. A veces llega uno a creer que el mundo se detuvo, que todo se ha

reducido a círculos concéntricos que se expanden repitiéndose hasta el infinito. El alma se va burocratizando poco a poco... Se hacen promesas que no se cumplen; se jerarquizan retos y eventos y se da prelación a lo importante, mientras los otros hacen antesala. Los seres humanos han perdido significado... Conferencias, simposios, congresos, seminarios... En todos ellos se discute acerca de la humanidad mientras ella se pierde cada día más en sí misma: en su enjambre de inventos tontos y sin sentido, en las hojas de sus tratados sobre sí misma, en sus imágenes... Vidas prestadas, vidas ficticias, vidas anónimas. Se trata entonces de construir una vida de verdad, algo que tenga sustancia humana, que cuente con esperanzas y realidades. Se trata entonces de hacer andar el mundo.

Junio 24/76

Carnaval, opus 9.

Un vals, el mismo vals de siempre, que sube y desciende, que ondula repitiendo sus frases como una memoria ebria que repasa recuerdos, con una sonrisa leve y una gota de vino que escurre por el mentón. Y se deja uno llevar por ese fluir oscilante de altibajos, por ese vaivén sin fin, mientras en cada ondulación queda una gota de nostalgia y muchas de esperanza. Quedan también todos los fragmentos de sonrisas perdidos en el espacio y en el tiempo... Todas las miradas furtivas que se han escapado sin querer, en pos de un milagro pasajero, de unos ojos fugaces, de un evento inusitado... El pensamiento pasea, danza por aquellos espacios hundidos en penumbra que reflejan el solitario paseo, el baile incongruente de pies y manos que se persiguen, se buscan, se encuentran, se entrelazan, se separan y siguen erráticos su vagar de sombras en busca de una grieta de luz. Un vals, el mismo vals de siempre...

Repaso...

Al releer trescientas y seis concatenaciones de palabras que comenzaron como ficciones con apariencia de realidad y han llegado a ser realidades con visos de ficción, al releer todo lo transcurrido en seis años, al repasar momentos, pensamientos, esperanzas, ilusiones... aparece la nostalgia de haber sido algo que ya no puedo volver a ser.

Como el pasado es irreparablemente perdido (la memoria es una ficción que solo sirve si existe un presente que la respalde), el repasarnos es como ver desfilar fotos amarillentas que, si bien contienen sonrisas, no muestran más que el morboso interés de cosas viejas.

Si pudiera imaginar otra existencia mejor que esta, la imaginaría sin pasado. Cada día completo en sí mismo, absoluto... cada noche perfecta en su papel de deshilvanadora de recuerdos. Abrir los ojos y descubrir cada día la maravilla del paisaje, los rostros de las gentes, el sabor cálido de un beso, la superficie tierna de una piel... Una existencia hecha de primeras veces, solo de ellas. Quizá eso haya sido el tan mentado paraíso de los cristianos... el nirvana budista, el punto omega de Teilhard... el dios.

Porque lo mejor del recuerdo está solo en las primeras veces y lo peor está en la rutina, en las enésimas veces. Y la vida que queremos o nos vemos forzados a vivir es solo eso, un transcurrir de enésimas rutinas.

La nostalgia es tan solo la muy suave ternura o el muy cruel sufrimiento de una primera vez... la felicidad se construye a base de ellas. Por eso la felicidad y la nostalgia son solo partes de un mismo espejo, son sus dos caras que jamás se ven pero que están hechas de la misma pieza de

cristal.

Hoy, por ejemplo, es la primera vez que pienso esto. Hoy encontré mucha gente por primera vez. Hoy, por primera vez, dije muchas cosas. Mañana todo lo bello que fui hoy será nostalgia...

Septiembre 2/76

Se me ha infectado el alma... Se me ha puesto calenturienta y tiritona. Tiene espasmos y tos, los ojos hinchados y la nariz goteante.

La pobrecilla no encuentra remedio en ninguna farmacia... Se requeriría reunir el poder de Hécate y la sabiduría de Esculapio para encontrar la fórmula de la poción que podría calmar su ardor. Se necesitarían todos los brujos del África y los curanderos de las Antillas y los derviches danzantes de la India... se necesitaría toda la magia y la ciencia para lograr aplacar sus pulsaciones.

Se requeriría acabar con los cielos azules y con el sol. Callar la voz de Serrat. Despojar de ojos a las gentes y prohibir sus voces y sonrisas.

Se requeriría convencerla de que no hay ya esperanzas, que ya no tiene una oportunidad, que ya debe cerrar los ojos a la belleza y al amor...

Septiembre 26/76

Moderato.

Quinta Sinfonía de Dmitri Shostakóvich. Lluve.

Tras unos días de verano, siempre cortos para mí, dos tardes de invierno

anuncian definitivamente la llegada de días grises, interminables, fastidiosos...

Sin embargo, hay que darle la bienvenida a la nostalgia. Hay que celebrar ese estado de ánimo que nos nubla los ojos y nos sumerge en un sentimiento íntimo, un poco triste, un poco trágico. Hay que brindar por los recuerdos que el invierno adormece: recuerdos de verano, ríos transparentes, cielos azules, sonrisas, caricias, besos...

Los recuerdos de invierno son distintos, tranquilos, serenos. Traen en sí mismos toda la tristeza del universo. Son recuerdos que parecen rostros de gente que ve llover, rostros severos, insinuados, como escapados de un fresco de Piero della Francesca.

La esperanza del sol se adormece.

Sin embargo, el invierno, igual que el verano, es un tiempo propicio para amar.

Diciembre 17/76

A veces parece como si un día fuese el último, como si todo, a partir de ese momento, careciese de sentido, como si fuese una antesala de una muerte prematura. Como si en realidad, ese día uno dejase de existir.

La angustia de la muerte es el aliciente de la vida. Si uno tuviere la certidumbre de la eternidad, la premura del tiempo desaparecería y todo sería un constante esperar algún estímulo para poder hacer algo. La angustia de la transitoriedad ha creado la civilización, ha construido los monumentos, ha exaltado hombres e inventado dioses.

A veces parece como si en un solo día se reuniese todo el cansancio de

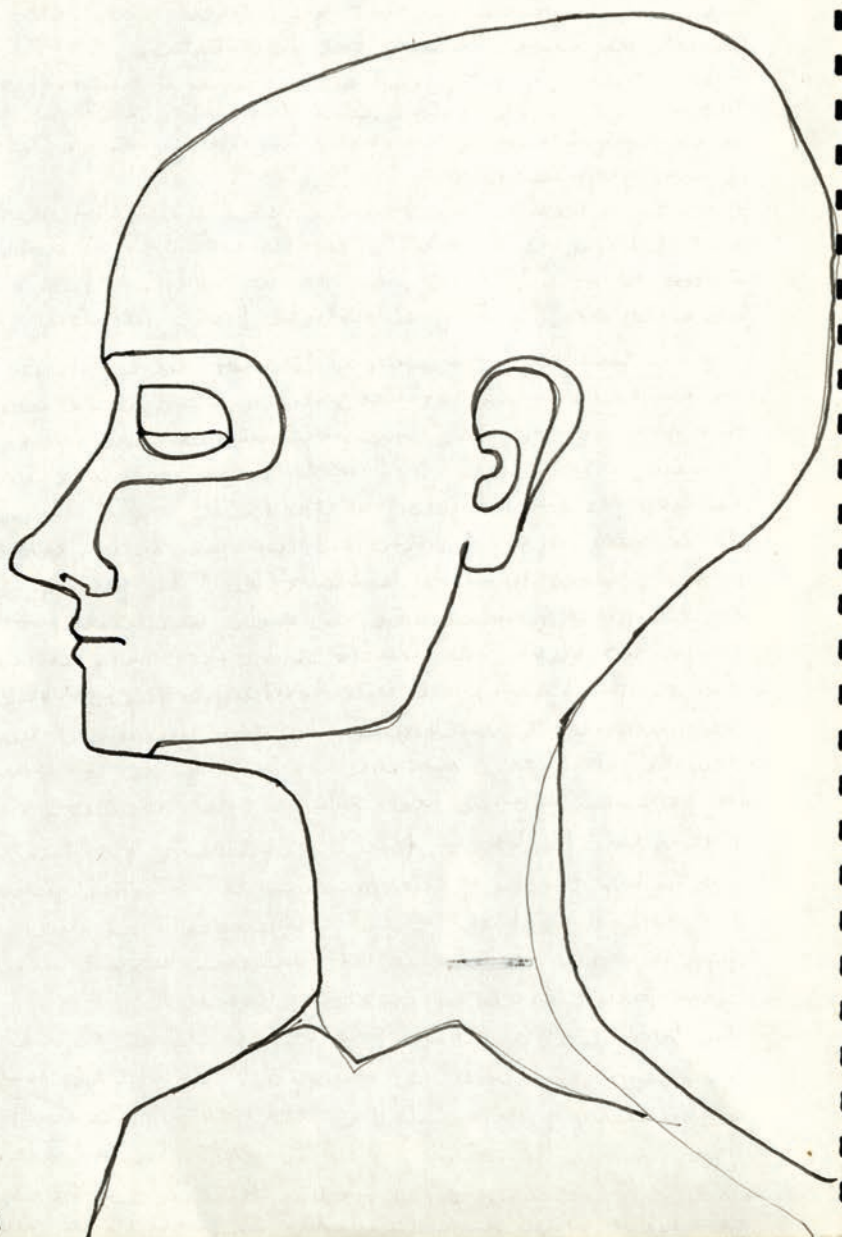
haber vivido, como si ya no hubiese motivo para continuar un mañana. Sin embargo, ese mañana habrá seguramente de traer la sorpresa, el arraigo, el gozo de vivir... Entonces las nubes desaparecerán y el sol habrá de brillar y habrá voces y flores abiertas y un río juguetero y toda la expectativa de unas pocas horas de felicidad.



1977

87

to be or not to be.....
what?



line 30/71

Obertura.

Hace ya varios días que comenzó el nuevo año. En esos días se esboza como siempre una posibilidad y una rutina. En esos días se presagia, se anhela y se teme por todo el resto del año. Hace ya varios días comenzó el nuevo año y solo hasta hoy es posible escribir.

Esta página representa entonces la obertura de la sinfonía, del concierto, del tema y variaciones que habrán de tomar forma a lo largo del año. Como buena obertura contiene en sí misma los temas que han de desarrollarse y el ambiente general de la obra completa. Los temas son los mismos, los temas eternos de todas las páginas que ya fueron escritas: la ilusión y la desesperación, la alegría y la nostalgia, la tranquilidad y la angustia, la misma, eterna, inconmensurable soledad de todos los días, de todas las horas.

El ambiente... ¿Incertidumbre? ¿Azoramiento? ¿Indiferencia? ¿Cómo describir este letargo? ¿Cómo denominar este abigarrado mosaico de sentimientos, expectativas, promesas y decepciones que se llama existencia? Quizá sea una desintegración, quizá una integración... Fragilidad es una buena palabra. Fragilidad en todo, dentro y fuera: en los sentimientos, en los mundos que se habitan y recrean, en los deseos y las ilusiones. La estructura de todo lo conocido, de aquella certidumbre, esos monumentos que, sin embargo, construyen pesados edificios conceptuales, no basta para contrarrestar esta fragilidad.

Ahora, en esta obertura, todo está viciado de fragilidad. Mis manos tiemblan, al igual que mis afectos y mis esperanzas, mecidos por el viento de la angustia. Quizá la frase trajinada del poeta: "Vendo mi vida, cambio mi vida, de todos modos la llevo perdida" sea hoy valedera para

mí. Si tuviera coraje, me vendería al peor postor, con cualquier trabajo engañoso, con cualquier promesa barata. Mi mundo está en peligro de quebrarse y carezco de fuerza para impedir que los guijarros del tiempo y del azar lleguen a sus ventanas.

Una obertura frágil, sin embargo, inicia el sueño de una noche de verano de Mendelssohn y otra el Cascanueces de Tchaikovsky... ¿Serán buenos augurios?

Marzo 14/77

Blues...

Otra lengua, otra manera de pensar y de sentir... En el fondo otra raza, otro paisaje, otro gemido y esa increíble nostalgia que invade cuerpo y alma en un compás lento, sensual; nostalgia cálida de sangre de negro distante y distinta de la fría nostalgia de los blancos, de los nórdicos, de los ojos azules y la piel blanca.

Blues para un estado de ánimo, o viceversa.

La voz (Aretha Franklin) recorre todas las posibilidades de esa nostalgia cálida: el susurro, el gemido, el grito, el aullido... En el fondo vibra cada fibra del “homo amantis”, del ser enamorado del universo, del que es capaz de sentir más allá de sus posibilidades biológicas. En el blues solo entran el amor y la pena y la tranquilidad y el desasosiego. En él no caben las alegrías banales ni las frases ausentes; se canta con todo el contenido del ser, sin la tonta retórica de un bolero romántico que babosea frases de cajón, sin la simple idiotez de lo que impregna las superficies sonoras del salón de baile o de las emisoras. El blues es propiedad exclusiva de los privilegiados con el castigo enorme de sentir y de querer ser sinceros.

Solo en Brasil existe un nivel equivalente de vitalidad emotiva, de vibración sensible... Solo allá la misma sangre negra produce esa síntesis fantástica de nostalgia y alegría, la alegría que falta en el blues. Saudade sin embargo quiere decir lo mismo, quiere decir que vivir deja un residuo maravilloso, incontenible, que solo murmurando, gimiendo, gritando o aullando se puede compartir.

Abril 10/77

(L'importante è finire...).

El mar, el mar mío, único, mi amante perpetuo, el lascivo, el cariñoso, el seductor, el mar volvió a mí, yo volví al mar, al mar eterno y pasajero, al mar de todos y cada uno de mis días...

(Acabar, acabar la necia finalidad de un evento, la estúpida culminación de algo que fue y no será más. ¿Cómo puede ser importante acabar?)

Te vi desde el avión, con tu ribete de olas, el eterno vanidoso, el travestido vestido de encajes espumosos. Volé sobre ti y quise ser gaviota para estar siempre mirándote, para caer de repente sobre ti y desgarrar de un picotazo tu cuerpo de olas y extraer uno de tus peces para saborear su salobre entraña.

(Acabar, comenzar, proseguir. ¿Cómo saber que algo acabó? Solo la mente parece acabar con todo y eso aún no se ha comprobado. ¿Cómo saber que un proceso terminó, si en el espíritu quedan sus vestigios efervescentes que al menor contacto con cualquier estímulo germinan y florecen?)

Te vi desde el aeropuerto, desde el vehículo que me llevó a una habitación con su ventana abierta hacia ti. Te sentí alrededor de mi piel

cuando me sumergí en tu transparencia rojiza en medio de un atardecer testigo de nuestro encuentro... Me abrazaste, te besé, me meciste suavemente, como si jamás hubiéramos estado lejos, como si hubiéramos vivido juntos desde el comienzo mismo del universo.

(Acabar no es sino un simulacro, un paréntesis. Nada acaba realmente, solo fingimos acabar para librarnos de la enorme vergüenza de nuestra debilidad, de nuestro fracaso, acabar es apenas un medio de escapar de nosotros mismos para seguir en la búsqueda de nosotros mismos...).

Te vi en la Guajira, rodeado por flamencos flamígeros; te vi en cañaverales y arrecifes, vestido de terciopelo y oro, coqueteando con los veleros; te vi en la ciénaga vuelta laguna mansa y tierna; te vi en la desembocadura del gran río, revolcándose en el lodo de las lejanas montañas... Vi tu brillo en la noche en que me alejé de ti una vez más...

Mayo 28/77

Manhã tão bonita...

Casi medianoche... sabor a vino rojo.

Con la última hora de la noche sucede algo especial. Media semana llega a su fin. Después de esa hora todo es diferente. Será otro día, otra mañana, otra semana. Al cerrar los ojos, es ayer; al abrirlos, será mañana. El sol quizá muestre sus rayos, quizá la lluvia caiga, quizá haya brisa.

Ahora es casi medianoche y suena una música suave y triste, música de nostalgia, de ausencia, de lo que ya no es, de lo que ya no podrá ser.

¿Por qué será que ahora la belleza tiene un sabor triste? ¿Por qué será que ahora una gota de sangre maldice lo que solo era propio de las flores y de

las burbujas? La alegría se escurre cada día más lejos del alcance del ser que la anhela más desesperado que nunca...

El mundo nuestro es un mundo triste. Ya no tiene inocencia, ya los niños no abren sus ojos admirados, pues la televisión les ha agotado su capacidad de admirar. Ya no hay ilusiones...

Casi medianoche, sabor a vino rojo que ni siquiera alcanza a obnubilar la mente para hacerla crear maravillas, o vivir ilusiones baratas, por unas pocas horas.

Julio 29/77

Paisajes tránsfugas... Han desfilado ante mis ojos maravillas. He visto montañas interminables y ríos que descienden entre peñas. He visto el gran río y valles secos, calcinados por un sol imperturbable. He visto riachuelos cristalinos descendiendo de la montaña y los he visto también correr plácidamente en las llanuras del sol... Árboles de múltiples formas, arbustos, matorrales, cultivos, eriales, lagunas resplandecientes que piden a los árboles su color verde para vestirse... He visto la lluvia caer a raudales y la he visto caer lentamente... Mariposas, pájaros, insectos, reptiles, ganados preparándose para su destino final... ¿Dónde está mi quietud? ¿Dónde están mis seres queridos, mis cadenas? El paisaje otorga una emoción especial. Es como si en un momento el espíritu se expandiera y cobrara forma precisa. El paisaje es el hombre, es su otro yo, su contraparte. No es posible prescindir de él; es como prescindir de uno mismo. Y, sin embargo, es en el paisaje donde la mano y la mente humanas edifican masacres horribles, la peor huella que un ser inteligente pueda dejar. Empresarios ridículos, que viven del usufructo de la estupidez humana y no pueden ver más allá de sus narices, sacrifican el

paisaje en aras de sus réditos. Aquí y allí aparecen los testimonios de una presencia inútil, depredadora y asfixiante. Viajar a través del paisaje es, al mismo tiempo, felicidad y desesperación. Es como viajar a través de uno mismo y percatarse de los defectos, las fallas y el equívoco de una existencia que bien podría haber sido diferente. Se piensa: ¿será acaso posible reconstruir el paisaje? ¿Será posible devolverle a la existencia su razón y su esencia? ¿De dónde saldrán las fuerzas para hacerlo, si nadie quiere aceptar su fracaso? Solo queda el recurso de buscar paisajes más lejanos, en los cuales el espíritu humano pueda encontrar su imagen más clara, donde pueda recobrar la confianza en sí mismo y la fe...

Agosto 31 de 1977

El momento preciso para muchas emociones es también aquel en el cual, en la penumbra de una habitación, se encuentran las voces, se unen las miradas, se rompen las barreras del silencio y el afecto se expande en palabras, en gestos, en destellos de luz, en mil universos íntimos... Entonces toda la vida se resume y cobra una dimensión, se convierte en un instrumento: en un arma y en una herramienta para defender, atacar y construir... En unas pocas horas se intentan recuperar años enteros de silencio, años enteros de soledad y de esperanza...

Agosto 31/77

¿De dónde surge este anhelo, este sentir que algo inminente se avecina, que algo va a suceder? ¿De dónde proviene este deseo quemante de que algo suceda? ¿Por qué cada día ha traído algo nuevo y se ha llevado algo? Parece que la vida quisiera señalar un nuevo derrotero, nuevo quizá solo

en cuanto los ojos puedan ver el viejo mundo como un evento extraordinario y cada rostro como una promesa y como un premio.

Septiembre 4/77

La melancólica voz de una guitarra desanuda el espíritu y le permite dirigirse hacia las regiones de lo que está a punto de acabar y de lo que está a punto de comenzar: alfa y omega de un momento de la existencia, principio y fin de todas las cosas... En un extremo se encuentran recuerdos; en el otro, promesas. Entre ellos están mezcladas ansiedades y tristeza, alegrías y plenitudes: un increíble mosaico, un inverosímil movimiento. Así, en unos pocos minutos de existencia, se tiene la visión de todo: bien y mal, amor y odio, felicidad y desesperación... En unos pocos minutos, unas pocas personas logran resumir toda posibilidad.

Septiembre 11/77

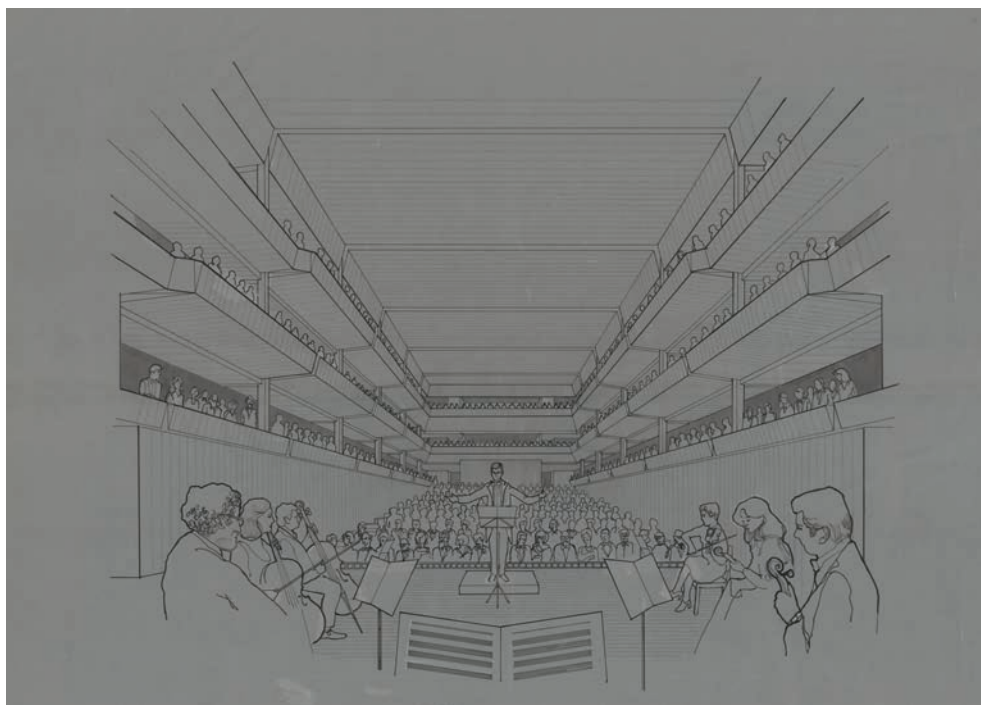
La palabra “sufrir” parece ser una simple racionalización de la existencia humana. ¿Qué es sufrir? ¿Quién puede definir científicamente tan complejo sentimiento, tan difícil tortura? Quizá nadie. Y, sin embargo, nuestra retórica está llena de frases que hablan de sufrir: por amor, por muerte, por soledad, por desamparo, por dolor físico... Nuestra cultura es sufrida; nació para ello y en ello se regocija. No sé si en otras culturas esa palabra existe, no sé si también fueron hechas para sufrir. Nuestro mundo es masoquista. En él hemos aprendido a ser víctimas; nuestra condición humana se encuentra sometida. Entonces sufrimos; es decir, parodiamos el sufrimiento humano en imágenes retorcidas de telenovela barata. Tras ello existe un universo inmenso en el cual sufrir puede llegar

a ser parte del más mínimo incidente, tan semejante a la simple comprensión del ser humano en su fragilidad, en su más infinita pequeñez... Véase una canción de Joan Manuel Serrat.

Septiembre 17/77

Los números se han organizado cabalísticamente. Tres veces tres... Números mágicos que, en una mañana de sábado, al compás de la música “quasi perfecta” de Giselle, parecen decir, parecen querer decir muchas, muchísimas cosas.

La esperanza asume muchas formas: augurios, horóscopos, cábalas, presagios, cara y sello, lotería, apuesta, riesgo, etc. En momentos como este, “quasi perfecto”, cuando la vida despierta una vez más, tras un largo letargo, los números, la música, las hojas recién nacidas de una planta cuidada con amor, los rasgos geométricos de un dibujo, el rayo de sol que se filtra a través de las nubes y hasta el mismo silencio, adquieren toda la dimensión de una promesa.



1978

lo que ahora siento siento toda, las células, del cuerpo, siento los sentidos y la mente; mi ser completo en su entidad individual no puede expresarse en palabras, ni en dibujos, ni en sonidos, sólo una caricia, sólo una mirada, sólo el apoyar mi cabeza en otra, el dejar reposar mi mano en otra mano, sólo el albrío en silencio, el beso, el roce de una piel contra otra piel, podrían expresar lo que ahora siento.

mayo 1º/74

lo que ahora siento.....

Un aura de todo que ayer y anteayer estuvo saciada y hoy no encuentra la fuente que ofreció alegría.

lo que ahora siento, lo que sentí ayer y anteayer..... Un mundo entero dentro, expansivo, múltiple, enriquecido por todos los detalles, por todos los gestos, un mundo completo, en el cual se hallaron reunidos todos los elementos de esto que hemos dado en llamar "existencia".

lo que ahora siento, esa nostalgia, aún me llena, aún se expande con espasmos alegres; aún existe....

mayo 17/74.

Habría olvidado decir "adiós".

El tiempo y el espacio divididos.... antes fueron una sola entidad, ahora toman direcciones diferentes. la corriente poderosa se convierte en un hilo.... El recuerdo toma el lugar de la presencia y todo lo que antes fue, ahora se convierte en su propia esencia, en lo fundamental, en todo lo que no admite la más leve sombra de desconfianza ni de duda.

Quedan, después de un adiós, millares de fibras cortadas, de las cuales brota una extraña sustancia, efímera y roja..... la fuente que abre un adiós sólo puede nutrir una cosa: la ilusión!

mayo 17/74.

The turning point...

Haber sido; ser, esperar ser. ¿Dónde se puede romper ese continuo inflexible de la vida? ¿Dónde se puede cambiar de dirección?

Un leve sabor a hastío impregna el presente; debe ser retirado del mañana... Ya no hay necesidad de muchas cosas, ya no hay esperanza de otras. ¿Superación? ¿Abandono? ¿Derrota? Doctora, diagnostique. Por ahora solo es cierto el hastío.

Por ahora solo es cierto el anhelo de romper con unos lazos que aún no han definido su valor, lazos que a veces parecen tener algún sentido y a veces parecen no tenerlo... ¿Cómo decidir sobre ellos? ¿Cómo saber si aún son espejismos? Un leve sabor a duda impregna el aire transparente de la noche. Duda sobre todo el fardo de acciones ya hechas y sobre las acciones por realizar. Un leve sabor a ira impregna el alma... Resentimientos de animal herido, de fiera lesionada o de ave malherida que quiere seguir viviendo, que quiere seguir amando, que quiere seguir haciendo y diciendo... Haber sido triste y alegre... Haber desperdiciado la alegría y la tristeza. Los años felices sin la voluntad de hoy, la voluntad de hoy sin la intensidad de los veinte años. Mahler... la alegría del hoy consciente que mira los residuos del pasado inconsciente y se burla de ellos... Haber sido sin querer y ser ahora queriendo... ¡Cuánto tiempo tomó esa simple decisión! Esperar ser un ave, esperar ser una flor, un rayo de sol o la neblina. Esperar ser uno, único, autónomo, en medio de un universo inmenso, incompatible, intenso, torturador, fanáticamente expresivo... angustiosamente infinito. Ser uno ese mismo universo, ser su Dios y su menor partícula. Un leve toque de tristeza en esta noche en que Mahler canta una vez más a los goces del espíritu ingenuo y de las

almas tontas... ¿Por qué? Quizá porque ya no se es tonto, quizá porque la ingenuidad ya cumplió su deber y ahora reposa en el rincón de los desechos... Y no todo lo desechado se deja de querer.

Octubre 14/78

Presente. Apenas acaba de nacer cuando ya muere. El lapso de una melodía (Tchaikovsky) apenas sirve de indicador de que todo es pasado. El presente es una suma de pasados. El futuro es una suma de presentes. Luego, el futuro es una suma de sumas de pasados. Amén.

Octubre 19/78

La voz de la conciencia... Últimamente oigo dentro de mí una voz que me dice: “considero que el debate entre la arquitectura orgánica y la arquitectura funcional es una absoluta idiotez”... ¡Enhorabuena!

Noviembre 19/78

Entropía.

Se supone que un ser debe “ir hacia adelante”. Nadie ha definido dónde queda “adelante”. Entonces, en un sentido muy amplio, todos vamos “hacia adelante”. Al menos, todos tenemos esa ilusión. El quid del problema radica en las diferencias evidentes entre las rutas que se siguen para llegar al punto, bastante tonto por cierto, en el cual se encuentran los famosos opuestos: trabajo-ocio, mente-cuerpo, orden-caos, reino-locura, etc. Con un factor adicional: conciencia versus inconsciencia. Esto quiere decir que, mientras unos deambulan con la mayor frescura

por el mundo, sin mostrar el menor atisbo de conciencia, otros pasean su angustia por los senderos que otros han hollado, en busca de un lugar donde esconder los frutos de una conciencia exagerada. La voz que clama en el desierto... El más tonto ejemplo de lo que no debería suceder. Pero sucede... El mundo es bobalición y atrasado. Confunde el bien y el mal sin darse cuenta de que la salida está “por encima del bien y del mal”. Pero esto solo lo logran ciertos ejemplares de la especie dotados de un cinismo —o de su equivalente más positivo, la ingenuidad— que permite superar las limitaciones de lo habitual. Si todos vamos hacia adelante, ¿dónde queda atrás? Adelante y atrás son nociones de espacio y tiempo: lo que espera y lo que queda. Ir hacia adelante podría entonces significar tener esperanza... Ir hacia atrás puede ser apagarse, quedar. Pero ¿cómo distinguir entre la esperanza y la ilusión? Saber, saber. ¡El vicio del momento! Pero... un vicio muy exclusivo. Privilegio —o desgracia— de unos pocos.

Todo esto no representa más que el deseo de llenar una página con palabras, para estrenar un estilógrafo que reemplazará al viejo amigo extraviado... Mo. ¡Perdido para siempre!

Noviembre 25/78

El viento no ha podido derrumbar un edificio que carece de cimientos... Cada encuentro significa un nuevo embate... y el edificio se sostiene... precariamente. “When I find myself in times of trouble, Mother Mary comes to me...”. Let it be, let it be... Ya no quiero querer, ya no quiero esperar; solo quiero querer, solo quiero esperar. En este momento quisiera tener tantas personas a mi lado... O quizá solo las partes más significativas de tantas personas. El viento se apacigua con la ausencia... Let it be.

Noviembre 30/78

Coming home... Night flight, 9 p.m. A drunken friend beside me; my mother and sister two rows away. Three days left behind. Who could have guessed that the end of the world and its beginning had just happened? The end and the beginning of consciousness... of love and hate... of hope and despair... of loneliness. An empty street... the image of myself? Nobody walks there; no one gives it a thought... An empty communication system, a broken source of love... waiting for a young, handsome, brave soul to walk down it and perform the miracle once again.

Diciembre 6/78

Blues... Silencio, noche con un cuarto de luna, frío, Aretha Franklin aullando blues... Espera... ¿de qué? Congelación del martes en la noche, sin John Travolta. Un teléfono que estuvo dañado toda la tarde... quién sabe cuántas llamadas importantes se frustraron... Vendaval: la calle se tornó gris y se llenó de agua. El viento hizo mecerse los árboles y la lluvia se movía como en nubes... "Feel no sorry for me!" Pero a mediodía hubo una ráfaga de esperanza. Hipótesis: mañana habrá un cielo azul brillante y un sol reverberante. Hipótesis: mañana lloverá. ¿Qué importa? ¿Importa? Sí, importa. Importa muchísimo. "I say I move the mountains... and I move the mountains...". Si mañana hace sol, y el teléfono suena, y en la calle tropiezo con alguien, y las líneas de los dibujos se acomodan, y pienso y amo y tengo esperanzas... habrá vida. Pero si mañana llueve, y el teléfono se silencia, y no encuentro a nadie, y no hay dibujos ni pienso... y tengo esperanzas, habrá vida. Moraleja: si hay esperanzas, hay vida. Silencio del martes en la noche. Que no es

silencio. Aúlla ella; en la calle suena el motor de un automóvil... Y la voz interior, la que jamás se calla, la infatigable... Si al menos cantara, en vez de hablar... Silencio del martes en la noche, sin John Travolta. Un cuarto de luna ilumina la noche, como si lo pudiera hacer. "So long... Hope we'll meet again someday...". ¿Espera... de qué? Pero a mediodía hubo una ráfaga de esperanza. Entonces hubo, hay y habrá vida... Los silencios, el sol y la lluvia... etc., etc. Blues. Vivaldina, la distancia entre la esperanza y la esperanza. Amanecer del miércoles... Hace sol pero hay nubes. ¿Quién habrá de triunfar?



1979

Cartagena es como un estado de ánimo.

No es una mentirosa Cartagena, Cartagena-Uliami, hecha para turistas gordos y obesos, hecha para jovencitas antioqueñas en búsqueda de un playero para desprenderse de su virginidad, hecha para señoras aún jóvenes en búsqueda de su adolescencia perdida, hecha de mentiras, de exportación.

Es Cartagena la de las calles angostas, la de balcones y ventanas; la de una negra, tan vital como el sol que baila colgado de los cables en la incandescencia azulosa del cielo; la de pequeños negros conjetando y una palma de oro frente al Palacio de la Inquisición.

Cartagena es piel, descalfos.

Es un asunto que se inventa en el alma como un bongo. No es fácil deshacerse de ella, pues está con el sol, todos los días y aparece con el mar en cualquier parte donde este monstruoso amigo descansa en una costa.

Cartagena es una línea imaginaria entre el mar y el cielo.

Su dureza es de piedra y piel morenamente negra. En Cartagena de Indias, nombre indescriptiblemente útil para atraer turistas norteamericanos en busca de un pasado, el tiempo del sol es diferente al tiempo de los hombres. Se contradicen mutuamente y sin embargo, se puede sobrevivir a su pelea.

Creo que el mar me gusta en Cartagena.

Una calle es una experiencia única. Indecisas, parten de las murallas, se lanzan en línea recta y en algún punto tropiezan con una fachada - muro, ventanas, portones, como para que entre el señor, unas tejas voladas, verdugos, variadas, como sonrisa de pecados en la Boquilla. Hay intrusiones de ventanas, balcones, luces encaramadas en peludos postes, hay absurdo al lado de absurdo, como debe ser.

septiembre 9/70.

Marzo 26 de 1979

Y entonces... He aquí que en este preciso momento —que fue preciso en su momento y ya no es más que un recuerdo— me encuentro solo frente a un espejo que no refleja nada, pensando que llegué, una vez más, al lugar donde el agua no se mueve, donde la corriente que pasa a lo largo anula sus efectos y crea un movimiento espiral que lleva al fondo... de algo que no tiene fondo, de un vacío enorme que, en el fondo, es lo mismo. He aquí que estoy solo, tras feroces luchas por lograr compañía. Y estoy solo físicamente mientras reconozco en el aire una enorme promesa de afecto, comprensión y apoyo (incongruencia general de la existencia)... Y en la ausencia se plasma todo un anhelo, toda una causa prima y todo el fin de todas las cosas, como si las cosas tuvieran fin. En un momento que no es momento sino que fue, las cosas pasan como si la voluntad —ese gatillo nuestro que dispara cuentos y maravillas— se hubiese aletargado y solo quedaran un profundo cansancio y una flaqueza inmensa; como si el allegro con spirito se hubiese reducido a un simple adagio que espera, lentamente, llegar a ser scherzo para regocijarse nuevamente con toda la existencia y, olvidando la ausencia, obtener de nuevo el gran pretexto, la razón de todo. Creo que fue William Shakespeare —o mejor aún, Hamlet por boca de Shakespeare— quien dijo finalmente: “The rest is silence”.

Junio 15 de 1979

In spite of... ¿Acaso quiere el toro que se clave la espada en la cerviz? ¿Acaso el faisán anhela recibir el dardo, la flecha o el disparo? ¿En dónde, cuándo, cómo alguien puede desear ser herido, ser lastimado, ser muerto? Absurdo, absurdo... Las voces interiores claman por su víctima. Han sido humilladas, han sido despreciadas... Ahora son feroces carnívoras que solo quieren clavar sus dientes en la figura amada... para

hacerle sentir su infinito furor, su ardiente desatino. Las voces interiores no se quieren callar... ¿Cómo hacerlo si han guardado palabras dulces, palabras afectuosas, palabras seductoras, palabras sabias... ¿si las han guardado y han quedado con ellas y no les fue dado el poder de entregarlas?... ¿Cómo acallar su inmenso, eterno dolor? Y hablan y vociferan y, a veces, piano, piano, recuerdan los momentos de dicha, los momentos de paz... Y luego elevan sus lamentos y los vuelven improprios y los arrojan, como sapos y culebras, para envenenar, para herir... Y hablan por mi boca... Y yo quiero tan solo decir palabras dulces, afectuosas, seductoras, sabias... Y me quitan mi voz y se la apropian y me hacen decir ferocidades... ¿Acaso quiere el toro que le claven la espada en la cerviz? ¿Acaso el faisán anhela recibir el dardo, la flecha o el disparo? ¿Por qué alguien se pone frente a nosotros y espera ser herido, reclama ser herido, guía la mano para que hiera más?... Absurdo, absurdo...

Julio 6 de 1979

¿Y qué si hubiera sido pianista? Esta noche quizá, en una sala cualquiera, estaría ejecutando —vale decir, luchando contra— el concierto en mi bemol mayor de Ludwig van Beethoven. O solo, como ahora, estaría estudiando una sonata de Wolfgang Amadeus Mozart, o estaría dando un recital con las Goldberg Variations de Johann Sebastian Bach... ¿Por qué diablos fui tan tonto de no haber seguido mi verdadera vocación?

Julio 6 de 1979

La música... arquitectura descongelada, disuelta, libre, sin clientes estúpidos que no saben lo que quieren, sin gremios, sin sindicatos, sin seminarios... o, por el contrario, con todos ellos pero aun así —lo mismo

que la arquitectura— sobreviviente, enérgica, ligera y pesada... inteligente. La música... inteligencia, lo mismo que la arquitectura, lo mismo que la literatura (o sea, las palabras inteligentemente organizadas), lo mismo que todo, lo mismo que ella misma... ¡Qué viva la inteligencia!

Julio 16/79

Jazz. El estado de ánimo de alguien que, como yo, padece agudamente de nostalgia de su propia existencia. Pasos por calles desoladas... pianos sincopados que llevan de sombra a sombra mientras un gato vagabundo nos observa con sus ojos de misterioso empedernido... El monólogo interior, que no calla...

Agosto 20 de 1979

En homenaje a 327... “El momento preciso... A veces no hay indicios, marcas ni avisos... A veces no se sabe qué sucede, solo se intuye lo que puede suceder... Solo se espera algo”... Es entonces cuando aparece el momento preciso: nunca antes, nunca después, solo entonces...

Tantos días buscando el momento preciso y de repente aparece... Tantos días, soñando con el momento preciso y de repente sucede...

Amo el azar, ese magnífico cruce de circunstancias que pueden traer un atisbo de dicha a la existencia...

Temo al azar, ese impredecible acontecer de eventos que pueden traer una enorme tristeza a la existencia.

Hoy el azar fue bueno... hoy trajo esperanza... Hoy permitió encadenar eventos y abrir posibilidades que habrían permanecido cerradas. ¡Que el azar sea propicio mañana y siempre, amén!



SEPL 574/04
DEJAROLAR EL MARXISMO-LENINISMO PROGRAMADO MUNDO
TUS ... ES PROMOVER REVOLUCION
COMUNICACION
ACTIVIDAD M.L.

1980

231 la danza....

Es una confusión, originada de nuestras expresiones, que crea ornamentos, en el espacio?.....

¿quiere otra expresión formal de aquellos que a veces decimos, a veces cantamos, a veces decidimos? o es sólo el ~~para~~ deleite del movimiento, el gusto supremo de desplazarse en el aire, en el suelo, de liberar el cuerpo en deliciosos giros, en saltos, en remollos, contoneos, en lentos pasos que parecen caminar pero son danza?

mayo 10/74.

232

Preludio Coral....

ayer fue una ilusión; la ilusión máxima. Hoy es realidad; la realidad común.

la transmutación de la ilusión en realidad: de la luz a la luz, de la sombra a la sombra; la ilusión lleva de la mano la esperanza, no hay sino una existencia posible, la felicidad. la realidad es otra, por sí misma completa, por sí misma absorbente, con miles de detalles que no tienen auge de ilusión.....

Mayo 19/74.

233

Mañana de domingo; verano. El sol abunda, el cielo está desnudo....

Una mañana de junio, con sabor a calor. Una temporada de meses se parte en dos y los primeros han quedado atrás, con sus nubes negras, con sus lluvias y sombras. Durante unos pocos días, la vida corre sobre una planicie, treinta días, para después iniciar un descenso hacia diciembre, cuando se dirá a sí misma, ha terminado, hay que volver a comenzar.

Junio, mes de comienzos y finales; mes de continuidades y de interrupciones.... Algo queda, algo se va, algo comienza, algo se termina, es la vida llamada mes, llamada junio, llamada una mañana de verano.

junio 9/74

Noviembre 20 de 1980

Cuarteto... La fatiga de los años cumplidos se acumula y hace que la espalda se agache, que la mente se rinda, que el espíritu saque la bandera blanca de la derrota. Y esta increíble, absorbente soledad...



1981

el amor profano, el amor sagrado....

Uno es apasionado, turbulento; otro es silencioso, sereno.
En el uno, se escuchan gritos y lamentos; brotan palabras
bruscas o exageradamente afectuosas.... En el otro, se susurra,
se vibra, se calla.... Tchaikovsky vs. Mozart; van Gogh vs.
Renoir; el fútbol contra la danza clásica!

Julio 6 de 1974.

El amor de todos los días, el amor de cada semana o cada
mes o cada dos meses o cada año o cada no te acuerdas
años.... Uno es constante, otro ocasional, otro venecita para
morir después!

Cada día muere un amor, cada día intenta nacer uno nuevo.
Nunca se reconstituyen; su poder regenerativo es mínimo. Mueren
para permanecer muertos, por los siglos de los siglos.

Julio 7 de 1974.

Un desfile de nubes grises, gordas, pesadas y tristes,
pasa frente a mis ventanas. Van de oriente a occidente,
movidas por el viento, que casualmente decidió
pasar por donde ellas estaban. Si el viento hubiese
decidido viajar de sur a norte, hacia allá irían
ellas! Ninguna puede devolvérsele, aún cuando quisiera
su empeño en ello.... La perfecta imagen del destino?

Julio 30/74

cuacua.

Un momento especial en el cual uno cree saber y poseer la
esencia de todo el universo... Se es al mismo tiempo galaxia,
estrella, flor y átomo. Se es luz y sombra; presente, pasado
y porvenir.... hombre y mujer, niño y anciano; música y
silencio. Se domina de un solo golpe la humanidad,
se la comprende; se encuentran las raíces mismas del
bien y el mal, del odio y del amor. Se siente en cada
célula del cuerpo el transcurso del tiempo y la presencia
del espacio; se es minuto y centuria, finito e infinito, eterno
y efímero.... Un momento especial en que se da uno cuenta
que acabó de perder su inocencia....

Julio 30/74

Junio 16 de 1981

Coming of age...

De pronto la edad cobra sentido. Voy acercándome a los cuarenta años. Soy una persona adulta... "Having had twenty years". Ya ingreso en la fase definitiva, la edad de la perfección, dijo san Agustín, quizá para justificar ese hecho inevitable. A los cuarenta años existen muchas ideas claras y muchas confusas. Sin embargo, la lucidez con la cual se colocan ahora ciertos hechos es apasionante. Tras años de lucha tratando de descifrar muchas incógnitas, se han abierto —o mejor, entreabierto— algunas rendijas a través de las cuales entran rayos de luz... Pero la pregunta clave aún carece de respuesta: ¿qué diablos hace que la vida tenga un sentido, una dirección? Escepticismo sería el término adecuado para definir el estado actual. ¿Cinismo? Tal vez no... todavía. En una noche perfectamente vacía sé que las ausencias significativas se sienten en toda su fuerza y que el tener no justifica el ser; la edad cobra sentido. Tras haber quedado solo del amor de padre y madre, tras haber encontrado que existen aún lazos que no se disuelven, tras haber definido unas metas futuras de anhelo y compromiso, queda ahora un enorme hueco por el cual entra el frío...

Junio 28 de 1981

Antípodas... of hope.

Desapego, desadaptación... ¿cómo definir este desapego por el mundo que habito?

¿Cómo expresar el enorme fastidio que se siente al contemplar cómo un país, o muchos, se dilapidan en poderes ilusorios, en luchas incoheren-

tes, en pos de una colección de estupideces?

A veces provoca huir. El problema consiste tan solo en hallar dónde existe esa isla de sensatez en la que un desadaptado como yo pueda llegar a encontrar algo de quietud.

El Amazonas... La Pedrera vs. Araracuara. La selva vs. El desierto. Las alternativas son extrañas y sugieren la raíz misma de las cosas. ¿Será acaso en una de ellas que el futuro aguarda?



1982

(205) unos pocos metros cuadrados de paisaje abren toda una puerta grande a la esperanza.

Un río, como cualquier otro río que baya de las montañas, entre grandes peñascos, pero que puede ser un río único en todo el universo, porque puede llegar a ser nuestro río, el río que proveerá el sonido y el paisaje de muchos momentos.

Los árboles, especies conocidas, seguramente clasificadas por botánicos expertos: naranjos, limoneros, plátanos, guamos, cafetos, ... Están allí desde hace tiempo, son grandes y fuertes, ya han ofrecido sus frutos muchas veces. Ahora pueden llegar a ser nuestros árboles, de donde podremos obtener alimentos, sombra, perfume, rumoreo, avesillas y todo un sortilegio de transformaciones y de gozos.

Los ranchos campesinos, tan nuestros como el río o los árboles, tan arraigados en lo existente que uno se olvida fácilmente de sus elementos extraños, de que alguien les trajo alguna vez y sustituyó con ellos algo nativo y propio. Ranchos de adobe y zinc, tan de clima templado, tan gloriosos a paisaje y a sol y a lluvia como un azahar de naranjos. Cuatro ranchos cualquiera que podrán ser únicos en todo el universo porque pueden llegar a ser nuestros ranchos donde el descanso y el trabajo, el amor y la indiferencia, el ruido y el silencio, tendrán su alojamiento.

La transformación de lo común en lo extraordinario, operada por un traspaso de propiedad es, a todas luces ridícula, pero es cierta. Nuestro mundo hostil y traficante nos ha privado del goce del paisaje sin la condición previa de la compra, del título, del dinero que cambia de capa y de una sonrisa siempre verbal del vendedor, siempre ilusa y malagada de quien adquiere. Sin embargo, por encima de todo ese vulgar sentido de pertenencia, está otro, el sentido de llegar por fin a un punto en el espacio y en el tiempo en el cual un mundo entero se puede dar a luz, en donde un momento puede representar toda una existencia y donde toda la existencia puede parecer sólo un momento.

La esperanza está viva, quiere triunfar. Se ha buscado y llamado en muchas puertas (unas parecen haberse cerrado, otras quieren abrirse...) y aún falta mucho.

Enero 20 de 1982

Noche de insomnio, 3:15 a. m. Pensar en lo que ya pasó, en lo que pasará... Y, al final de todo, ¿no llega uno a concluir que da lo mismo? ¡El insomnio es idiota! Es una manera de rendirse, de entregarse a lo que sea inevitable. Es la negación de la voluntad y del propósito; es el derrotismo en su mejor expresión... o en su peor. Y, sin embargo, he aquí cómo, en una noche cualquiera, tras una larga secuencia de noches de sueño inducido por las pequeñas amigas amarillas, se llega a este estado de derrota...

Noche de insomnio, 3:25 a. m. En los diez minutos transcurridos desde la construcción del encabezamiento del párrafo anterior ha surgido la gran duda... ¿Será acaso necesario, indispensable, este proceso de alejamiento que ya se intuye, se siente y eventualmente se desea? No es la primera ruptura; no es la más larga y tampoco será la más dolorosa. Entonces, ¿cómo justificarla? ¿Cómo llegar al convencimiento de que es la mejor salida? El problema no está en la separación ni en el silencio. Está aún en la enorme dificultad de superar un deseo, un ansia de dominio, de absorción de otro ser dentro de uno. Si alguna vez el proceso se invirtiera y se tratara tan solo de relatar una absorción, sería una experiencia interesante...

Enero 21 de 1982

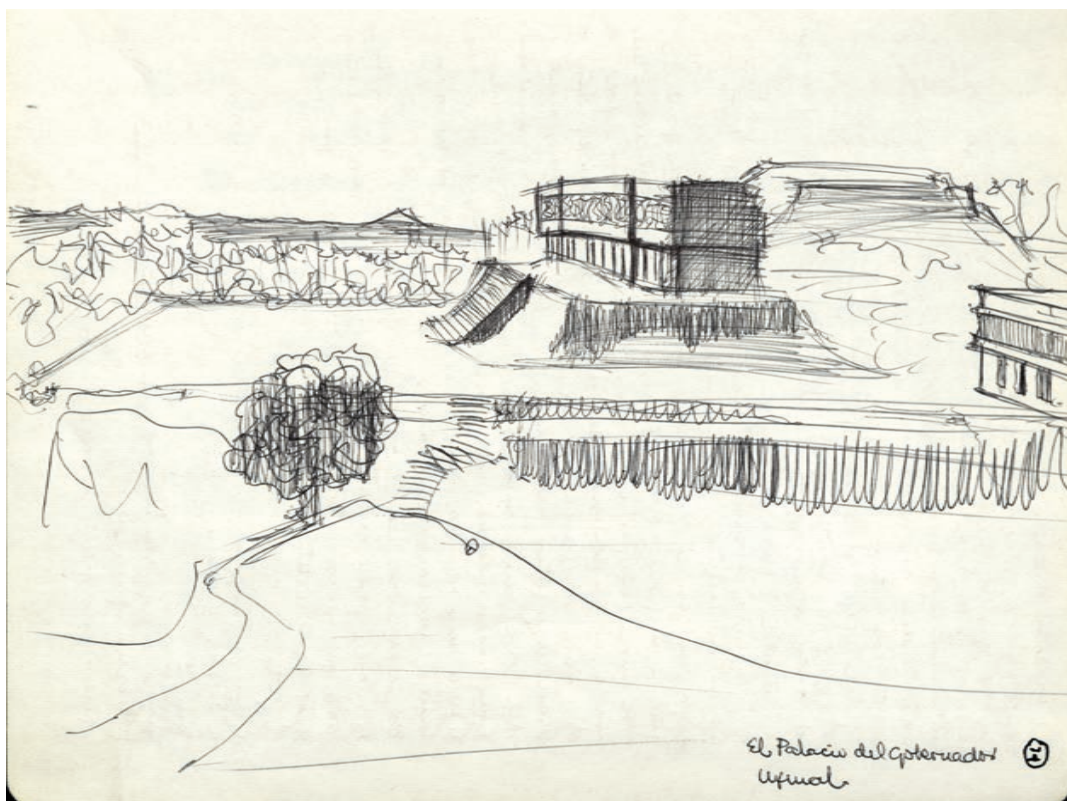
Amanecer de insomnio. 6 a.m. El color rosado que aparece tras los cerros no tiene comparación con nada que exista sobre la Tierra... ¡Mentira! El color rosado del mar en La Guaira, reflejo del color del cielo... Una bandada de flamencos; los rayos de un sol abrumador, enorme, que de repente llenan de vida un universo absolutamente perfecto. Y el color

rosado del cielo de Arizona, cuando la vida parecía haberlo cumplido prácticamente todo...

Diciembre 20 de 1982

Navidad. Las cosas que pierden sentido dejan sin embargo una nostalgia, un resentimiento... ¿Por qué dejamos de creer en ellas? ¿Por qué perdimos la fe, la ilusión, la inocencia? ¿Es acaso culpa nuestra? ¿Es acaso culpa de alguien? Dios, el personaje que nos acompañó desde pequeños; el señor terrible y vigilante que supo siempre nuestros más profundos y peores deseos... el señor bondadoso que de vez en cuando, muy de vez en cuando, nos permitía un momento de alegría. Por ejemplo en Navidad... para que celebráramos su nacimiento. Había algo de magia; había algo de luz... Ahora Dios es una palabra y es al mismo tiempo esa otra parte de nosotros, esa ilusión de eternidad, el ansia de no morir, el anhelo de saberlo todo, de hacerlo todo, de cuidar de todo... Es el yo omnipotente, el yo que se da el lujo de ser justo, de reclamar para sí el derecho a la verdad y a la bondad... Es ese odioso y adorable fantasma de las esperanzas y las desesperanzas, de las alegrías y de las furias humanas, vuelto absoluto, eterno, implacable... La ausencia de Dios nos deja en la dimensión más pequeña de nuestro ser. Es como si perdiéramos nuestro derecho a ser inmensos, a ser todopoderosos. Ignoro el alcance total de la dimensión humana, a pesar de encontrar ocasionalmente indicios de grandeza (verbigracia Beethoven; o en su defecto Mahler). Pero parece evidente que aún en sus mejores instantes, solo se aproxima a ese paradigma que hemos creado, a Dios, nuestro sueño, nuestra ilusión, nuestro propósito. ¿Acaso llegará el día en que Dios sea una realidad?

1983



Febrero 24 de 1983

Palabras al viento...

Si el cerebro es un computador y su memoria se llena de datos, y sin que uno se dé cuenta, esos datos comienzan a trabajar solos, a enlazarse, a generar combinaciones insospechadas... ¿No llegará un momento en que el pensamiento se vuelva autónomo de la voluntad? Si así fuese, el trabajo intelectual se reduciría apenas a obtener información, a captar la mayor cantidad posible de imágenes y de sensaciones... lo demás se produciría por añadidura... ¡Una imagen realmente atractiva!



1984

71) El poder de la razón.

se sienta ■ y contempla el castillo. Su mole grande, no inmensa de piedra grisácea. Su simetría contrastando con la horizontal y monótona vegetación de los alrededores. Se adivina el proceso de pensamiento que hizo posible el logro de la mole. Hay toda una lista de posibles cálculos, de matemáticas, que dan las dimensiones, y las comparan entre sí, llegando al todo. Hay imperio de perfección lógica entre cada sección y su conjunto.

Cosa curiosa, aún cabe pensar (saber) que sin embargo, el objeto escapa con su belleza a otro nivel, al nivel de lo bello y allí la matemática es esclava de otras razones, más fuertes, que convierten el castillo, para nosotros, hombre, en una obra maestra. Allí, a ese nivel, aún no descubierto, está la explicación de la belleza. Es fácil el saberlo y difícil decirlo.

La pirámide se apunta a un concepto ignorado. Teológico?, Humanista? Acaso la sola percepción de la montaña traída a la planicie? O tal vez la compleja simbología de una jerarquía que remeta en el símbolo de un Dios? Quién lo sabe ahora? Nadie!

Pero está está, y eso es suficiente. Sobrevivió el ataque despiadado de españoles, frenéticos en su afán de evangelio y riqueza. Sobrevivió el olvido de los descendientes, sometidos de aquellos orgullosos, que algún día le hicieron. También sobrevivió el ataque verde de la selva y ahora sobrevive a los peores rapaces de la historia: arqueólogos, antropólogos y turistas.

El orgullo primitivo es ahora reemplazado por el orgullo íntimo de objeto curioso y ya no sacrifica virgenes o querubines a los dioses pasados.

Pero está ahí y eso supera infamias. Está, ■ es bello y habla al hombre de hombre, que pudieron ser lúcidos y planear un lenguaje. Ahí se entiende al hombre con el hombre sin tiempo ni espacio suficiente, para contar del todo en Telepatía universal.

El castillo sobrevive a sus dioses, a los querubines y a las querubas, a las mismas razones que le crearon.

Marzo 24 de 1984

Teorías sobre el tedio, el sexo y la edad...

Pasados ya los cuarenta años, “having had twenty years”, cerca del final del siglo XX, en medio de un mundo que parece cada día acercarse a su fin, buscando haber aprendido a sentir, creyendo —o mejor, sintiendo— en el poder de la conciencia, una mañana luminosa de sábado, escuchando la invencible voz de Carmen McRae, sintiendo por allá, en el fondo, la ausencia crónica, el hueco de una persona amada, recordando un pasado que cada día parece perder significado y mirando al futuro, que exige significado... aparece de pronto la pregunta de si todo esto tiene, tuvo y tendrá algún sentido, si se justifica.

Julio 26 de 1984

La memoria de los padres... Años enteros de vivir por ellos, de estar con ellos, de disculpas y de querellas y de verlos cada día más viejos, más débiles, más sensibles a mi propia fragilidad... De querer evitarles la vida triste y agresiva que golpea más allá de mis puertas, de querer que mi pequeño mundo contenga al menos lo indispensable. Y de pronto un día cualquiera se van sin avisar...

Agosto 5 de 1984

El fantasma que camina por las calles... El fantasma del pasado inmediato camina de espaldas a uno, se aleja. El fantasma de lo que sin haber sido ya fue, de lo que no pudo ser y sin embargo existió. La dicotomía entre la posibilidad y la realidad.

Diciembre 31 de 1984

El fin del año. Los amigos se han ido. Pareciera que un extraño designio determinara su ausencia. Pareciera que la necesidad de quedar solo fuese más bien una marca, una señal, un hecho inmutable, predeterminado. La voluntad de tener a alguien presente, al lado, dentro, parece enfrentarse a otra voluntad: la de estar solo, la de no tener al ser amado al pie, al lado, dentro... ¿Habría posibilidades de revertir el designio? ¿Habría alternativas frente a esta obligación de estar solo? La indeterminación de la existencia llega hoy a un punto interesante. Ya no existen las metas que anteriormente, por ignorancia, terquedad o simple deseo o intuición, alcanzaron a justificar todos los actos y pensamientos. Ya no existen las mismas ansias que llenaron los momentos y motivaron tantas cosas... Actos heroicos de un héroe minusválido frente a los hechos del mundo, ignorante de unas reglas de juego no escritas pero que todos saben. El heroísmo fallido deja cicatrices; los molinos de viento golpearon con las aspas. Ahora viene el problema de cotidianizar las desesperanzas, de convertirlas nuevamente en ilusiones; de querer nuevamente a una persona, en cuerpo y alma; de transformar el tiempo con el ser; de dimensionar el silencio. Lo que queda de vida —ahora ya puedo libremente pensar en ello— debe ser diferente, es decir, tranquilo y lleno de presencias. La maravilla de estar en medio de seres significativos que llenen el espíritu de cálidas ternuras. Es decir, el asunto interior queda a merced de las presencias que lo rodeen. Vienen los días de estar fuera, de salir, de abrir puertas y ventanas para que entren el sol y el aire fresco...

1985



Abril 4 de 1985

Domingo de Pascua.

La vida define, con precisión asombrosa, la silueta del desencanto y la ilusión del encanto. En un amplio movimiento pendular, el espíritu se balancea entre una mayor conciencia de lo falso y de lo absurdo y una intuición mayor de lo verdadero y de lo coherente. Y falso y absurdo es mucho más de lo que antes fue... Y verdadero y coherente es menos, es más simple.

La lucha contra la desesperación ya cobra carácter de batalla campal. Cada día que comienza es un reto, cada día que termina es un triunfo. Ilusiones de pacotilla sirven para remediar el desencanto de cada día, en tanto la realidad misma se convierte en la mejor de las ilusiones. Pequeñeces absorben el tiempo precioso que antes servía para pensar, para crear y recrear con fragmentos de cualquier cosa, construcciones que ahora son vestigios, son recuerdos, son residuos.

Y hay gente que considera que hablar del desencanto y sentirlo es sucumbir ante la vida...

El encantamiento es una manera de avanzar, un recurso, una artimaña. No hay motivos reales para encantarse, a menos que la alienación ya haya penetrado en el espíritu. La realidad que se afronta a diario es necia, violenta e injusta, y esa necesidad, esa violencia y esa injusticia no se pueden negar ni ocultar. Hay que pasar sobre ellas para trascenderlas; hay que enfrentarse a ellas para alcanzar a tocar la paz, la felicidad. Y en ese enfrentamiento está implícito el riesgo de enloquecer, rendirse, entregarse a la más profunda desesperación. Y eso no se quiere ni se espera; para no llegar a eso se crean burbujas ilusorias que han de reventar, y así todos los días, de ahora en adelante, hasta llegar a la paz, hasta llegar a

la vida, después de agonizar todos los días, después de desangrarse por heridas cerradas, por no haber vivido como viven otros, los que no sienten el desencanto.

Bogotá D.E. Sector Central, 1984



F 816

2175 - 50

1986



Enero 19 de 1986

Manual de supervivencia... El fantasma de la soledad me ha visitado muchas veces a lo largo de los años. Primero fue el desajuste del adolescente que se sabía distinto de los demás y debía callar su crecimiento. Luego fue el del primer amor silencioso, que apenas tenía como premio la compañía del trabajo común. Luego fueron otros amores frustrantes y frustrados, y el silencio de los cuartos, de las calles y de los momentos en los que estar solo se igualaba a las frustraciones y a los fracasos sentimentales. Fueron los viajes, los interminables viajes en los que la soledad se sentaba en el asiento de al lado. Fueron las fantasías de amores y compañías que se construían como el final feliz de una historia triste.

Cinco años de soledad real se han transformado ahora en días de angustia en los que las causas han sido un pretexto para disimular la realidad: el trabajo, el cansancio, la angustia existencial, la necesidad de cambiar, la posibilidad de mejorar, de recuperar la tranquilidad perdida. ¿Pero acaso esta ha existido alguna vez? ¿Acaso puede existir en el futuro?

La soledad ha sido como un juego de espejos en el que se ha reflejado siempre la imagen de mí mismo. Hay ojos que nacen para ser vistos, hay ojos que nacen para ver. Yo he visto siempre mi imagen solitaria reflejada en todo lo que hago, en todo lo que pienso, en todo lo que anhelo. Y la he visto con lástima, con un sentimiento de conmiseración como el que se tiene por un pobre diablo que ha sido incapaz de darle a su vida el premio de la compañía.

Y todos los amores han muerto así, asesinados por el miedo a la soledad, por el sentido de posesión y dominación que surge en la persona desposeída que de repente se siente frente a algo que puede ser suyo y que teme perderlo y quedar nuevamente sin nada. Y finalmente el desposeído queda desposeído.

Enero 31 de 1986

He aquí que me encuentro, acorralado por mí mismo en un rincón amenazante en el que no entra la luz, la causa de los velos oscuros que he tejido a lo largo de los años.

El pasado no es reversible y tampoco es culpable, sus efectos en el presente son sin embargo difíciles de evitar. El pasado puede haber sido una colección de errores, y es también el único pasado que tuvimos, el único pasado que tenemos como patrimonio para el presente y el futuro.

El presente... es tan difícil de aprehender, de entender, de gozar...

El presente es tan difícil de descifrar que solo la clave del pasado suministra las luces y los códigos que permiten descifrarlo.

El miedo real es el miedo al presente, no es el miedo ni al pasado ni al futuro. Es el miedo de cada día, es el miedo del tiempo que transcurre y es el miedo al transcurrir del tiempo. La soledad es el tiempo perdido, es el tiempo consciente, el tiempo que se convierte en testigo de los vacíos de la existencia: el vacío del amor, el vacío de la compañía, el vacío de la aceptación... el vacío de la voluntad de vivir.

La lucha es entonces contra el tiempo... No contra el tiempo transcurrido, sino contra el tiempo que transcurre. El miedo paraliza, opaca, oprime... El miedo exalta la longitud y la latitud de un tiempo que no se transforma en acción.

La presencia es el miedo. Ya no es un fantasma, adquirió cuerpo, densidad, fuerza, poder. Domina finalmente, tras largos años de acción solapada, subrepticia, ahora reina e impregna los días y las horas con su olor acre, con su sabor ácido.

Fuera el miedo. ¡Viva la soledad!

Febrero 16 de 1986

La clave de lo indescifrable... Primera aria de la Reina de la Noche. Zauberflöte, de Mozart. Allí se encuentran las explicaciones necesarias para seguir viviendo. Allí está la claridad que hace falta todos los días. Allí existe la lucidez inmortalizada. A diferencia de Salieri, no hay siquiera necesidad de envidiar. Tan solo se requiere anhelar ir un poco más allá de esta incertidumbre en busca de la luz.

Marzo 30 de 1986

La última página... Se recogen aquí dieciséis años de escribir en privado, de escribir solo por hacerlo, sin la expectativa ni la necesidad de que alguien lea lo que ha quedado impreso en las páginas de estos dos cuadernos que configuran el perfil de una vida. Testimonios de aquello que no se dice, las palabras escritas tienen una fascinación particular por recoger o reflejar apenas una parte más de lo visible, de lo que puede expresarse. Quedan aún las opacidades del espíritu, las cavernas donde se albergan las notas más ocultas o sombrías del ser; los deseos insatisfechos, los sueños inacabados, los fantasmas del inconsciente de una persona atormentada por los temores que nacieron, crecieron y llegaron a ser los dominantes, los héroes comandantes de lo cotidiano: temores que jamás se vieron de frente, que siempre se percibieron como accidentes y no como amenazas que, tarde o temprano, habrían de realizar su venganza terrorista sobre el espíritu que ingenuamente esperaba encontrar la felicidad a la vuelta de cada esquina. La felicidad, que a veces parece haberse perdido del todo, está simplemente oculta. Ya se sabe dónde se encuentra, ya se conoce cómo hallarla. Pero existen todavía muchas batallas que librar: batallas interiores y batallas contra el mundo, unas más

encarnizadas que otras, unas más silenciosas. Cada día ha sido y cada día será un día de batalla hasta que se alcance esa paz anhelada, que ya se sabe que existe, que ya se presiente ahora cuando, en el borde de otro abismo más y al mirar hacia atrás, se entiende que las batallas ya libradas no sirvieron de nada, que fueron necios combates contra molinos de viento y rebaños de ovejas, creyendo que allí estaban, que ellos eran los verdaderos enemigos. Ahora se percibe la futilidad de muchas peleas que se llevaron a cabo en nombre del amor, de la verdad (¿cuál?), de la justicia (¿cuál?), de la sinceridad... Y, como un guerrero malherido, pregunto ahora: ¿dónde está el argumento para el resto de la vida?



indefinible
inevitable
miles de mordiscos de
aria, que se justifican de vez en cuando
costo, siempre costo de algún placer
de algún placer intenso, de algún placer
ador. Por ser noche y ser sombra, ni tiempo
que caigan máscaras, que se quiten
las y adornos y que cada ser aparezca
memoria completa de demonio o de ángel,
o de filtraba.

en sin sueño, dando vueltas a una idea
muchas ideas.... soñando sin dormir en un
amor, un orgullo especial y maravilloso
un problema, un tropiezo; lo refuto
o degradante de cada día que se transforma
demonio de media noche; en el fantasma
hace los pies, que se rieñta en sueños
nos araña.

Poches de sueño.... El sueño, maravilloso
escapismo sublime hacia otros mundos
dimensiones propias, pobladas de peros
de variaciones y donde nos desplazan
segundos, del peligro a la paz, del
y a la muerte.
quiere decir mucho
Desperdicio
tal



Esta edición de
Escribiendo sin público
se terminó de diseñar en la
Imprenta Distrital
en septiembre de 2026 en
Bogotá, Colombia
con tipografía Garamond Pro.



escribiendo sin público

Somos los primitivos habitantes del mundo creado por nosotros mismos, tan alejados de aquellos que habitaron un mundo creado para otros, por otros... Somos los infantes de la primavera, nuestra canción de cuna es Stravinsky, nuestros cuentos de hadas son los cuentos de Camus, de Sartre, de Hesse, Kafka y Joyce.

Nuestros juguetes son los computadores electrónicos, el láser, las bombas nucleares y el vehículo lunar; aprendemos a leer con Einstein y Russell y hacemos el amor con la mente, no con el cuerpo. Somos el nuevo engendro de la antinaturalidad y queremos amamantarnos de leche y miel.



COLECCIÓN



HISTÓRICOS
ARCHIVO DE BOGOTÁ